



FABIOLA
VALENZUELA

AMOR

ROJO

Un amor que consume.

SAGA ELEMENTAL #1

FABIOLA
VALENZUELA

AMOR *Y* ROJO

Un amor que consume

SAGA ELEMENTAL #1

Amor y Rojo

Saga Elemental #1

© Ediza Fabiola Valenzuela Valenzuela, 2009

Diseño de cubierta e interior: H. Kramer

Primera edición: enero de 2020

ISBN: 979-8602342925

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

Capítulo 1

Julia manejaba por la carretera tan rápidamente como era posible en ese auto. Hacía tanto calor que el sudor le chorreaba por la cara. Girando la perilla, abrió la ventana oyendo un chirrido con cada vuelta.

Entonces el aire le golpeó en el rostro, tan caliente que gritó.

—¡Mierda! —Manoteó al frente con una mano.

La fuerza de la corriente le hizo revolotear el pelo suelto, azotándole la cara.

Un mechón se le metió en la boca y lo escupió con asco.

—¡Con un carajo!

El calor era abrasador; mirando al frente el asfalto ondulaba en el horizonte, como si vapor saliera de él, y a ambos lados de la carretera sólo había matorrales secos y tierra polvorienta. Los brazos le ardían, el izquierdo estaba enrojecido recibiendo la luz solar directamente y sentía que las manos se le incendiarían sobre el volante. Estar en ese auto era como estar en una caja de metal y como si el parabrisas funcionara como una lupa focalizando los rayos solares, haciéndoles todavía más insoportables.

Cerró la ventana, otra vez con la perilla chirriando, y volvió a encender el aire acondicionado. De las rendijas otra vez solo salió un torrente de polvo caliente que se le metió en la boca.

—¡Me quiero morir! —Rugió apagándolo mientras escupía.

Había dejado un Londres invernal hacía menos de veinticuatro horas, y hoy se encontraba en el desierto mexicano a mediodía. El cambio climático la estaba poniendo de un humor de los mil demonios.

No sabía qué sería peor, cocinarse lentamente dentro del auto si cerraba las ventanas o cocinarse de golpe con el aire ardiendo si las abría.

Hacía una vida le habría gustado el clima, ella lo recordaba con añoranza todo el tiempo que no estuvo aquí; pero la prisa, el hambre y el temor de ser alcanzada estaban machacándole los nervios.

Presionó el acelerador hasta que sintió el piso del auto en la suela del zapato, pero aun así el velocímetro apenas alcanzó los 120 km/hr. Golpeó el volante con la mano.

—¡Agh!

Pero un momento después sacudió la cabeza y tragó saliva. Tal vez no viajaba a la velocidad que desearía, pero al menos estaba avanzando.

Ese pequeño coche fue lo único que pudo robar en el aeropuerto a su llegada y aunque no le funcionaba el aire acondicionado y avanzaba con dificultad, haciendo un ruido infernal, estaba cumpliendo con llevarla a su destino.

Tragó saliva de nuevo y respiró profundamente.

Entrecerrando los ojos, notó el señalamiento para su desviación, era apenas una madera clavada al suelo con una palabra escrita con cal: “Brujas”.

Bajó de la carretera traqueteando el auto sobre la terracería; en esta porción del trayecto sólo podría manejar a un tercio de velocidad, pero el olor a sal que trasminaba por las ventanas cerradas le decía que estaba cerca. Quiso sonreír. Si tenía suerte llegaría antes de que

anoheciera. Estaba ansiosa por ver el pueblo aparecer.

Un rato después le dio alcance un auto, su corazón se aceleró y los ojos se abrieron al extremo mirando el retrovisor y el espejo lateral. Respiró pesadamente con las manos aferradas al volante. Pero entonces el auto pasó de largo a su costado y ella soltó todo el aire al ver que era tan sólo un turista más. Para su serenidad, no hubo más coches en el resto del trayecto.

Brujas es un pueblo perdido en la costa del Pacífico mexicano al que sólo llegan los que lo conocen. La única estación en la que tienen movimiento es ésta, pues se celebra la fiesta del solsticio de invierno en la noche más larga del año, agradeciendo lo recibido en las tres estaciones pasadas y pidiendo bendiciones para una pesca abundante durante las siguientes.

Quienes asisten al festival muestran gran tenacidad, pues el pueblo no se encuentra en ningún mapa. Saliendo de la capital del Estado debes tomar la 29 hacia el norte, y luego unos kilómetros antes de Puerto Libertad desviarte por este camino de tierra hacia el poniente, en dirección a la costa. En el país no se sabe nada de Brujas; rayos, pensó, ni siquiera en su propio Estado, Sonora.

Sin embargo, quienes le hallaron ya sea por casualidad o por amistades asisten cada año hechizados por el maravilloso secretismo de un punto enclavado junto al mar más azul, y la arena más fina; pero sobre todo les incita el Festival, está lleno de magia, se cuenta que en los días de su transcurso ocurren los más maravillosos eventos, dicen que la luna fragua, que los elementos se alteran y que hasta las estrellas entran en conspiración, se han mencionado muchas veces situaciones que envuelven ángeles, por ejemplo, y también demonios. De ángeles ella no sabía nada, de demonios...

Cortó la idea ahí; sacudió la cabeza. Frunciendo el ceño, tomó el volante con rabia, aguantando el ardor en las manos, y presionó más fuerte el pie en el acelerador pegado al suelo. Se dedicó a maldecir al auto durante todo el trayecto restante.

—¡Maldito cacharro, acelera!

Atardecía cuando por fin llegó al pueblo, tan pronto entró en él algo quiso salir, recuerdos, memorias que la hicieron apretar los labios y sacudir la cabeza.

La entrada no había cambiado en lo más mínimo, pero al dar la vuelta para tomar la calle principal, que seguía siendo la única, vio que la habían pavimentado; bien, era algo diferente. Le gustaba pensar en eso a veces, el cambio en la vida, cómo las ciudades evolucionan con el paso del tiempo, la gente, las costumbres, la vestimenta. Apretó los labios, no era momento de divagar.

En el pasado había un solo hotel y le agradó ver que continuaba en el mismo lugar. Pasó frente a él y manejó un poco más hasta la esquina que conducía al mar. Tendría que manejar un par de kilómetros hacia el acantilado por la noche, para deshacerse el auto, pero ahora mismo le apremiaba algo más urgente. Maldecía su condición y tener que hacerlo, pero no le quedaba mayor remedio así que se consoló pensando que si todo salía de acuerdo con el plan, esta sería la última vez.

Ya en la habitación apreció que el aire acondicionado funcionaba suficientemente bien y tuvo cierto desahogo cuando puso la cara en la rejilla. Enseguida se dio una ducha y, tras vestirse, salió a la calle.

La corta avenida principal del pueblo, compuesta de apenas tres aceras, en este momento estaba llena pues tan pronto el sol se metió la gente empezó a salir. Había muchos visitantes, como siempre en el festival. La soledad que la recibiera antes desapareció y ahora con el atardecer la calle estaba atiborrada de puestos de comida, improvisadas pistas de baile y gente bebiendo.

—Salgamos —dijo él.

Julia se había sentado afuera de una fonda, un olor peculiar la había llevado hasta ahí y esperó

pacientemente hasta que aquel salió.

Cuando lo vio fue todo lo que imaginó, llevaba una camisa abierta mostrando el pecho, una sonrisa de satisfacción, lentes oscuros y una cerveza en la mano. Julia olfateó un poco más cuando él caminó por su costado y confirmó lo que había percibido en un inicio: era el indicado.

El hombre iba con un amigo y echaron a andar hacia un bar en la esquina. Julia les dio alcance.

—¡Oh, disculpa! —dijo cuando tropezó con él.

—Nunca falta el... —El tipo estaba por maldecir cuando la vio—. ¡Vaya! —La miró de arriba abajo—. No hay problema, adelante.

—De hecho, estoy perdida. —Julia le sonrió mirándolo a los ojos.

—¿Podemos ayudarte?

—Tal vez —ella dijo, le miraba tan insinuantemente que el otro pareció hincharse.

Hizo falta tan solo una sonrisa más para que se deshiciera de toda barrera mental. Media hora después estaban solos en un bar, el amigo había sido despachado rápidamente.

—Entonces eres de aquí —él dijo.

—Aquí crecí. —En esa primera frase dijo la verdad—. Pero he estado lejos mucho tiempo... estudiando. —En esta última no.

Sin darse cuenta, Julia pasó la punta de los dedos por su cuello. El tipo pensó que le coqueteaba, pero había sido involuntario. No así lo que siguió, cuando ella retomó el hilo de conversación luego de sacudir la cabeza.

—¿Y tú? —Le sonrió ampliamente y acarició la boca de la botella—. Cuéntame, ¿vienes cada año?

—Eh... —tartamudeó—; sí, quiero decir, no. —El hombre cerró los ojos meciendo la cabeza como si quisiera encontrar claridad.

Pero Julia no iba a permitirlo. A partir de este momento no podía aflojar, tenía que jalarlo siempre hacia abajo sin tregua. Antes de que él pudiera proseguir, ella en una acción muy estudiada, miró hacia afuera por la ventana y suspiró.

—La playa debe verse hermosa bajo la luna —susurró.

—¿Quieres ir? —Los ojos se alteraron, ansiosos.

Julia escuchó el latido del hombre disparándose, pero sin apresurarse dijo con naturalidad:

—Vamos. —Se levantó sin la menor prisa.

Sin embargo, cuando iban caminando, la ansiedad la llenó de nuevo y se tocó la cara con toda la mano, muy bruscamente, casi como si quisiera arrancarla. Aunque era muy buena fingiendo, la realidad es que no podía ocultar del todo su zozobra. Además, le dolía el cuerpo y el letargo típico de quien no ha comido en días empezaba a inundarla.

—Mi papá inició el negocio —él dijo—, pero yo soy el dueño. Yo le di éxito.

Volteó a verlo. “Oh, cierto”, pensó, él estaba hablando hace rato de su triunfante negocio. ¿De qué era? Vendía algo, o hacía algo, ¡mierda!, ¿a quién le importa?

Aunque había muy poca luz, pues solo les cubría la natural de la luna y la poca que les llegaba del pueblo, Julia miró el dedo anular del hombre otra vez, evidentemente se había removido una argolla de matrimonio. Por lo que sabía de él, aspiró profundamente, era muy posible que el negocio ni fuera suyo ni del padre, sino de su mujer. ¿Dónde estará? pensó, ¿tendrán hijos?

Sacudió la cabeza. Y se llevó las manos al vientre, este cuerpo de maldición se ponía ansioso. Cuántas ganas tenía de dejarlo morir.

Solamente para confirmar una vez más volvió a olerlo y pensó de nuevo, para darse ánimo, que sería el último; el solsticio estaba muy cerca y ella habría de acabar con esto. Entonces palpó algo

en la espalda a la altura de la cintura, eso que llevaba era la promesa de que cumpliría con ello.

Lo tomó del brazo y el tipo se estremeció. Frunciendo la nariz, percibió el olor de su excitación, la cual en este humano en particular era un olor ácido muy desagradable.

Cuando llegaron a la orilla de la playa, lo incitó a caminar un poco más lejos, y luego otro poco, hasta que las luces del pueblo se volvieron una insinuación sobre la arena y después desaparecieron. Lo encaminó hacia el acantilado, lentamente caminando hacia arriba.

Él seguía hablando sobre su trabajo mientras ella registraba el perímetro, asegurándose de que nadie los siguiera. De momento le pareció un golpe de demasiada suerte haber cruzado el Atlántico sin nadie a sus talones. Sintió frío en la nuca, llevó la mano al lugar, mientras sus ojos buscaban alrededor inquietamente.

—¿Quieres que te lleve a pasear en mi yate?

Julia lo miró de pronto, extrañada, aunque agradeció que interrumpiera su tren de pensamientos. Tosió ligeramente y apretó los labios.

—Por supuesto. —Apenas los abrió para musitar.

Tragó saliva, estaba hiperventilando, tomó enormes bocanadas de aire por la boca y procuró serenar la respiración. No había nadie alrededor, seguía confirmando, no había nadie. Tragó de nuevo y tosió un par de veces.

Continuaron el camino hacia lo alto del acantilado, pasando por matorrales y charcos de agua estancada en bancos de arena. Julia miró la luna, dentro de pocos días estaría llena mostrando una iluminación completa, como la necesitaba para sus planes.

Cuando llegaron a la cima del acantilado, el hombre abrió los brazos.

—¡Qué bien se siente aquí! —El viento proveniente del mar lo rodeaba.

Ella lo miró, mordiéndose los labios. Tenía los brazos abiertos mirando al mar, sonreía al extremo y parecía feliz. Julia miró al suelo, los labios apretados estaban blancos, se encajó los dientes con fuerza. Luego miró al hombre otra vez, luego al mar, ¿y si se lanzara? Por Dios que quería morir. Tragó saliva y respiró por la boca dos veces. Miró enseguida el lugar donde estaban, ¿acaso no había empezado todo justo aquí? La simetría parecería ridícula si no fuera absolutamente necesaria para lo que necesitaba hacer en la noche del solsticio.

Palpó de nuevo su cintura atrás e intentó calmarse. Se estrujó la cara con la mano otra vez y luego apretó las sienes. Piensa, piensa. Vamos, el tipo es escoria.

De una cosa estaba segura, estaba harta de esta existencia en la que no era dueña de sí misma y su cuerpo tenía necesidades tan terribles. De una manera o de otra, aunque perdiera la vida, ella habría de terminarlo todo en el solsticio. Y punto. No había nada más que pensar, así que aceleró el asunto; necesitaba esto, lo necesitaba... a él.

Se le acercó y puso las manos sobre sus hombros.

—¿Crees que soy bonita? —Era una pregunta estúpida pero la reacción del hombre fue la esperada.

—¡Oh, sí! —exclamó—. ¡Eres muy guapa!

—¿Guapa? —ronroneó suavemente, ondulando el cuerpo.

—Tu pelo es hermoso —él dijo.

Ah sí, el cabello rojo les es muy atractivo a algunos, lo había aprendido hacía mucho tiempo cuando otro que había conocido aquí mismo se obsesionó con ella.

El terror, el miedo borboteó en su estómago; pero se forzó a mantener la compostura y frenó su mente para no avanzar más en esos recuerdos. ¡En unos días terminará!, se gritó a sí misma. ¡Esto va a acabar!

Otra oleada de viento los envolvió, el olor del humano le llenó las fosas nasales. Intentó controlarlo para ir poco a poco, pero su cuerpo no estaba para esperar, fue él quien tomó el control de pronto.

En un arrebato lo abrazó. Y lo besó. Sin ningún aviso ni ceremonia, simplemente lo besó. La pasión masculina estalló, como si el humano hiciera erupción entre sus brazos. Sus sentidos resintieron el repulsivo olor, pero el animal en ella gozaba al ver que las barreras de su presa habían caído por completo y ahora estaba a su merced.

Sin embargo, al besarlo vio a unos niños y también a una mujer que lo esperaba en casa, una buena mujer que no sabía quién era este tipo en realidad. Una mujer que era feliz. Se le mojaron las pestañas y quería parar, quería detenerse; tal vez era un hombre despreciable, pero había personas que dependían de él.

Dio un paso hacia atrás, y las manos lo sujetaron de la camisa con ganas de empujarlo, pero no le obedecían, estaban aferradas a su camisa, pero no lo alejaban.

Julia quería gritar. ¡Cuánto odiaba esto! La sombra de quien había sido antes se empequeñecía y perdía todo dominio. Los más primitivos instintos de un animal infernal salían de ella.

Y entonces el beso se convirtió en alimentación. El humano empezó a forcejear cuando sintió el cambio, pero ella lo mantuvo en su agarre con facilidad. Los ojos masculinos se abrieron, horrorizados. Y ella hubiera querido detenerse, pero ya era tarde; su cuerpo respondía al instinto ahora.

Mientras absorbía su vida con ese beso, cientos de imágenes corrían por su mente. Y una en particular la lanzó con aún más furia al otro lado, pues le recordó el motivo principal por el cual lo había elegido: él tenía unas prácticas sexuales perversas, criminales.

El animal en ella rugió y empezó a jalar con más intensidad, pero entonces otra imagen: sus dos pequeños hijos abrazándole las piernas. ¡Dios! Julia quería llorar. ¡Quería llorar con todas sus fuerzas!

¿Y si hubiera manera de detenerse? ¿Y si lo dejara ir y cancelara su plan? ¿Y si tan sólo se dejara morir? ¡Pero ella quería vivir! La habían obligado a ser esto, no había sido una elección. Un demonio peor que cualquiera la había maldecido décadas atrás.

Julia lloró. Quería caer en pedazos sobre la tierra, quería morirse. Él tenía hijos y no merecía morir así. Ella habría de lanzarlo por el acantilado al terminar y su cuerpo jamás sería encontrado, esos niños no verían a su padre jamás.

Mientras bebía, entre el llanto, gritó. Era el grito en la selva de una hembra acorralada. Ella no quería matar, no quería ser esto, no quería necesitar la energía humana para seguir sobreviviendo. No quería ser una sempiterna. No quería saber que existían los inmortales, renegaba del momento en el que se cruzó con un vampiro y éste la había convertido hacia ocho décadas en esta subespecie.

Ella quería ser humana simplemente, volver a vivir en este pueblito sin conocer nada del mundo exterior. Otro grito de la leona en la jungla. Una fiera atrapada en una jaula eternamente. Maldita desde que nació.

El cuerpo en sus brazos se apagó lentamente, fue perdiendo vida a la par que el de ella la absorbía; quedó flácido en su abrazo; entonces lo soltó y éste rebotó en la arena. Ella cerró los ojos. Con la punta del pie lo empujó hacia la orilla y enseguida sobre el borde. Entre el oleaje el muerto apenas si hizo ruido al entrar al agua. Nadie le encontraría nunca.

Julia lloraba. Por entre los párpados cerrados se escurrían las lágrimas. Quería morir. Había decidido dejar esta existencia de una forma u otra.

El mareo de la alimentación le llegó y se sentó en la arena, después dejó caer la espalda, quedando recostada viendo hacia arriba.

La culpa la llenaba, pero su cuerpo estaba cantando. Este cuerpo animal estaba feliz. Sintió el éxtasis energético en los pies, fortaleciéndolos, se retorció sobre la arena, después reptó la energía por sus pantorrillas, podía casi ver la luz, le llenó las rodillas, luego los muslos, palpité en las caderas, se arrastró por el abdomen y los brazos, envolvió al corazón en un abrazo de fuego que le robó el aliento, la fuerza que la recorría enajenaba sus sentidos, luego llegó a la garganta, alcanzó la barbilla y finalmente el rostro.

Todo su cuerpo serpenteaba en la arena, dichoso, extasiado, feliz; pero sus ojos lloraban, las lágrimas le mojaban las sienes y escurrían a los lados, metiéndosele por las orejas. Estaba la cara inmóvil mirando hacia arriba. Los ojos casi saliendo de las cuencas, el blanco enrojecido, inyectado de sangre. La mirada horrorizada viendo al negro cielo. Horror por lo que había hecho, horror porque siempre tenía que hacerlo si quería vivir, horror porque la habían obligado a existir así.

Abrió la boca lentamente, al extremo, los ojos abiertos, la quijada forzada, brincó en la arena el cuerpo de felicidad, pero ella gritó.

De ese cuerpo inmortal, que feliz acababa de ser alimentado, salió un estruendoso grito de rabia, horror y culpa, que rasgó la noche.

Capítulo 2

La plaza bullía, y el guerrero recargado en una pared cualquiera a la sombra, observaba la marea de humanos, riendo y cantando, moviéndose los cuerpos unos contra otros. Festejaban en este pueblo no sabía qué mierda de festival.

Empezó a desesperarse; mucho le había costado llegar hasta aquí, no tenía tiempo para observar el panorama, pero no encontraba a la hembra que estaba buscando a pesar de que todas las pistas desde Inglaterra apuntaban a este sitio en la costa mexicana.

Entonces, rescatándola entre los humores humanos, llegó hasta él la fragancia inconfundible de una sempiterna y supo que la hembra estaba cerca. Echó la cabeza ligeramente hacia atrás, inspirando profundamente, hasta que la ubicó. No estaba lejos.

Anduvo hasta una callejuela, a grandes zancadas, intentando pasar desapercibido. No podía verla, pero por el olor sabía que venía en su dirección; se agazapó contra la pared, refugiándose en la oscuridad hasta que la hembra pasó a su costado. En ese momento salió de las sombras y la tomó del brazo.

Mierda, era una hembra hermosa, incluso con el terror centelleando en su rostro, sus facciones eran suaves y femeninas y tenía tremendo par de ojos, café con vetas doradas; sin embargo, el guerrero no tenía ahora mismo demasiado tiempo para contemplarla, pues la hembra empezó a luchar contra él.

—Cuidado, sempiterna —amenazó—. No te conviene hacerme enojar.

Julia forcejeaba contra su agarre, sabiendo muy bien lo que este era, un vampiro, un maldito macho de esa maldita raza. Y también sabía que, sin duda estaba aquí para matarla o para devolverla con Darío, lo que, para los efectos, era todavía peor.

El guerrero afirmó el agarre en su brazo, mientras Julia luchaba con la otra mano, golpeando su pecho para deshacerse de él.

—Ahora tú vienes conmigo —sentenció inmune a sus golpes.

La llevó a rastras forzándola en sentido contrario a la masa de humanos en la plaza. Sus instintos se dispararon cuando vio que la llevaba hacia la playa, iba a matarla ahí. Y aunque una parte de ella quería rendirse para por fin dejar de huir, estaba convencida de que este sitio le devolvería la vida y no dejaría ir esa posibilidad fácilmente.

Pronto estuvieron pisando arena, mientras su mente corría, con el murmullo de los humanos ya lejano. Él olfateó el aire.

—Veo que te has mantenido ocupada. —Se refería sin duda al olor de muerto reciente que flotaba en el ambiente, solamente perceptible para alguien como ellos.

—¿Desde cuándo les importa lo que le pase a un sucio humano?

Aunque quiso sentirse culpable por ese hombre que no regresaría a su casa, y por los asesinados antes, se sosegó recordando que era cuidadosa al elegir: pederastas y violadores habían sido su alimento.

—Oh, me importa un carajo, te lo aseguro —escupió el guerrero, al tiempo que la arrojaba en la arena—. Pero has asesinado también a algunos de los nuestros, y quieren que pagues.

—No te atreverás a matar a una hembra.

Una emoción cruzó por la cara de él, una ligera vacilación, como si hubiera atinado en el punto; aunque antes de poder aprovecharse de ello, él reaccionó.

—Lo que seas no me importa.

—No te atreverías.

—No estoy aquí para matarte, hembra, ni para juzgar tampoco, lo que hayas hecho no me incumbe; ya dictará el Consejo tu castigo por asesinar a los guardias reales; vaya, tal vez ni recibas penitencia. —Y concluyó diciendo—: Lo importante es que el príncipe quiere a su concubina.

—¿Darío está aquí?! —El pánico la llenó, le ardió la cara, mirando a todos lados, tal vez aparecería caminando por la arena en cualquier momento—. ¿Está aquí?!

El guerrero respondió:

—No, me enviaron a mí.

—¿Está?! ¿Vino?! ¿Está aquí?! —Jadeaba, la mirada saltando de un lado a otro.

El guerrero tuvo que tomarla de los hombros.

—¿No está! ¿Me escuchas?!

Los ojos de Julia se clavaron en él y su boca se abrió, pero no salía ningún sonido, como si sólo escupiera aire. Él jamás había visto tal terror en una hembra. Aunque después de todo, el príncipe Darío tenía una fama peligrosa.

—¿Tranquilízate! —le gritó—. No vino, pero quiere a su concubina de regreso.

Julia reaccionó de pronto y forcejeó para soltarse de su agarre.

—¿Yo no soy concubina de nadie! —gritó.

—El príncipe Darío pensaría diferente.

—Lo que piense ese animal no me importa —dijo con rabia.

—Cuida la lengua, sempiterna. —Se dejó caer en una rodilla a su costado, acechándola—. Debo procurar llevarte con vida a Londres, pero bien podría matarte ahora mismo.

—Hazlo, prefiero eso que volver a él.

El guerrero sintió todo el odio detrás de esa frase; pero se puso de pie y ordenó:

—Levántate.

—No voy a ninguna parte contigo.

—No estoy aquí para dialogar, sempiterna.

—¿Deja de llamarme así!

—Eso es lo que eres.

Oh, Julia conocía muy bien ese tono de desprecio. En la raza vampiro, los sempiternos no eran más que ciudadanos de segunda clase, desechables, molestos y vulgares. Eran inmortales como ellos, pero usados como sirvientes, simples esclavos o como concubinas en el caso de las hembras para los machos de la realeza.

—Nos vamos. —La voz del guerrero ordenando. Se inclinó a ella y, tomándola del brazo, le dio un fuerte tirón hasta que la tuvo de pie.

Pero Julia no iba a ir a ningún lado. Había escapado de Darío por fin, y nada ni nadie habrían de regresarla con él.

Forcejeó como impulso, pero midió sus posibilidades, observándolo. Este varón que la llevaba a rastras del brazo era a todas luces mucho más fuerte que los guardias de Darío y más grande también. Ella medía casi uno ochenta, pero él llegaría con facilidad a los dos metros, y en cuanto a su peso, el tipo era delgado, pero recio como un árbol. Coincidió con lo que supo después, él era un guerrero del Consejo de Ministros, y esa guardia se componía de los machos más fuertes y

diestros de la raza. Al apreciar su fuerza se dio cuenta de que escapar de él no sería algo sencillo, matarlo mucho menos. Por ello dejó de oponerse, se tranquilizó y anduvo a su lado con calma. Habría de escapar, pero no peleando.

—¿Has perdido el ímpetu? —le preguntó él.

Y ella, con voz tranquila, mintió:

—He perdido las esperanzas.

El guerrero la vio de reojo y frunció los labios, no creyéndole en absoluto, pero fingiendo que lo hacía, o quizás simplemente estaba muy convencido de que jamás habría de vencerlo. Lo que posiblemente era verdad. Aun así, Julia tomó fuerzas del hecho de que la noche estaba terminando; por lo que ahora mismo no partirían. Se confirmó su teoría cuando se vio a las puertas del hotel en el que estaba alojada. Él la tomó de la cintura como si se tratara de su pareja y entró con ella. Sin duda pretendía fingir para los humanos que pudieran observarlos. Y los observaron todos. Aunque cosa buena era que la mayoría estuviera cayéndose, embriagados, así probablemente al recordarlo al día siguiente pensarían que el inmenso hombre, que cruzara el vestíbulo con una mujer a su lado, había sido producto de su imaginación.

—¿Número de habitación? —le cuestionó al inicio del pasillo en el único piso que componía el hotel.

—Tres.

—Tres será entonces.

En la puerta, Julia vaciló con la llave en la mano, pero el apretón de él en su antebrazo y su mirada asesina cerraron el trato. No tuvo más remedio que abrir. No la soltó hasta que cruzaron el umbral y tuvo la puerta cerrada.

—Dormirás en la cama —le dijo él.

—No tengo sueño.

—¿Acaso tengo cara de que me importa?

—Tengo sed.

—Con un carajo, ¿soy tu jodida hada madrina?

—¿Cómo te llamas?

—¿Qué demonios te importa?

—Yo me llamo Julia.

—Bien por ti.

Se deshizo de una mochila que llevaba a la espalda y la lanzó sobre el sofá; enseguida se limpió el sudor de la cara y los brazos con una toalla. Gruñendo entre dientes, tomó la mochila de nuevo y sacando una botella de agua se la lanzó.

Después fue hasta la única ventana y cerró las cortinas. Luego dijo:

—Voy a darme una ducha, este calor de mierda jode con mis nervios.

—¿En otro clima eres más amable? —Julia tiró la botella vacía en el bote de basura.

—No estoy hablando contigo, hembra. Échate en la cama.

Julia se tensó.

—No voy a abusarte, mujer.

Un ardor le cubrió la cara; y como no se movía, él fue a ella.

—Ven aquí. —La sentó en la cama y sacando unas esposas del bolsillo, le puso las manos en la espalda y así la esposó a la cabecera.

—¿Estás bromeando? —Se burló ella—. Puedo romper esto como plástico.

—Buena suerte intentándolo.

Maldición, él tenía razón. Mientras escuchaba el agua de la regadera correr, Julia intentó forzar las esposas sin descanso, pero era imposible pues sin duda eran de esa aleación especial que siempre usaba Darío. Aun así, siguió intentándolo, jalando cuanto le fue posible, hasta que las muñecas le sangraron.

—¿Cómo va eso? ¿Lo logras? —sonó la voz del guerrero desde el baño.

Con el sobresalto cayó al suelo, lastimándose los brazos por la antinatural posición.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Aunque con dificultad, ella volvió a sentarse en la cama.

—Estupendamente, púdrete —le escupió, y enseguida escuchó una ligera risa—. Maldito seas.

—¿Qué hay de malo en ser la concubina de un príncipe? —Le oyó decir.

—¿Qué hay de malo?!

La furia la hizo ponerse de pie; aun cuando quedó inclinada a un costado con las manos en la cabecera.

—Te diré lo que hay de malo, maldito bastardo... —Su voz se cortó porque el guerrero salió del baño con solamente una toalla anudada en la cintura.

Llenaba el cuarto de un fabuloso aroma a limpio y a esencia masculina. Para su desconcierto, el corazón se le desbocó. Intentando desviar la atención, giró a la ventana.

—¿Por qué cerraste las cortinas? —preguntó aclarando la garganta.

Estaba por amanecer, pero no le veía necesidad cuando la luz diurna les era inofensiva a ambos. La razón por la cual los vampiros no salen de día es porque a la luz del sol su fuerza y capacidades físicas disminuyen considerablemente; todavía siendo mayores a las de un humano, pero con muchos menos recursos en caso de encontrarse en peligro, y lo más importante, pierden por completo la capacidad que les da mayor ventaja sobre la raza humana: el poder de seducir sus pensamientos, borrar recuerdos e implantar ideas. Sin esa facultad es prácticamente imposible alimentarse de ellos. No en vano les llaman criaturas de la noche. Pero aun así no le veía motivo para protegerse del amanecer.

—¿Por qué cerrarlas si no te afecta el sol? —le cuestionó otra vez.

—Porque este calor del infierno está matándome.

Julia sonrió, era verdad. Nada como el desierto de Sonora para probar la paciencia de un ser vivo.

—A mí me gusta —confesó.

—Felicidades —dijo él, sarcástico.

—Eres un antipático.

—¿No estoy aquí para socializar! ¿Qué mierda está mal contigo?

—Nada.

—Deberías seguir histérica, con un ataque de nervios o alguna mierda.

—No tengo motivo, no regresaré a Inglaterra.

Fue una fracción de segundo, una mirada de ella apenas perceptible; pero él la captó. Caminó hasta ella y la registró, efectivamente llevaba una daga en la espalda, ajustada en la cintura. Viéndola en detalle, advirtió el emblema de la casa real y las iniciales del príncipe grabadas en la empuñadura de bronce.

—Si creías que usarías esto conmigo, eres una ingenua. —Fue a dejarla sobre el tocador.

—No iba a usarla en ti —dijo Julia.

El guerrero la observó desde el otro costado de la habitación, escudriñándola con la mirada. Volvió a preguntar:

—¿Qué hay de malo en ser la concubina de un príncipe?

—Púdrete, maldito —respondió ella sentándose en la cama.

El guerrero vino después y ajustó las esposas de una manera que le diera posibilidad para recostarse.

—¿Deseas desvestirte? —inquirió.

—Sigue soñando.

—Ya te lo dije, no abusaré de ti —respondió él mientras se alejaba.

A pesar del cambio, Julia apenas si podía moverse en la cama. Pasaron horas para que se rindiera al sueño, quedando en una antinatural posición que le descubría la espalda. El guerrero no había dormido en absoluto, y cuando sintió que ella lo hacía, se levantó y fue a la cama. Las cortinas estaban cerradas, pero había suficiente luz en el cuarto.

Se recargó con una mano en la pared, junto a la cama. La estuvo observando largo rato, como hipnotizado por el movimiento de su respiración.

La hembra tenía la blusa hecha una bola en los omóplatos, y el guerrero deslizó la vista por su espalda desnuda y entonces las vio. Vio las cicatrices. Ella tenía la piel cubierta de marcas hechas a fuego. El guerrero sospechó que habían sido hechas con un hierro ardiente. Las marcas eran idénticas una de otra, eran iniciales, las mismas que mostraba la empuñadura de la daga que le había confiscado: las del príncipe Darío de la casa de Bouldher.

Ella llevaba esas iniciales muchas veces cubriendo cada espacio de piel. El príncipe la había marcado como si se tratara de una res.

No supo qué se apoderó de él, pero por dentro gritaba. Ya sabía que el príncipe era un desgraciado, y su opinión de los demás nobles no era muy distinta. A él la realeza le provocaba nada más que asco, eran una vergüenza para toda la raza, con sus excesos, su falta de respeto al equilibrio con las demás especies y ese estúpido afán de continuar como si todavía vivieran en el siglo doce.

Afortunadamente existía el Consejo de Ministros, con una guardia poderosa de la que él era miembro; creía que eso era lo único que evitaba que los nobles perdieran la cabeza del todo. Y ya que les tenía gran desprecio, descubrir que eran merecedores de él no debería sorprenderlo; pero que ese maldito príncipe de mierda le hiciera esto a una hembra era asunto de un malnacido bastardo. Merecía que le cortaran los testículos, se los dieran a comer y lo empalaran vivo al maldito. En el proceso habría que arrancarle la piel... Los colmillos del guerrero se alargaron, había algo muy profundo que pugnaba por salir; pero intentó controlarse.

Entonces alargó el brazo, de pronto queriendo tocar el lugar donde estaba una de las marcas y sus dedos se estiraron con cautela hacia ella.

—No me toques —se escuchó, aunque la mujer no se había movido un centímetro.

—Lo siento —tartamudeó.

Se alejó de la cama y desde el piso donde había lanzado una sábana, ya recostado, dijo un momento después:

—Caleb. Mi nombre es Caleb.

Capítulo 3

Desperté lentamente, como si mi mente se tomara su tiempo para arrancar, así me pasa siempre después de alimentarme. Bajo los párpados todavía perezosos, casi me pareció ver aquella escena de nuevo, y aunque por lo general evitaba pensar en ello, el sopor me sumió rápidamente en todo cuanto pasó.

Yo estaba en la playa esperando a que mi medio hermano regresara de alta mar, él estaba aprendiendo el oficio con los demás pescadores, y mi madre me había mandado a esperarlo pues él solo tenía seis años. En Brujas se trabaja desde joven, y aunque me hubiera gustado hacer pesca también, no admitían mujeres; nosotras en cambio éramos enviadas a ser criadas en la casa grande de la única hacienda de la región. Yo en realidad era hija del patrón, él había violado a mi mamá cuando ella tenía quince años. Ella no había sido la única, era muy común, y muchos de los bastardos del pueblo trabajábamos como criados para él. Por supuesto no nos reconocía, ni siquiera nos hablaba; yo incluso tenía prohibido mirarlo a los ojos y más aún a la señora y a sus hijos. Me limitaba a escuchar órdenes mirando al suelo, obedecer, mantenerme lejos de los problemas pues el capataz era implacable y azotaba terriblemente a los indisciplinados; trabajaba duro y los domingos me iba con mi mamá y mi hermano, quien nació también producto de un abuso por parte de un fuereño.

Estaba sentada sobre la arena esa noche esperando a Paúl, cuando vi una figura cerca del acantilado, maldigo mi suerte por haber ido hacia allá. Conforme me acercaba, los ruidos de forcejeos se hacían más evidentes y mi impulso por ayudar me empujaron esos últimos pasos, era yo muy tonta entonces.

Vi a Blanca, la criada de la cocina, se encontraba dándome la espalda, pero era inconfundible su vestido blanco con las cintas del delantal colgándole sobre el faldón; no se movía, estaba rígida y con la cabeza torcida de tal forma que la oreja le tocaba el hombro; un hombre la tenía así. Él tenía la cara hundida en el cuello de Blanca y una mancha oscura crecía desde ahí empapando el vestido de ella. Era sangre. Nunca olvidaré el olor metálico mezclado con lo salado de la brisa marina, ni tampoco el momento preciso en que Darío me miró; sus ojos chispearon en la oscuridad y aunque quise correr estaba paralizada. El terror me llenó por completo cuando soltó a Blanca y su cuerpo cayó sobre la arena, retumbó sonoramente, pero estaba viva; volteó a verme, sus ojos suplicaban llenos de lágrimas, pero la hemorragia en el cuello no cesaba y me di cuenta entonces de que estaba ahogándose en su propia sangre; pobre Blanca, ella era muy buena conmigo, y estaba por casarse.

Salió de su garganta un hilo de voz, un chillido muy tenue, y jaló aire un par de veces, yo no podía dejar de verla, pero tampoco acercarme pues estaba inmóvil de horror, cuán tonta y débil era yo entonces. La pobre Blanca enseguida exhaló una vez más y después su cuerpo se extendió flácido sobre la arena, había muerto.

Empecé a llorar, salieron un par de sollozos viéndola todavía, pero entonces él se movió, caminó hacia mí, era un animal, era una criatura del infierno, aunque yo todavía no sabía hasta qué punto.

Saltó sobre mí, me jaló del cabello y se hundió en mi cuello también, yo estaba aterrada, lo

golpeé en el pecho con las manos apuñadas, y lloraba suplicando, pero él no se movía. Su aliento ardía en mi piel y dijo una frase:

—Esta noche es la noche de tu muerte.

Habría deseado gritar.

Pero entonces, mientras yo esperaba morir como Blanca, él empezó a retorcerse, maldiciendo entre dientes, oliéndome, pero sin que sus dientes me tocaran.

Después me enteré sobre la maldición del Shikté. En el universo todo se equilibra, los vampiros son mucho más fuertes que los humanos, más rápidos, más letales y mucho más malévolos; el peor de los hombres no se compara con el menos despiadado de ellos, si es que hay alguno que no lo sea en extremo.

Esta maldición, que en realidad es nuestra única protección frente a ellos, impide a los vampiros morder a un humano y poseerle sexualmente si éste no le da su consentimiento. Tampoco pueden entrar a tu casa si no les invitas.

Suele ser bastante sencillo para ellos obtener la aprobación ya que entre sus habilidades está el poder dominar la mente humana usando la seducción; sin embargo, el humano ha de estar relajado para que esta sugestión le envuelva. Darío jamás pudo seducirme a mí pues yo le vi desde un inicio como la criatura terrible que es y mi mente jamás estuvo serena en su presencia. Por eso en ese momento se retorció sin poder mordirme.

Sin embargo, el príncipe Darío no dejaría ir a nadie tan fácilmente. No me tuvo, es cierto, no me bebió y no me pudo convertir en alguien como él, pero sí me convirtió en una sempiterna.

Cuando se alzó sobre mí vi en sus ojos la decisión y de qué manera eso también habría de disfrutarlo. Se colocó a horcajadas sobre mi cuerpo, empuñó su daga con ambas manos en lo alto y la hoja metálica resplandeció. Entonces él rugió como un animal feroz y la empujó contra mi pecho, cortando el corazón en dos. Me partí de dolor. Grité, salté; de la forma más literal me partí de dolor. Rompió mi corazón con su daga y me desangró ahí mismo; fui perdiendo movimientos una extremidad a la vez, es curioso cómo el cuerpo se apaga a poco a poco acercándose a la muerte; pero no morí. En el filo del desmayo, Darío se cortó la muñeca con la misma daga y me dio a beber, odié la voracidad con la que bebí de él, pero supongo que fue el instinto de supervivencia.

Así me convirtió en una sempiterna, inmortal como ellos, pero no un vampiro, no tan fuerte, no tan rápida y destinada al servicio suyo, cualquiera que fuera su deseo. Yo me alimento de energía, no de sangre.

Luego de beber sentí mi cuerpo convulsionar y perdí el sentido. Desperté en un calabozo donde estuve un tiempo indefinido y así empezaron estos ochenta y un años a su lado. Me obligaba a alimentarme pues no me dejaría morir, y si yo rehusaba al humano que me traía como presa, él mismo lo mataba frente a mí de maneras muy perversas.

Como no podía tenerme sexualmente tampoco, pasaba horas golpeándome, lacerándome, marcándome con su nombre, yo no sé por qué él deseaba tanto este cuerpo. Me obligaba a ir a sus viajes de cacería, le gustaba asesinar alrededor del mundo y arrastrarme con él, pues de una manera siniestra le excitaba que yo presenciara todo ello. Demasiadas personas vi morir, horrores indecibles presencié que él y sus acompañantes cometían en contra de la vida humana.

Me golpeaba cuando estaba molesto y luego lloraba como un niño para que le dejara beberme, pero al negarme el infierno de sus entrañas le poseía de nuevo y me hacía pagar mi negativa con castigos cada vez más terribles. Ni siquiera quiero recordar nada de ello.

Pero entonces, en una ocasión gracias a un golpe de suerte, encontré en una de las bóvedas en el

castillo de Londres un manuscrito que decía que los sempiternos podemos volver a ser humanos llevando a cabo un ritual; sólo tenemos que desangrarnos con la misma arma con la que fuimos convertidos y en el mismo lugar; por eso estoy aquí. Para desangrarme en la cúspide del acantilado, bajo la luna llena y que los rayos de ésta hagan la magia en mi cuerpo cuando esté al filo de la muerte. Tiene que ser en la noche del solsticio de invierno, para la cual faltan pocos días.

No hay ninguna seguridad de que funcione, pero si no lo hace, me desangraré hasta la muerte, para mí cualquiera de las dos opciones sería una bendición. Con Darío y con esa raza no he de regresar jamás.

Un movimiento en la habitación me sacó de mis recuerdos, afortunadamente. Era el guerrero yendo al baño.

Me removí en la cama, cerré los ojos otra vez y meforcé en no pensar más, ya no quería recordar, yo sólo quería terminar con esto de una vez. Una vida de maldición es la mía desde la misma concepción.

Entonces salió del baño y le escuché decir:

—Saldremos a comer.

Estaba despierta, pero sin moverme apreté los párpados con fuerza, verlo alimentarse... Dios, que esta vida por favor pare.

Recostada giré para verlo; estaba parado bajo el marco de la puerta. Vestía como un humano, con una camisa de blanco immaculado y jeans, pero no engañaba a nadie. Nadie pensaría que era un hombre común y corriente. La estatura, la complexión, la forma de moverse; todo lo delataba.

El rostro. Por primera vez me permití observarlo. Cabello castaño y pálida piel, ojos cafés. Era hermoso. Todos ellos lo son. Malditos animales.

Apenas musité mi respuesta.

—Me alimenté anoche.

—Pero yo no —refutó.

Rodé el cuerpo sobre el costado otra vez y vi la ventana, el sol del ocaso se filtraba por los pliegues de la cortina, dibujaba una larga línea luminosa en el suelo frente a mí. Las tardes caen con gran pereza en Brujas. Entendí que sería el último atardecer de alguna persona más en este pueblo. Alguien que no merecía morir. Alguien sin rostro, un cualquiera.

Con la garganta cerrada, maldije mi suerte cuando me alcanzó la realidad de que yo no era distinta, también mataba para comer. Me decía a mí misma que cuando yo pude elegir a mis presas, eran siempre malvados de alguna forma; pero no era excusa para jugar a ser Dios. La realidad es que infinidad de valiosas vidas humanas se habían extinguido en mis brazos en estos años. Las muertes en mi conciencia eran tantas como las partículas de polvo que brillaban flotando en el halo de luz, que ambarino se filtraba desde afuera.

—Salgo yo, sales tú —declaró. Una voz que me recordaba que mi destino no me pertenecía.

—No estoy interesada en verte comer. —Cerré los ojos.

—¿Por qué? ¿Repudias el pescado? Porque eso es lo que apetezco hoy —señaló.

¿Qué había dicho?, giré para verlo.

—¿Te alimentas de comida humana? —le pregunté.

—Cuando no hay una vena, no me queda más remedio. No es lo mismo, pero evita que me desmaye hasta que la tenga.

—Venas hay muchas —repliqué, soltando el aire—. Este pobre pueblo está lleno de humanos.

—Tú lo has dicho: humanos. No bebo de ellos.

—¿Cómo?

—La sangre es muy débil, no ofrece suficiente, y el sabor me desagrada. Ni siquiera me gusta tenerlos cerca.

—¿Te alimentas sólo de hembras de tu raza?

—Así es.

Alcé una ceja.

—Pensé que eso sólo era para el sexo —le dije.

El guerrero sonrió.

—Puede ser. Pero es nuestra forma natural de sustento. —Entrecerró los ojos—. Me sorprende que no lo sepas.

—En la casa real es distinto.

—No todos somos unos demonios como nuestros nobles.

—No beben nada más que humanos.

—Y debido a eso necesitan hacerlo cada noche —explicó—. Con una hembra de mi raza yo necesito ponerme en el asunto cada cuatro o cinco semanas. A menos, claro, que el momento lo merezca.

Estaba rememorando sus andanzas sexuales. La sonrisa de medio lado y el brillo insinuante en sus ojos lo delataron. Sacudí la cabeza, evitando la imagen.

—¿Por qué les llamas demonios? —cuestioné y, aunque con cierta dificultad, me senté en la cama—. ¿No les eres fiel a tus gobernantes?

—Fiel soy, mas no ciego. Yo trabajo para el Consejo, a ellos es mi lealtad.

—Viniste por mí.

—Es mi trabajo.

—¿Podrías matarme? —le pregunté súbitamente.

—¿Qué has dicho? —Giró todo el cuerpo hacia mí, los ojos fijos en los míos, escudriñando.

—Anoche dijiste que estaría bien si me matabas —seguí—. Supongo que viva o muerta da exactamente lo mismo a los ministros. Mátame.

Giró el rostro un poco a la derecha, luego la barbilla hacia abajo, sin dejar de taladrar mis ojos. “¿Quién eres?”, casi le escuché preguntar.

Al fin dijo:

—No puedo hacer eso.

—Claro que puedes.

Tan sólo tenía que desangrarme. Siendo honesta conmigo misma, iba a ser muy difícil huir del guerrero y hacer el ritual; tenía que convencerlo para que me matara; aquel humano quedaría como mi último asesinato y yo no volvería con el príncipe jamás.

—Si huyera tendrías que matarme —insistí.

—No te dejaré huir.

—Si saliera corriendo deberás darme cacería.

—No estarás en condiciones de llegar a eso.

—Mátame, Caleb —usé su nombre removiéndome en la cama—. Mátame, te lo ruego.

Respiró profundamente.

—Maldita hembra enloquecida —bufó. Se acercó a la cama y me quitó las esposas—. Salgo yo, sales tú —repitió—. Y deja las estupideces.

No habló nada más acerca de mi petición. Él no iba a hacerlo, la misericordia no es algo que ellos puedan prodigar. De cualquier manera, me tranquilicé con una cosa: tenía algo de tiempo,

intentaría quitarme la vida antes de que partiéramos a Londres. Este infierno yo habría de terminarlo.

Me dejó hacer uso del baño. Al lavarme las manos, evité el espejo, hacía mucho tiempo que no soportaba ver mi reflejo.

Mientras él comía, más tarde en una fonda vecina al hotel, pregunté:

—¿Cuándo partimos? —Necesitaba saber de cuánto tiempo disponía.

—Nos vamos mañana.

—¿No será hoy?

—Mañana. —Fue todo lo que dijo.

Continuó con su comida, con ademanes inesperadamente elegantes; y yo me mantuve con los brazos cruzados, viendo a las personas a través del cristal de la ventana junto a la pequeña mesa en la que estábamos.

En un tiempo yo había tenido eso, pensé, una vida normal; como la de cualquiera de estas personas.

Mi madre me había amado, mi hermano también. Sonreí pensando en él. Y aunque intenté evitarlo a toda costa, no pude; otra vez me pregunté qué habría sido de ellos. ¿Se casaría mi hermano? ¿Habrá tenido hijos? ¿Vivirán esos hijos aquí todavía? ¿Cómo se habrá visto él ya convertido en adulto?

Fue imposible contener mis ojos, se llenaron de agua. Dios, el aire olía como ellos. Desde que llegué a Brujas lo percibí; todo esto, cada aroma, cada rayo de sol, el calor inclemente, todo me recordaba a mi familia, todo estaba empapado de reminiscencias de lo que yo había sido alguna vez, de todo cuanto había tenido.

—¿Qué te pasa? —Fue su voz la que sonó y me di cuenta de que estaba limpiándome la cara húmeda.

—Nada.

—Verdaderamente prefieres morir antes que regresar con el príncipe, ¿cierto?

—Guerrero, ¿podría esperar en el hotel? No escaparé, ya no tengo nada que... —Mi voz se cortó.

Ya no tenía nada que ansiar, nada por lo cual luchar. La pretensión de recuperar mi condición como humana ya no era factible. Sólo me quedaba la opción de morir; porque a la otra, la de volver a él, a esa me negaba. Eso no iba a pasar.

Al ver a la gente al otro lado del cristal otra vez, algo volvió a revolotear dentro de mí, pero no podía, no debía; limpié mis ojos y respiré profundamente; luego vi que el guerrero ya había pagado y estaba poniéndome de pie.

Fuimos al hotel, que estaba a pocos pasos, y pronto estuvimos en la habitación. Extendí ambas manos hacia él, pero rehusó esposarme.

—No creo que huyas.

Asentí sin verlo y fui a la ventana; la abrí, deslizando el panel de cristal, y me senté en el suelo, viendo hacia afuera. Llegaba al mar la noche.

Capítulo 4

La hembra se quedó muy quieta, como una figura de cera, por mucho tiempo; y Caleb la observaba desde una silla al otro extremo de la habitación. Mierda, qué embrollo.

La única razón por la que había decidido quedarse un día más era porque, francamente y al punto, estaba jugando a hacerse el idiota, estaba haciendo tiempo. ¿Pero qué mierda esperaba? No lo sabía.

Se levantó de la silla y anduvo unos pasos hacia ella. Casi quería asegurarse de que seguía respirando, de tan inmóvil que estaba, pero en cambio salió al pasillo y, tomando su celular del bolsillo del pantalón, marcó un número.

—¿Qué hay, Caleb? —La voz de Josué, que como él era un guerrero de la guardia de ministros.

Caleb fue al grano, necesitaba que su amigo averiguara cuánto tiempo podría demorarse en esta tarea sin levantar sospechas. Estaba tan apresurado que las palabras le salían en un torrente, fluyendo atropelladas una tras otra.

Le contagió la ansiedad a su amigo y la conversación que siguió fue de todo, menos ordenada.

¿Demorarte, pero por qué?, la tienes, ¿no? Sí, la tengo, pero es una mierda este asunto, el príncipe es un bastardo. Eso ya lo sabemos, viejo. Sí, pero alguna porquería del infierno hace con ella porque no quiere regresar. Caleb, carajo, y ¿qué querías?, si escapó es porque no quería estar con él, obviamente que no brincaría de gusto. No es eso, mierda.

Sacudió la cabeza; debía ordenar sus ideas.

Me refiero a que, infiernos, sólo dime cuánto me puedo tardar. Ni un día más, habrá gente de la guardia real esperándolos en la capital. Pensé que yo la llevaría hasta Londres. No, tú regresas directamente con nosotros al Ministerio; entrégaselas, y punto.

Maldijo entre dientes; ¡con un carajo!, pensó.

¿Un día nada más? Un día solamente y regresas a París, así es. Mierda, es que no me parece correcto. ¿Le estás encontrando el gusto a la hembra? Maldita sea, no se trata de eso, eres un imbécil. ¿Qué tendría de malo?, ya necesitas quién te caliente en las noches. Eres un jodido hijo de puta, sólo piensas en eso, esto es diferente.

Apretó los labios; hubo una larga pausa.

Es que llora y mucho, y se queda callada y no se mueve; no sé qué carajos hacer con una hembra que llora. Abrázala y muéstrale un buen rato. Vete al diablo, ¿mañana entonces en Hermosillo? Sí, mañana; amigo, no te metas en problemas, entrégala y regresa con nosotros; el infierno se nos está viniendo encima; creemos que no falta mucho para que el Consejo y la primera familia empiecen a lanzarse la mierda entre ellos y se van a necesitar manos, y colmillos; y muchos puños; nos están reuniendo en grupos de cuatro, estás en el mío, con Draco y Aiken; esto va a arder y pronto, viejo; así que quién sabe, tal vez no le dure mucho el gusto a Darío hijo de perra con su hembra escurridiza.

Fijó la vista en el piso; “tal vez”, pensó.

—Gracias, Josué. Nos veremos pronto.

Cortó la comunicación. Y se dio cuenta de que había terminado en un sitio más jodido que antes. Sacudió la cabeza, le había dado vueltas durante toda la conversación, al final no supo quién dijo

qué.

Capítulo 5

—¿Quieres comer? —me preguntó el guerrero al día siguiente.

Me levanté de donde había estado creo que horas, hipnotizada por el mar, y asentí para enseguida salir del hotel a su lado. El aire caliente me pegó de golpe en la cara tan pronto pusimos un pie en la acera.

—Infiernos —dijo él entre dientes.

—Sí, justamente así se siente —comenté yo sonriendo—, es como tener la secadora de pelo en la cara, ¿no crees?

Soltó una risita.

—Maldita sea, sí. ¡Qué mierda de calor, me pone de un humor de perros!

—Tiene su encanto —creo que suspiré.

Me miraba como si fuera un aparecido; asustado, o sorprendido, no lo supe. Aclaré la garganta.

—¿A dónde vamos? —le pregunté.

Parpadeó varias veces y después echó a andar. Quiso cenar en el mismo lugar pequeñito al lado del hotel. Y después, aunque pensé que regresaríamos al hotel, él pasó de largo frente a la puerta y dobló la esquina hacia la playa. Después de escaso par de minutos estuvimos sentados en la arena.

Se encontraban ahí sólo un par de personas más, aunque bastante alejadas de nosotros. Creo que la mayoría de los visitantes estarían en la plaza o por las callejuelas del pueblo como era la costumbre en las primeras horas de cada noche durante el Festival.

Nos sentamos en la arena y luego de unos minutos el guerrero pareció hipnotizado por el oleaje. El ritmo de las olas en esta playa tiene una cadencia tan lenta y sinuosa, casi amorosa, como una madre que sonriendo embelesada sigue meciendo a su bebé mucho después de dormido.

—Te lo dije, tiene su encanto.

Ahora él suspiró y le observé de reojo. En contadas ocasiones había yo visto a varones de su clase. Tal vez no asistían a menudo a la casa real, aunque era yo quien no frecuentaba los lugares públicos de la casa, ni asistía a las recepciones mucho menos. En el calabozo y en las cámaras privadas del príncipe no hay guerreros.

Había escuchado alguna vez que eran de apariencia impresionante, los varones más fuertes de la raza, y guiándome por él, esto tenía que ser cierto.

Será que me inspiraba confianza, por alguna razón desconocida, o será que no tenía miedo a morir, pero empezaba a sentirme cómoda a su lado.

—¿Desde cuándo eres un guerrero? —cuestioné.

—Desde que transmuté.

—No sé qué es eso.

Volteó a verme.

—Veo que nada te explicó —susurró algo entre dientes—. Es una forma para referirse al paso del vampiro hacia la madurez. —Aclaró la garganta—. Ocurre alrededor de los veinticinco. Antes de eso no nos alimentamos de sangre, sino de energía.

Tragué saliva, asintiendo.

—Como yo —dije finalmente.

—Justo como tú.

Respiré profundamente y estuvimos en silencio un rato. Sin embargo, me sentía con ganas de conversar.

—¿Soy un escalón debajo de ustedes en la evolución?

—¿Quién podría saber quién está arriba y quién abajo? Somos diferentes, nada más.

Me fui relajando cada vez más, caía el sol al otro lado del mar.

—¿Y luego de transmutar sólo pueden beber sangre? —pregunté.

—Tomamos alimento de humanos también. Pero sangre es el principal combustible.

—Pero solamente de las hembras de tu raza y viceversa. —Recordé sus palabras.

—De hecho, hay una cuestión interesante en ese aspecto... pero es una cosa del amor y esas mierdas. En fin. —Sacudió la cabeza—. El cazar humanos es más un asunto de recreación estúpida, no es indispensable para sobrevivir. Y, en realidad, está prohibido en algunas regiones. En aquellas donde se hallan asentamientos muy numerosos de los nuestros no conviene que desaparezcan humanos, así como así. Pone en peligro la propia existencia.

—Los nobles lo hacen.

—Porque los nobles son unos malnacidos.

—¿El Consejo no puede detenerlos? —Una idea, era duro para mí albergar alguna esperanza, pero confieso que empezó a nacer.

—Anda, que ese es todo un asunto ahora mismo, desatar una guerra civil —explicó—. Pero ahora dime tú. —Se apoyó hacia atrás con los antebrazos en la arena—. ¿Qué viniste a hacer aquí? ¿Qué tiene este lugar de especial?

—Yo aquí vivía. Él me tomó de aquí.

—¿Y por qué regresar? Podías haber huido a cualquier parte del mundo.

—Necesito llevar a cabo un ritual pues quiero ser humana.

Guardó silencio un momento.

—Santa mierda. —Reaccionó irguiéndose—. ¿El ritual del Dulunt? —Lo conocía entonces.

—Ese mismo —confirmé.

—No existen registros de que funcione.

—Tengo que intentarlo.

—¿Cómo te enteraste de él?

—Encontré unos manuscritos. Yo pasaba mucho tiempo leyendo en mi.... celda, lo que sea. —Tosí y él frunció el cejo—. El punto es que en una ocasión encontré un manuscrito con muchos ritos mágicos diferentes. Lo memoricé, es una traducción de una lengua germánica al castellano. Dice así:

*«En la eternidad existe el alma de aquel
que detenido entre dos mundos está
no le pertenece a ninguno, pero él a ambos les contiene.
El sempiterno para cruzar
su sangre que libere con el arma que le cambió
drenando de sus venas la líquida vida en el mismo lugar,
en el solsticio de invierno y bajo la luna más clara.
Sin apego se encontrará
para con ninguno de los eternos;
porque de amar al vampiro
sus carnes una serán.»*

*El sempiterno para vivir
que la totalidad de su sangre derrame
si lo que quiere es cruzar;
y sobre tierra descansará
hasta que la vida pasada le alcance otra vez».*

—Es una mierda seria en lo que deseas meterte —dijo cuando recité—. No hay ninguna garantía. Bien podrías morir desangrada. Los sempiternos no necesitan arder, desangrarse y eso es todo, muertos.

—Te aseguro que lo tomaría como una bendición.

Guardó silencio un momento y después habló.

—Lo respeto. —Movi6 la cabeza, asintiendo una vez—. A mí me emputa que quieran decirme lo que tengo que hacer.

Bueno, de cualquier manera, el ritual ya no importaba, pens6.

Nos quedamos en silencio un largo rato, hasta que se puso de pie y me ayud6 a levantarme, para mi extrañeza. Solt6 mi mano tan pronto estuve sobre mis pies y lo escuch6 aclarar la garganta.

Con un ademán, señal6 que quer6 caminar por la orilla de la playa y acept6 en silencio. Estaba ya solitaria y caminamos por la orilla, con la espuma de las olas mojándonos los pies que nos habíamos descubierto, habiendo dejado los zapatos en la arena.

—Así que deseas volver a ser humana —dijo de pronto.

—Sí.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Quiero vivir.

—¿Tú crees que yo estoy muerto?

—Sin ofender, pero desprecio a tu especie.

—Ofensa no recibida. —Sonrió—. ¿Sabes?, podemos ser tan normales como cualquier humano.

—No mueren nunca.

—Sí podemos morir, sólo que en situaciones extremas. —Se inclin6 y tom6 una piedra lisa, empezó a jugar con ella con sus largos dedos—. Pero es cierto que nunca por causas naturales. Aunque se sabe de algunos de los nuestros que luego de dos o tres milenios fallecen sin explicación mientras duermen.

—Tres milenios es una mierda de muchísimo tiempo.

—¿Y qué de bueno tiene morir? —Lanz6 la piedra al mar. Luego se inclin6 por otra con la que volvi6 a jugar frotándola en la mano.

—¿Y qué de bueno tiene una vida que se sabe no acabará nunca? —le dije yo—. Así no puede disfrutarse.

—La cuestión es con quien la compartes, ¿no crees? —Hizo una pausa y después afirm6—: El príncipe no te trataba nada bien.

Eso no necesitaba respuesta, guardé silencio.

—No todos somos como él, quiero decir... como ellos. —Lanz6 la piedra al agua, y cuando la vio saltar sobre la superficie un par de veces antes de hundirse, sonrió tan deslumbrantemente como un niño—. Podrías ser convertida. —Se adelant6 dos pasos y tom6 otra más—. Ser uno de nosotros; enamorarte, emparejarte con un macho que te respete y te haga feliz.

—Soy de su propiedad.

—Tal vez, pero hay maneras, un buen macho podr6 —le interrumpí.

—Jamás podr6 estar con un vampiro.

Mirando al frente, asintió.

—De verdad nos desprecias. —Guardó la última piedra en el bolsillo.

—De verdad lo hago. —¿Para qué mentir en estos momentos?—. Y sé que pueden molestarte mis palabras, y quizás por eso las digo. Espero que ardas enfurecido y me mates de una vez.

—No creo que lo logres, pero tienes derecho a intentar.

Se inclinó a la arena y ahora tomó un puñado de ella; empezó a dejarla ir entre los dedos, muy lentamente, la finura de sus granos formaba una cortina iluminada desde su mano hasta tocar los pies.

Tiene bonitos pies, pensé; muy bonitos pies considerando el tamaño.

Según me había dicho, al día siguiente partiríamos a Hermosillo. Yo tenía decidido quitarme la vida antes de poner un pie en ese avión, todavía no encontraba el cómo, pero estaba resuelta a hacerlo; así que el hecho de partir al día siguiente le ponía una fecha final a mis días sobre esta tierra.

Sin embargo, había una cosa que deseaba íntimamente. Debatiendo conmigo misma, llegué a una decisión.

—Guerrero —le dije y me miró—. ¿Podríamos...? —Aclaré la garganta—. Quisiera ir a un lugar.

—De acuerdo.

Se sacudió las manos sin preguntas y anduvo a mi costado.

A través de calles de terracería, angostas y desérticas, llegamos a la periferia del poblado. Gracias al rumor lejano, supe que sería en la plaza donde estarían las personas ahora mismo. Esta sección estaba en ruinas, era la más antigua y me fue obvio que las familias que habían vivido ahí en el pasado habían abandonado sus hogares, tal vez para irse a la ciudad.

La última casa de la zona, luego de un codo en la calle, era aquella en la que yo había vivido con mi familia ochenta y un años atrás. Creo que Caleb lo supo, porque cuando la vi, y estuvimos frente a ella, me quedé estática sobre la tierra de la calle y él no se movió un milímetro, como si me estuviera dando tiempo.

La casa estaba en ruinas, abandonada, la observé casi sin poder respirar. Luego de un largo momento, puse un pie delante del otro y él me siguió.

Al llegar al umbral, tragué saliva y aclaré la garganta; aunque no me ayudó con la presión en el pecho.

Cruzamos el marco de entrada, ya no tenía puerta.

Era una casa de adobe. Yo recordaba cuando la habían construido mi madre y su hermana, mi tía. Habían mezclado pasto seco con barro y arcilla para formar los bloques y después los adhirieron entre sí con barro puro para levantar las paredes.

El techo era de largas tablas que le cruzaban de lado a lado y se habían sujetado con cordeles obtenidos de fibras vegetales secadas al sol. Yo era muy niña, pero recuerdo haber pasado días enteros alineando los bloques de barro para que se secaran con la luz del día. Y después de levantada la edificación, recordaba haber ayudado a mi mamá y mi tía a cubrir con cal las paredes exteriores.

El piso era de tierra, naturalmente, como los de todas las casas de aquí, pero mi madre lo barría todos los días y solía rociar agua con las manos sobre él para que no levantara polvo, lo que le hacía verse muy fino y sólido bajo los pies.

Yo había sido feliz en esta casa; mucho más cuando llegó mi hermano. Fuimos nosotros tres todo ese tiempo, y aunque desde los once años trabajaba en la hacienda, venía con ellos cada domingo,

hasta que un día ya no regresé... y quedaron solamente ellos dos. Ya no sé qué pasó después.

Mis ojos se llenaron de agua. A través de ella, veía las paredes interiores, era un solo cuarto toda la casa, la hornilla la mantenía mi madre en el patio trasero, siempre encendida con carbones y con una olla de café en las brasas.

Me pareció mucho más pequeña de lo que recordaba, el techo más bajo, y tan solitaria y herrumbrosa que me dolió el corazón. ¿Qué pasaría con ellos?

Se me salieron las lágrimas y, por más que intenté prevenirlo, un sollozo se escapó. El guerrero se removió a mi lado, y girando a un costado le vi levantar un brazo, como si estuviera a punto de rodearme los hombros con él, pero me alejé un paso y lo dejé caer.

Recorrí de nuevo el lugar con la vista y volvió a hundirme su desolación. Mis manos fueron a mi rostro, dejándolo caer al frente, y quise salir de ahí, pero al girar sobre mis talones vi el marco de la puerta de entrada, y de pronto fue como si se iluminara todo y volviera a su pulcritud de antes, apareció mi hermanito ahí y mi mamá a su lado señalando su estatura en el marco con un gis y sacudiéndole el cabello, diciéndole lo que siempre solía al hacer esto: “Mírate nomás, Paúl, cómo has crecido”.

Cubrí otra vez mi cara con las manos y estallé en llanto. Pero el guerrero volvió a removerse como si fuera a acercarse a mí y eso me hizo reaccionar.

Quise irme. Levanté la cara, limpiándome el rostro con las dos manos y salí.

El viento caliente de la noche me llegó de frente, proveniente del oriente, del mar, salado. Sacudí la cabeza y aclaré la garganta; el calor me entró por las fosas nasales.

—Gracias —le dije a través de la grava ardiente; pero él no respondió, se limitó a asentir en silencio.

Anduvimos sobre la terracería rodeados de la oscuridad de la noche, largo rato; hasta que habiéndome yo tranquilizado, él habló.

—¿Y de qué mierda se trata el festejo éste? —Señalaba con un brazo al frente, a lo lejos, desde donde provenía el resplandor luminoso de la plaza y el bullicio de la gente.

Aclaré la garganta y respiré profundamente, serenándome del todo para responder.

—Es por el solsticio de invierno —dije, evitando el temblor en la voz—, para que el año que inicia traiga con él abundantes peces. —Aclaré la garganta otra vez, tosiendo ligeramente—. Es en la plaza.

—Me gustaría ir.

—¿Ahora el hada madrina soy yo?

El guerrero sonrió.

—Sólo un rato —pidió—. Nunca he estado en esta parte del mundo.

—Está bien. —Solté el aire—. Si quieres ir, vamos. —Después de todo, él me había dejado ir a mi casa.

Caminando, llegamos al lugar. La plaza parecía hacer efervescencia; había carpas cubriendo pequeños lugares de comida al aire libre, música diferente en cada esquina, y muchas personas andando de aquí a allá, comiendo, bailando, bebiendo. Caleb quiso que fuéramos a un improvisado bar, que no era más que una carpa sobre las cabezas, una barra de madera portátil y mucho alcohol detrás. Sentándonos en un banco cada uno en la barra, pidió dos cervezas.

—No bebo —le dije.

—Sin inconvenientes —dijo él recibiendo las dos.

Bebió la suya de un trago y después la mía. Y luego pidió otras dos.

—Me estoy... —Tomó un trago—. En serio... —Tomó otro—. Quemando en este clima.

Solté una risita.

—¿A qué temperatura estamos? —dijo.

—Treinta y algo, posiblemente.

—¿Celsius?!

—Sí, está tranquilo.

—Santa mierda, me derrito. ¿A qué le llama calor esta gente?

—Lo normal es cuarenta, cualquier cosa menos que eso es un regalo. Pero el calor de algunos días de verano son unos bonitos cincuenta grados.

—Santo infierno.

—Sí. —Sonreí—. En ese lugar se siente uno.

—Aunque tiene su encanto —dijo él empujándose la cerveza y noté que había repetido mi frase—. Nunca había conocido un sitio así. Playa y desierto juntos.

—Y oye esto —le dije—, a unas horas de aquí está nevando ahora mismo. —Alcé una ceja.

—¿De verdad? —Me miró, dejando la botella vacía sobre la barra y pidiendo otras dos con una señal al encargado.

Estaba empeñado en emborracharse por lo visto.

—No siento nada. —Pareció leer mi mente—. Creo que todo se te va en calmar lo que te quema adentro.

Eso es cierto, sonreí. Y le respondí:

—Está nevando en la sierra, al noreste del estado. Es otro mundo, el paisaje cambia en un parpadeo, todo son pinos hacia donde dirijas la vista, y de pronto sientes la nieve caerte encima.

—Me gustaría ver eso.

—¿Qué eres tú, un jodido turista?

Caleb rio. Soltó una sonora carcajada que hizo cimbrar algo adentro de mí, pero sacudí la cabeza.

—Si se tiene la oportunidad —reviró—, ¿por qué no conocer, mujer?

—Como digas. —Sonreí.

Lo observé beber de la cerveza recién recibida, totalmente relajado en el banco junto a mí. Mierda, él se veía tan normal, para ser un vampiro. Y endiabladamente guapo, tuve que reconocerlo, con ese largo cuerpo y esos brazos interminables; ahí sobre el banco y bebiendo.

El cabello estaba humedecido por la brisa del mar. Tenía una mata de pelo impresionante; corto pero muy abundante y color castaño lustroso; noté que tenía la costumbre de pasarse la mano por el pelo hacia atrás, formando gajos con los dedos.

Sus ojos estaban alegres y creo que había estado demasiado sumida en mí misma porque no entendí cómo pude no haber notado antes su color. Caleb tiene los ojos de un color impresionante, son color ámbar, brillan con una luz amarilla, como miel que resplandece. Y ahora mismo me miraba directamente con una gran sonrisa.

Rayos, el tipo era... bien, de acuerdo, era muy guapo. Mucho.

Tenía las mejillas ligeramente coloreadas por el calor y como estaba sonriendo por entre la milimétrica barba se le veían hoyuelos enmarcando la boca. Tuve que aclarar la garganta y retirar la vista.

—Me hace falta un amigo varón —dijo de pronto.

—¿Qué? ¿Por qué? —Reaccioné volteando a verlo, tosí un poco.

—Porque lo que quiero decir a continuación no sé si sea apropiado decirlo a una mujer.

—Por favor —resoplé—. ¿De qué se trata?

Me miró a la cara para responder.

—Hay muchas mujeres. —Alzaba las cejas con los ojos muy abiertos, el ámbar resplandecía—. Muchas.

Volteé a ver a la gente.

—Cierto —acepté.

Frente a nosotros había un espacio rectangular que parecía haber sido dispuesto para pista de baile, con una sonora música electrónica como fondo. Y, efectivamente, estaba lleno de mujeres. Desde que yo vivía aquí escuchaba eso, sobre la mayoría femenina, y parecía que la tendencia no había cambiado.

—Y todas tienen ojos enormes —dijo—, castañas, y son altas... muy altas. —Parecía hablar consigo mismo—. Mierda santa, nunca había visto tantas mujeres hermosas en el mismo sitio al mismo tiempo.

Lo miré de reojo y apreté los labios. Estaban bien los cumplidos, pero ya se estaba pasando. Creo que notó mi molestia, porque volteó a verme y dijo.

—Tú también eres linda, aunque seas pelirroja.

Apreté los labios.

Linda, eso dijo. A las demás las llamó hermosas, ¿y a mí? Linda. Lin-da. ¡Pero qué mierda me importaba! Trágueme la tierra. Y al vampiro a mi lado, de paso.

—¿Quieres bailar? —dijo de pronto.

—¿Qué?

—Quiero bailar, ¿me acompañas?

—Oh, no, ve tú. No faltará quién te acepte la invitación.

Si ya varias se lo estaban comiendo con los ojos. Quien lo rechazara tendría que estar mal de la cabeza o ciega. Y ni siquiera las ciegas, porque tenía una voz espectacularmente viril. Sacudí la cabeza; mierda conmigo y mis apreciaciones.

Pensé que insistiría para que bailara con él, pero no; oh, no. No, señor. Se levantó de inmediato y fue derecho a una chica que estaba con un grupo de amigas. Ella era tal cual su descripción de antes: alta, cabello castaño y largo, ojos grandes y unas malditas piernas de metro y medio. Mierda de nuevo.

Me decidí a pedir una cerveza.

Estaba en un mundo paralelo. Una situación surrealista y fuera de todo contexto, donde yo era inmortal, me perseguía un vampiro, otro estaba aquí, un guerrero, el cual había venido en mi cacería y lo que me preocupaba, lo que de veras me tenía la tripa hecha un nudo, era el largo de las piernas de una extraña. Y su fabuloso cabello. Malditas mis apreciaciones y maldita yo. Mierda mil veces.

Con la cerveza en la mano, los vi ir a la pequeña pista. Y el vampiro, oh, sí, el vampiro, empezó a bailar. Y tuve que beber la mitad de la cerveza de un solo trago. Empecé a reír sola, me reía de mí misma, porque me estaba ardiendo en el alma el hecho de que bailara tan bien. Él no es humano, ¡reacciona!

Al ritmo de la música electrónica, iluminado como los demás con luces artificiales de colores que parpadeaban, bailaba como un verdadero dios. Y la perra a su lado era su diosa. Sí, ¡la perra!

Pedí otra cerveza. Y la bebí tan rápido como la primera. Pedí una tercera y empecé a buscar a alguien para bailar yo también. Y me le iba a parar a un lado, a un ladito, que viera que yo también podía. Cerré los ojos y me reí otra vez, me estaba volviendo loca. Entonces se acercó un tipo.

—¿Quieres bailar, muñeca?

Lo vi un instante, joven y guapo, pero desgraciadamente yo estaba de un humor del demonio.

—No, gracias.

—Ándale, muñeca, ande, *mija*, vamos.

Tuve que sonreír con lo de *mija*, no lo había escuchado en casi un siglo.

—No, gracias —dije otra vez.

Tuve que contenerme, porque por un instante era como si volviera a renacer quien yo era hace décadas, una joven normal.

Volví a insistir y yo a negarme, aunque sí quería, pero era una ridiculez, ¿cómo me habría de poner a bailar? Yo era una eterna maldita, con un demonio. Aunque el vampiro aquel, lo vi de lejos, no estaba menos maldito que yo, si acaso más. Y estaba gozándola de lo lindo. Bailando con una cerveza en la mano, le sonreía a su compañerita, muy feliz de la vida moviendo las caderas, jugando con ella. Cuando ella soltó una risotada, yo fruncí los labios. Con el afán de molestarlo solamente, casi acepté la invitación del tipo. Pero otra vez me negué, a él no tenía por qué importarle y yo me sentiría todavía más estúpida.

—Más tarde.

—*Ora, mija. Ora mismo.*

—No, gracias.

Entonces me tomó del brazo y me jaló bajándome del banco. Por los mil infiernos, qué le pasa a este tipo.

—¿Qué pasa, amigo? No moleste a la señorita —dijo Caleb, repentinamente a mi lado.

—¿Y a ti qué, compa?

—A mí todo, amigo. Viene conmigo.

—Lo vi bailando con una, allá en la pista.

—Que eso a usted no le importe. —Mierda, hasta le imitaba el acento—. Esta mujer es mía, así que esfútese, pero rapidito.

El tipo recibió la amenaza y se fue, tan rápido como había llegado. Casi se deslizó en una mesa cercana y se sentó con sus amigos.

—Me gusta, me gusta este pueblo —dijo Caleb cuando estuvimos solos.

—Ya lo veo —repliqué, ardida—. Y ése no es de aquí, ese acento no es el nuestro.

—Me di cuenta por la chica con quien bailaba —dijo él—. Habla de lo más bonito.

—Vaya, ¿tenía algún defecto?

—Ninguno que pudiera apreciar.

—¿Y qué haces aquí entonces? Vaya con ella. Ande.

Se rio de mi tono.

—No seas amargada.

Lo que siguió fue el colmo. Porque me subí al banco y dejé de hablarle, ni siquiera lo miraba, parecía la novia ofendida. Y que no se olvide que él era un vampiro, yo una sempiterna, y estaba aquí sólo para llevarme presa.

Pero vaya que me pudrí por dentro. Lo ignoré hasta que dijo:

—Hablabas de lo más bonito, tan sensual, sobre todo cuando decía *muchacho*, la che suena delicioso. ¿A ti te sale igual?

—No, ya no. Hace ochenta años que me condenaron al infierno.

—A ver, dilo. Veamos. —Le valió un cacahuete mi aseveración.

—No, no quiero.

—Anda, no seas aguafiestas. Dilo, una vez.

—¿Y si te gusta demasiado?

—Creo que podré resistirme, no eres tan deseable. —Con la botella en los labios, sonrió alzando las cejas.

—Muy gracioso. —Oh, Dios, sus labios tocando la botella.

—Anda, dilo. —La bajó.

—Noup.

—Por favor, una vez, Julia.

Oh, mierda, mi nombre sonaba tan bien con su voz.

—Anda, no te dejaré en paz —insistió.

—Muchacho, ¿contento? Muchacho.

Soltó una carcajada.

—Sí, lo tienes. Suena riquísimo.

—Púdrete.

Y como se rio con más ganas, más me pudrí yo.

—Es un acento ideal para el sexo —dijo.

Casi se me salen los ojos de las cuencas. Pero él remató.

—Una mujer de tal hermosura y hablando así es un pecado.

—Si tanto te gustó, vete con ella.

—Hablo de ti.

Perdí el aliento, abrí la boca para responder, pero no salió nada. Volví a cerrarla, mordiéndome los labios.

Se sentó a mi lado y pidió otras dos cervezas.

—Yo todavía tengo —señalé.

—Son para mí. Me derrito, mujer.

—Qué buen pretexto.

—El alcohol no tiene ningún efecto en nosotros, es la temperatura lo que me atrae.

—Sí, claro.

—Es la verdad —dijo riendo.

Y mientras él reía yo pensaba que esta era la plática más mundana de la historia. Y la estaba teniendo con un vampiro asesino. Pártame un rayo.

—Sí, sí, no lo cuestiono —le dije—. Aunque podrías tomar agua.

—Posiblemente. —Sonreía.

Nos quedamos observando el movimiento de la gente de la plaza por largo rato, con la música electrónica resonando muy cerca de nosotros.

La mancha humana se movía por grupos, algunos comiendo, otros bailando; todos, locales y visitantes, parecían estar pasando un gran momento.

—¿Todo México es igual? —dijo de pronto.

—Yo... ah. —Aclaré la garganta—. No lo sé.

Era verdad, lo desconocía.

—Yo... sólo viví aquí y... —Hice una pausa, pensando que Brujas, y lo poco que había conocido de Sonora, eran mi única referencia, tanto en México como en el exterior; puesto que mi estancia en Europa con... bueno, no había conocido demasiado. No quise mencionarlo, sin embargo.

Pero a pesar de mi deseo, el temblor en mi voz fue mucho más elocuente que las palabras no expresadas; y se cargó de significado aunado al silencio que siguió. Él lo notó.

—Oh, Dios, qué sorpresa —dijo enseguida; sospeché que intentaba distraerme.

Aclarando la garganta lo miré.

—¿Qué cosa?

—Que me haya gustado tanto este lugar. Playa, desierto, nieve al norte, música, mujeres hermosas, ¿qué más se puede pedir?

—¡Y dale con las mujeres! —Logró distraerme, sin duda.

Estallé sin poder evitarlo. Y mi tono fue mucho más vehemente de lo que planeé, ¡pero es que con una mierda!

—¡Dale y dale con las mujeres!

Él se rio de mí y luego me dijo:

—Si nuestras circunstancias fuesen distintas, diría que estás celosa.

—Pues qué bien que no son distintas. Las circunstancias.

—¿Sabes? Podríamos encontrar una solución a todo este embrollo tuyo. Podríamos buscar una salida. Pensar juntos, unir las cabezas.

—Si uniéramos las cabezas lo único que escucharías es el eco.

Caleb se carcajeó. Empezó con un murmullo contenido y luego se volvió una franca risotada. Y yo no lo pude evitar, reí también.

Terminamos en lo inverosímil, yo con otra cerveza en la mano brindando con él; mal rayo me parta en la cúspide de mi enloquecida vida.

Cerca de la medianoche, Caleb dijo tener hambre. Nos levantamos del bar y anduvimos hacia los puestos de comida de la plaza.

—Ahora voy a abrazarte —me dijo entre la gente.

—¿Por qué?

—Porque todos los machos te miran y me encabrona.

—¿Por qué?

—Es una falta de respeto hacia mí.

Rodé los ojos. He aquí mi captor con problemas de territorio.

—Haz lo que quieras.

Entonces me rodeó los hombros con un brazo atrayéndome a él, y aunque intenté no darle importancia la verdad es que se sintió endiabladamente bien. Me encantó.

Y él olía deliciosamente. Limpio y cítrico, un aroma muy varonil. Tuve que aclarar la garganta y concentrarme en no tropezar mientras caminábamos.

Caleb comió de todo, en todos los puestos de la plaza. Desde elaborados platillos hasta los más sencillos tacos. Pero el colmo fue en el último lugar, compuesto de un par de mesas bajo una carpa blanca en la esquina de la plaza. Un señor de mediana edad atendía y Caleb, al ver que ofrecía camarones, cocidos, aunque naturales y sin pelar, pidió de esos y muchos.

—Pero muchos de veras —le dijo al señor.

El hombre le sonrió. Antes de que regresara colocaron sobre la mesa de madera, una cama de hielo. Luego él volvió y colocó una cubeta de aluminio encima, llena, en verdad.

—En la mañana estaban nadando los inocentes —dijo el hombre.

—Y ahora me los como yo —dijo Caleb tomando el primero.

Y se comió lo contenido en dos cubetas. En total, me enteré porque le pregunté al encargado, se comió seis kilogramos de camarones. Con las manos y directamente del cubo, pelándolos para luego bañarlos con sal y limón.

Yo comí un poco con él y no tanto por estar hambrienta, sino por lo maravilloso que se veía él comiendo, muy tranquilo y despacio, con sus largas manos y esa manera tan curiosa para degustar,

como si saboreara cada bocado con la lengua y los labios; serio y callado, sin emitir un solo sonido, muy concentrado. Toda una visión, tengo que aceptar.

Cuando terminó y la plaza empezaba a vaciarse, pagó y anduvimos hacia el hotel.

Esta vez no me abrazó, y yo me encontré, para mi sorpresa, deseando que lo hiciera. Y mucho más ferviente fue en mí el deseo, cuando dijo:

—Este pueblito es el lugar ideal para estar enamorado.

Lo miré un segundo y luego aclaré la garganta; llevé la vista alrededor andando junto a él. Tenía razón. Había algunas personas cerca, pero fue como si desaparecieran.

Caminábamos por la calle principal, el pavimento había quedado atrás cerca de la plaza, y ahora andábamos sobre piedras de cantera rosada, acomodadas con toda pulcritud. Los faroles estaban encendidos, una hilera a cada costado. Y en la placidez de esta noche, la luz de la luna pulía los techos de las casas, mezclándose su sutil fulgor entre las sombras que dibujaban las macetas colgantes de cada balcón.

Además, allá al frente, la calle desembocaba en el mar, y desde donde estábamos se lograba apreciar el blanco espumoso de las olas en la orilla, y nos llegaba el rumor de su vaivén, una tras otra, siempre constante, siempre imparable, llena de seguridad.

Entonces sentí su brazo alrededor de mis hombros.

—Déjame hacerme a la idea —creí escucharle decir.

Y anduvimos así, sin hablar, todo el trayecto; y yo sin siquiera preguntarme lo que estaba pasando, o lo desatinado de la situación; porque el rumor de las olas era hipnótico, cautivador; con el plata luminoso de la luna marcando el sendero de los pasos, y todo ese aroma a sal en el ambiente, y el maravilloso calor del aire que te abraza, te rodea, entra hondo y te da tanta tranquilidad. Y por un momento no quise pensar. Quise soñar que yo no era yo, que era una mujer normal.

Y me dediqué a escuchar y caminar abrazada por él, nada más; viendo a lo lejos la espuma del mar, y escuchando la serenata nocturna de los grillos, los rumores de las olas, rodeados del opalescente fulgor de la luna y el ámbar saltarín de los faroles... como ese otro ámbar tan hermoso que apenas acababa de notar.

Él tenía razón, era ideal para estar enamorados.

Pero como no lo estábamos, la caminata terminó, lo mismo que la tregua mental, y volvimos a la realidad tan pronto llegamos al hotel.

Era ya cerca del amanecer, pero al entrar a la habitación quise decirle algo.

—Lamento haber sido tan ruda —dije acercándome a la cama y deshaciéndome de los zapatos en la alfombra—. Cuando dije lo de tu raza. —Me senté en el borde del colchón.

—No lo lamente —dijo él cerrando la puerta—. Respeto a quien habla con lo que piensa de verdad. —Me miró—. No me ofende porque sé de dónde proviene el sentimiento. Pero debes saber que no todos somos así. Hay machos de valía también entre nosotros. Tú podrías ser atesorada por algún afortunado.

—Atesorada, qué palabra tan curiosa. —Mi vista fue a mis manos en mi regazo.

—Es lo que merece una hembra como tú.

Levanté el rostro hacia él; pero él, habiendo dicho eso, se encaminó al baño.

Escuchaba el agua correr mientras me quedaba dormida en la cama. Y todo el tiempo meditando en lo que él había dicho, que no todos los de su raza eran iguales. Lástima que yo ya no tuviera nada para ofrecer.

Capítulo 6

A Te. So. Ra. Da. Eso se merece una hembra. Co. Mo. Tú. Eso le había dicho, pensaba Caleb mientras se duchaba. Eso le había dicho a Julia. Su, expliquemos, prisionera. A la que debía llevar de regreso al príncipe. Su, abundemos, dueño.

Pero cuando esa idea le vino a la mente, la de que el príncipe era el dueño de ella, tuvo que contener en la garganta el gruñido que le salió de las entrañas, apretando las mandíbulas tan fuertemente que le dolió la cabeza.

Se estaba volviendo loco. Unas horas con ella, conversando y riendo y ya estaba vuelto un loco de mierda.

La hembra era hermosa, no cabía duda. Pero con un carajo, no era suya, y de hembras hermosas se podrían hacer filas. Pero esta tenía algo diferente, ¿no es cierto?

Mientras se lavaba el cabello con abundante espuma bajo la regadera recordó el de ella, tan largo y ondulado; cuánto le gustaría hundir los dedos en ese pelo, cobre oscuro, jugar con esas ondas relucientes.

Maldito infierno; se enjuagó bajo el chorro de agua.

Pero no todo era eso, pensó, quieto un instante; su hermosura lo dejaba estúpido, desde que la vio en el callejón había sucedido, pero eso podía controlarlo, eso no era nada. La mierda se volvía caótica porque ahora él además quería abrazarla, cuidarla, secar sus lágrimas.

Cuando había llorado en el restaurante y después en la que había sido su casa; mierda, las dos veces se había tenido que contener para no cogerla y apretarla con los brazos, y besarla y rogarle que dejara de hacerlo, que le pidiera lo que quisiera, que iría al fin del mundo y se tragaría su propio puño con tal de no verla derramar una sola lágrima más de esos ojos tan grandes y tan cafés y tan bonitos y tan luminosos. Y tan, y tan, y tan jodido loco de porquería que se estaba volviendo él.

Y además su boca parecía tener vida propia cuando estaba con ella, era como si su cerebro no tuviera filtro hacia la garganta, le decía las cosas más increíbles, en la plaza, y luego al caminar al hotel; y además cómo había sucumbido al deseo de tocarla, rodeándole el cuerpo por los hombros, con cualquier pretexto idiota. Sonrió al recordar.

Pero es que ella había llorado tanto, en el que había sido su hogar antes, había llorado tanto y él se había sentido tan impotente y tan inútil y tan, y tan...

Y tan cierto como el infierno que debía deshacerse de ella y pronto, tenía que entregarla, largarse bien lejos y matar y matar en su trabajo, derramar mucha sangre, para olvidar que alguna vez su aroma le había llegado a la nariz.

Ese aroma tan agradable, lo más adorable que jamás hubiera percibido.

Los vampiros eran animales, pensó; parecían humanos, actuaban algunas veces como ellos, pero en el fondo eran animales, y sus rituales de cortejo eran más parecidos a los de las bestias. Un golpe de ese adorable aroma había sido suficiente para amarrarlo de pies y manos; una sonrisa, una palabra y una sola de sus lágrimas lo habían convertido en un endemoniado animal en celo.

Si a un macho le gustaba una hembra no descansaría hasta tenerla. La conquistaría, la enamoraría hasta que la cabeza le diera vueltas a ella también tanto como a él, y después la haría suya. Un

macho que se apreciara de serlo jamás forzaría a una hembra, pero conquistarla... eso era otra cosa. Daría una de sus pelotas por poder conquistar a esta que ahora mismo estaba a sólo metros de él.

Y cuidarla, y arroparla, y alimentarla de su vena, y cazar para ella, y verla dormir, y destazar al maldito animal que se atreviera a lastimarla.

Pensó en el que le había marcado sus iniciales en la espalda, a fuego; y un volcán reverberó en su pecho. Hizo un puño con la mano y lo descargó en la pared, fracturando el concreto. Iba a desangrar a ese bastardo. Esas no eran maneras de tratar a una hembra. Maldito animal a quien él quería cazar como a un perro. Y luego se dio cuenta de que no podía defenderla, ella era de aquel. Caleb era el extraño aquí.

Borboteó la lava en su pecho con mayor violencia y golpeó otra vez la pared con el puño.

Capítulo 7

Desperté cuando ya era de noche. Caleb pagó la cuenta en el hotel y después me guio hasta un coche, que dijo era en el que había llegado y era rentado del aeropuerto. Una vez dentro los dos, se encaminó rápidamente a la salida del pueblo.

Por el espejo lateral vi cómo las luces detrás de nosotros desaparecían lentamente, entre la nube de polvo que dejábamos a nuestro paso.

En algún momento yo había ideado quedarme ahí en Brujas, una vez volviendo a ser humana; pero ahora ya no sería posible.

Sin embargo, ya había hecho las paces con un plan. En el aeropuerto de Hermosillo le pediría que me dejara usar los sanitarios, adentro buscaría alguna de las tuberías de metal, quizás de los lavabos, arrancarías un segmento, me encerraría en uno de los cubículos, y lo clavaría directo en la yugular. Si hacía una herida suficientemente amplia, me desangraría antes de que él se diera cuenta y lo impidiera. Y eso sería todo. Por fin sería libre.

Avanzamos por la terracería hasta que rato después encontramos la 29 y la tomamos hacia el sur hasta la 16 que nos llevaría a la ciudad.

Fue un camino totalmente en silencio hasta que, cuando ya se veían las luces de Hermosillo en el horizonte, Caleb redujo la marcha. Con un movimiento rapidísimo tomó las esposas y esposó mi mano a la suya.

Era inútil, yo no iba a resistirme, estar tranquila ante él era lo que me permitiría hacer lo que planeaba en el aeropuerto.

Sin embargo, no esperaba lo que dijo a continuación.

—Haré la entrega en Hermosillo.

—¿No vas a llevarme a Londres?

—No.

Sentí un temblor recorrerme. Esto cambiaba todo lo que había imaginado. Pero se puso peor.

—Recibí un mensaje durante la tarde —dijo palmeándose el bolsillo del pantalón—. El príncipe en persona ha venido por ti.

Esas palabras dispararon el palpitar de mi pecho.

—¿Qué? —apenas hablé.

—Te entregaré en Hermosillo.

—¿Qué? ¡No! ¡No! —Grité—. ¿Él está en la ciudad?

—Concertó la entrega en un punto a las afueras, a las diez de la noche. —Señaló la hora en el tablero del auto: eran las nueve—. Como ves, estamos a tiempo.

—¡No! ¡No!

—Espera; tengo un plan, escúchame.

—¡No! ¡No me entregues!

—Escucha, Julia, después del mensaje hablé con varias personas del Consejo; creo que podemos ayudarte a librarte de él. Por lo pronto, regresa con él y yo me mantendré en contacto. Te ayudaremos.

—¡No! ¡No! Por favor, ¡te lo ruego! ¡No me entregues!

—Cálmate, créeme lo que te digo. Te ayudaremos. Por ley no podemos desobedecer y dejar de entregarte ahora; pero el Consejo tomará el asunto en sus manos, ya los informé. Ese trato hacia una hembra no es permitido.

Él había visto la marca en mi espalda, supe que a eso se refería. Pero no podía entregarme ahora con él. De ninguna manera, no. Además, ¿quién aseguraba que el Consejo lograría algo? Él era el príncipe.

—Te ayudaré, Julia, lo prometo —dijo—. Serás libre de él. Tu otra opción, la de morir, no me parece mejor.

¡Claro que lo es! Empecé a forcejear, sacudiendo todo el cuerpo en el asiento. Él no podía entregarme con Darío, no, no. Me movía desesperadamente luchando contra la sujeción de la esposa en mi muñeca. Con la otra mano golpeaba el tablero, el cristal delantero, la ventana.

Pensé en algo. Tomé impulso y golpeé el cristal de la ventana con el hombro. Luego con la cabeza. Una, otra, otra vez.

—¡Te harás daño! ¡Detente! —gritó.

Pero yo iba a hacer todo menos eso. Quedé de cuclillas en el asiento, y con el costado de la cabeza y el hombro golpeé la ventana. No era tan estúpida como para creer que huiría de él. Pero me mataría yo sola de esta manera.

Caleb me jaló, para sentarme otra vez. Pero tan pronto recobré el control, volví a lanzarme contra la ventana, impactando la sien en el cristal.

A cada golpe me sentía mareada, debilitada, pero tomé fuerzas cuando sentí algo caliente y mojado que me recorría un lado de la cara. Estaba sangrando.

Con eso como aliciente, volví a impulsarme contra el cristal con tanta fuerza que lo escuché crujir, se había quebrado en un patrón de telaraña justo en el centro.

—¡Maldición! ¡Estás sangrando! —exclamó.

Detuvo el auto frenando violentamente, haciéndolo derrapar en la carretera.

Liberó las esposas y saltó fuera; mientras yo con ambas manos ya libres me tocaba la cabeza; abundante sangre salía de la herida. Me sentía desorientada pero complacida.

—¿Qué intentas hacerte?! —Abrió la puerta y me sacó del auto.

Casi manteniéndome en vilo, me ajustó con la espalda contra el coche, analizando con las manos la herida entre mi cabello.

—Tremendo corte te has logrado.

—Mátame, mátame —tartamudeaba.

—No lo voy a hacer, deja ya eso.

Entonces grité. Abrí la boca y grité como una loca. Histérica, movía los brazos en el aire, golpeándolo en el pecho, golpeándome yo misma, jalándome el cabello.

Encontré con los dedos el corte, un poco más arriba del nacimiento del cabello sobre la sien y hundí los dedos. Sentí la carne, el cuero cabelludo, y arranqué un pedazo. Un borbotón de sangre me bañó la mano y el rostro, salpicando todo alrededor.

—¡No hagas eso!

Intentó contenerme, sujetándome las manos. Pero me solté a la fuerza, y me llevé ahora ambas manos a la herida. Hundí los dedos, rasgando con las uñas y arranqué otro trozo de piel. Más sangre brotó.

Aunque fuera así, pero yo habría de ser libre esta noche.

—Detente, para. ¡Julia!

Sujetó mis manos con mucha fuerza, extendiéndome los brazos a los costados. Intenté luchar,

pero fue imposible, apenas me podía mover.

La sangre me corría por el rostro, cayendo como una cortina de mis cejas a la nariz, repiqueteando en mi piel. Rojo, rojo. Chorreaba por mis pestañas.

Empecé a llorar.

Se escaparon las lágrimas de mis ojos, desesperadas, ardientes. Porque él era más fuerte que yo y no descansaría hasta llevarme con Darío.

Abriendo la boca, solté un largo lamento. El llanto se mezclaba con la sangre; un sabor amargo y salado en mis labios.

El cuerpo se me convulsionaba en sollozos, apenas podía respirar. El guerrero soltó ligeramente su agarre, pero cuando volví a luchar, afirmó de nuevo.

—¡Mátame! —grité—. A ti no te importa mi vida, a nadie le importa, qué más da. ¡Mátame!

No podía ver su rostro, porque la sangre me había cegado, pero lo sentí negar y grité otra vez.

—¡Mátame! ¡No! ¡No!

La noche absorbía mis gritos, mi sangre bañaba mi piel; mi vida no valía nada, lo único que quería era morir.

—Todo va a estar bien, nadie te hará daño. Te lo prometo —dijo él.

Con un gran esfuerzo me solté.

—¿Todo estará bien?! ¿Todo estará bien?!

Con bruscos movimientos, me saqué la camiseta de algodón que portaba, después desabotoné mis pantalones y los bajé a las rodillas.

Me extendí desnuda frente a él.

—¡Él me hizo esto! —grité.

No necesité ver su rostro para conocer su reacción. Lo sentí retroceder.

Sabía lo que estaba viendo. Mi cuerpo estaba lleno de marcas de Darío. Yo conocía cada una a la perfección.

Todo mi cuerpo mostraba marcas de rasguños y heridas de dagas. No podía beber mi sangre, pero disfrutaba lacerándome, haciéndome sangrar; mi cuerpo sanaba con la rapidez de cualquier inmortal, pero él bañaba las heridas con sal para que la evidencia de la cicatriz fuese permanente.

Estaban tatuados así sus rasguños en mi cuello, a ambos lados, en la base de los senos, alrededor de los pezones, en las caderas, en el vientre, en las piernas.

Mi piel completa tenía la apariencia de tela desgarrada por sus uñas.

Llevaba también su nombre muchas veces. Sus iniciales estaban tatuadas a fuego en mi espalda, mis muslos, mis brazos, en lo alto de mi entrepierna. Por la maldición del Shikté él no podía morder ni beberme, pero Darío había querido poseer cada centímetro de mí como le fuera posible. Todo mi cuerpo era un mapa de sus perversiones.

—¿Todo estará bien?! —grité llorando.

Dejé caer la cara en las manos, desnuda, en mis palmas se mezclaba el llanto y la sangre. Dos cosas que Darío gozaba haciéndome derramar.

Caleb subió mis pantalones y los abotonó. Enseguida me puso la camiseta otra vez.

—Vete —dijo en voz baja.

—¿Qué?

—Vete, vete ahora.

Puso las llaves del auto en mi mano.

Sentí entonces que me limpiaba el rostro, secándolo con una tela. Cuando fui capaz de ver, noté que no llevaba camisa, la tenía apuñada en las manos. El blanco teñido de rojo.

—Vete, pero no vuelvas a Brujas —me dijo—. Ve a la ciudad y toma un vuelo, a cualquier lugar. Es difícil para nosotros rastrear en Asia, recuérdalo.

Asentí nerviosamente y él continuó hablando apresuradamente.

—Rompe la tarjeta de crédito que robaste a uno de los guardias de Darío, no la uses ¡en absoluto! Paga en efectivo.

—Pero...

Quedó inconclusa la frase al sentir sus grandes manos introduciendo en el bolsillo de mi pantalón un fajo de billetes.

—Son varios miles —dijo él aceleradamente—. Y te daré esto también. —Deslizó en mi otro bolsillo una tarjeta plástica—. Es mía, paga con ella lo que necesites. Nadie ve mis estados además de mí. Nadie sabrá lo que hagas. Escúchame bien. —Me tomó por los hombros—. No te hospedes en hoteles de cadenas internacionales, no vayas a hospitales ni jefaturas de policía. Tenemos gente en los lugares más insospechados. Asia, recuérdalo. Pero incluso ahí, no hables con nadie.

—Pero el ritual... debe ser aquí, aquí me tomó.

—Olvídate de eso, maldita sea. Vete de aquí. Ahora.

Me empujó hasta rodear el auto, abrió la puerta y me hizo sentarme al volante.

—Maneja directamente al aeropuerto y toma el primer vuelo a cualquier lugar. Sal de esta ciudad cuanto antes. Después del país.

—Sí, sí.

Aferrando el volante con ambas manos, lo vi una última vez.

—Gracias, Caleb —musité.

Él asintió y cerró la puerta de un golpe.

—Gracias. —Repetí a través del cristal.

Su voz, aunque amortiguada, resonó fuertemente.

—Vete, maldición. —Señaló al frente, hacia la ciudad lejana—. Vete. ¡Ya!

Entonces arranqué el auto y partí.

Capítulo 8

El auto avanzaba bastante rápido acercándose a las luces de la ciudad. Sólo tenía que manejar en línea recta pues esta autopista se convierte en avenida entrando a la ciudad y sobre ella está el aeropuerto. Sólo en línea recta, sólo acelerar.

Tenía el corazón agitado en el pecho y las manos me temblaban, y fue inevitable recordar que había sido él, Darío, quien había ordenado a uno de sus siervos que me enseñara a conducir, le gustaba salir y que yo manejara a su lado. Al principio me negaba a aprender, pero cuando él dio muerte frente a mí a quien había sido mi instructor fallido como castigo, entendí que no quedaba más remedio.

Abrí las ventanas y apagué el aire acondicionado. Esperaba que el ardor del aire caliente en mi piel despejara mis pensamientos, pero lo logró sólo en parte, pues yo no iba a poder respirar verdaderamente en paz hasta que acabara este infierno.

La carretera se internó en la ciudad, a ambos lados empezaron a aparecer establecimientos con sus anuncios luminosos y automóviles que avanzaban junto a mí. Parecía que iba a lograrlo pues faltarían quizás apenas un par de kilómetros para llegar al aeropuerto, pero entonces vi que nos estaban desviando a todos los automovilistas, debido a que trabajadores realizaban un mejoramiento a la avenida. Apreté el volante con dedos temblorosos.

Seguí las señalizaciones al igual que el resto de los conductores y me encontré de pronto en el periférico. Lo tomé con dirección al norte. A lo lejos vi el estadio de beisbol; aparentemente había juego, las potentes lámparas que marcaban su circunferencia le hacían resplandecer en medio de la noche. Recordé el par de veces que había venido a la ciudad a ver un juego de beisbol, este estadio no existía, pero el deporte ya estaba arraigado.

Cuánto maldecía el momento en el que estuve esa noche en el acantilado. Pobre Blanca.

—Hola, gatita —sonó a mi lado.

Di un grito de horror. La voz de Darío.

Mis manos se aferraron al volante, como un reflejo inevitable le hice girar a la izquierda con violencia, provocando que el auto se volcara.

Sentí una sacudida ante el impacto del costado derecho del auto con el pavimento, derrapando varios metros, luego giró otra vez, quedando con el capote hacia abajo. Con las manos en el techo, de cabeza, vi volar los cristales en miles de pedazos a mi alrededor, y cómo todo giraba al otro lado de las ventanas.

Entonces el auto se elevó de la parte trasera, giró sobre su eje, caí en el asiento sentada otra vez, y rebotamos en el asfalto. El coche ahora estaba perfectamente alineado en un cruce del distribuidor vial ante una luz roja, con todos los cristales intactos y la apariencia más inocente, como si no acabáramos de volcarnos. Supe que era él quien estaba haciéndolo.

Yo respiraba entrecortadamente, miraba hacia abajo pero entonces deslicé la vista un poco a mi derecha, respiraba por la boca, un jadeo, otro, seguía recorriendo la distancia con los ojos, alcancé a ver sus piernas sentado en el asiento del copiloto. Dios mío, él de verdad estaba aquí. No, no.

Volví la cara hacia mi ventana, golpeando el cristal con el puño, intentando abrir, jalando la

manija. De mi garganta salía un hilo de voz que quería gritar, pero no lo lograba.

Me llevé las manos a la cabeza, después otra vez a la ventana, y luego quise abrir la puerta de nuevo. Nada funcionaba, estaba encerrada.

Llamó mi atención una miniván a mi lado izquierdo con varias personas en su interior; golpeé el cristal, gritando, intentando llamar su atención; pero, aunque llevaban las ventanas abiertas ninguna volteó. Simplemente esperaban la luz cambiar.

—Aquí tan sólo ven..

Su voz, su maldita voz sonó y los cabellos en mi nuca se erizaron, pude sentir una corriente helada reptando por mi columna.

—Ellos sólo ven —hablaba tan lentamente como siempre— a una ama de casa aburrida y vieja.

Se burlaba, entre dientes contenía una risita. Esto no podía estar pasando, no podía regresar con él, no, no. Me jalé el pelo con ambas manos y seguía golpeando la puerta, luego el volante, mientras con las piernas pateaba el suelo del auto.

—¿Cómo has estado, gatita? —El hielo del miedo me quemó la piel, toda la mitad derecha de mi cuerpo estaba helada por el horror—. ¿Te has divertido en tus pequeñas vacaciones?

No, Dios mío, no. Cerré los ojos, estaba respirando a jalones, sonaba pesadamente, como pequeños estallidos de aire que entraban y salían haciendo que me ardiera la nariz.

La realidad me golpeó, la terrible realidad en la que él me tenía otra vez y no habría escapatoria posible. El pánico fue como una oleada de calor desde mis rodillas, oprimiendo mi estómago.

Un tirón en mi cabello me fijó violentamente al asiento y con la mano me mantuvo así. Lentamente, llevé a él la mirada, apenas viéndolo de reojo. Dios mío, su rostro. Nunca olvidaré su cara en ese momento, apenas iluminada por la luz del exterior. Las sombras al interior del auto marcaban los ángulos de su cara, sus ojos hundidos, su malévola sonrisa, sus colmillos.

Darío había venido por mí, y me tenía en su poder. Grité. Porque no había ninguna otra cosa que pudiera hacer.

El puñetazo me llegó en la parte baja de la mandíbula. Como un disparo sonó el hueso al quebrarse; el dolor se expandió desde mi cara recorriéndome todo el cuerpo. Sentí líquido correr por mi cuello; tibio, espeso.

Jalándome del pelo volvió a fijarme al respaldo, forzando mi cabeza hacia atrás.

—Estoy tan feliz de verte, gatita —habló en voz baja, ronca. Esa voz felina que yo tanto temía.

Quise hablar entonces, decirle que se fuera al infierno, pero no pude, me estaba ahogando, tragando sangre, peleando para respirar. Con mis manos arañaba la suya que me sostenía contra la cabecera del asiento, pero no lograba liberarme.

Empecé a sentirme mareada y entonces un pensamiento, ¿para qué pelear? Fue en ese momento cuando me rendí, mis manos cayeron, ya nada tenía sentido. El mareo me hundía con él y aflojé el cuerpo hasta ser nada más que un flácido recuerdo de mí misma, una sombra de una mujer que jamás fue nada. Yo nunca había importado. Desde mi concepción, hasta hoy, mi muerte en vida, yo nunca importé una mierda. ¿Para qué luchar?

Al frente vi, entre los párpados casi cerrados, el imponente estadio resplandeciendo en la noche. Entonces los fuegos artificiales sobre él estallaron; iluminando el cielo nocturno en el punto más alto de su recorrido y después fragmentándose en miles de radiantes filamentos, una cascada exaltada de color; tan refulgentes, tan hermosos.

Fuegos artificiales fue lo último que vi, mientras me ahogaba en mi propia sangre.

Capítulo 9

Quería abrir los ojos. Me batí mucho tiempo entre la inconsciencia y la vigilia; y cuando por fin recobré el conocimiento fue como rebotar saliendo a la superficie, como una boya en altamar. Me jaló hondo a lo profundo, y luego de repente me soltó impulsándome hacia arriba.

Abrí los ojos tosiendo.

Al principio no supe dónde estaba. Lo primero que sentí fue la textura del suelo en las palmas de las manos; se sentía liso, no, no liso, aterciopelado; como una alfombra; pero olía muy mal y estaba empapada. A cada movimiento de mis manos sonaba ese sonido como un chapoteo, húmedo. Había algunas partes endurecidas.

Giré con dificultad sobre mi costado, y quedé boca arriba. Dios mío, ¿dónde estaba? Aunque no quería saber. Volví a cerrar los ojos, cansada de todo. Haber despertado no era en absoluto una buena noticia pues significaba que todavía estaba viva. Estaba tan cansada. Lo que quería ahora era quedarme quieta y no abrir los ojos nunca más. Quedarme ahí por siempre. Pero Darío tenía otros planes para mí.

Lo sentí entonces a él; estaba de pie a mi lado. Me levantó jalándome de un brazo. Fui un títere para él; tomándome de los hombros me atrapó con la espalda en la pared.

—Abre los ojos —demandó—. ¡Ábrellos!

No pude hacerlo. Estaba muy cansada.

Gruñó rabiosamente y sentí algo clavarse en mi hombro, sus dedos. Por dentro grité de dolor, aunque mi cuerpo lo único que alcanzó a hacer fue soltar el aire en resoplidos por la boca.

—Abre los ojos —ordenó otra vez, escupiéndome cada sílaba.

Quería hacerlo, quería obedecer; yo ya no tenía energía para combatirlo, pero no pude.

Darío rugió otra vez como un animal furioso y me golpeó. Sus puños llegaron a mi cara no supe cuántas veces ni por cuánto tiempo porque pronto perdí el sentido.

Cuando lo recobré, abrí los párpados con dificultad ya que tenía algo en ellos que los mantenía unidos. Me di cuenta al tallar con las manos de que era sangre seca. Esforzándome la removí y entonces vi su rostro.

—Has despertado. —Sus dientes se apretaron en su labio inferior y sus ojos negros llameaban.

Entonces se me salieron las lágrimas. Empecé a llorar. Ardía el llanto en el rostro al caer, y en los párpados hinchados al liberarse, me dolía la garganta al sollozar; pero no pude evitarlo. Jamás me libraría de él, ¿no es cierto? Nunca.

—Quiero beberte —dijo extasiado. Su tono me recordó que mi sufrimiento le excitaba. Fue a mi cuello, olfateándome—. Quiero beberte —repitió.

Con los dedos, abrió la vena en mi cuello, la sangre cayó por mi cuerpo como un manantial caliente.

Sujetándome de los hombros se acercó a mí, oliéndome, gruñendo, deseaba beber; como un maldito animal sediento él deseaba beber mi sangre.

—Quiero beber esto. —Con las manos empapadas de mi sangre se frotó el rostro.

Incapaz de mojarse los labios con mi sangre debido a la fuerza sobrenatural del Shikté, que lo amordazaba invisiblemente, empapó toda la parte baja de su cara, manchándola de rojo. Un rojo

mío.

Pero el que probara mi sangre era lo único en esta vida de miseria sobre lo cual podía decidir.

—Nunca.

Apenas terminé la palabra porque me abofeteó. Escupí un borbotón de sangre como si un globo hubiera sido reventado, cayó al piso y salpicó la pared.

Él iba a desangrarme ahora, ¿verdad? Así lo hacía siempre. Me desangraba en el suelo, se bañaba con mi sangre, rogaba y chillaba como un felino que le dejara beber; me golpeaba hasta cansarse, en un festín demoniaco de hambre de bestia y angustia de animal hambriento.

Y después me hacía beber de él, sanando así mis heridas, sin dejarme morir nunca. Y después todo volvía a empezar; día tras día, año tras año, una década tras otra.

Cuánto ansiaba la muerte.

Cuando me fijó otra vez a la pared, jalándome del pelo, intenté hablar.

—Mátame, Darío —apenas musité.

Otra vez me abofeteó. Estalló desde mi boca otro globo de sangre hacia el otro costado.

Sollozando pedí perdón.

—Perdón, amo. —Odiaba ese tono suplicante hacia él; pero ¿qué sentido tenía ya luchar?—. Mátame, amo, se lo ruego.

Fijó ambas manos en mi cuello.

—Nunca, serás mi hembra.

Apretaba mi cuello con las manos, y apenas me dejaba respirar. Casi no podía ver y no podía moverme en absoluto.

—Quiero hacerte como yo. —Su aliento caliente me llegó a la cara—. Quiero hacerte mi hembra. Tomarte como un macho.

Con lo mal que estaban mis sentidos, alcancé a sentirme asqueada. Jamás le dejaría hacer tal cosa.

—Nunca —alcancé a decir.

Entonces, en la oscuridad, un sonido metálico cortó el breve silencio que siguió. No alcancé a precisar lo que era, hasta que sentí un golpe en el estómago.

Perdí el aire y me balanceé al frente. Él soltó el agarre ligeramente pero no pude ponerme sobre las plantas de mis pies, apenas tocaba el suelo con los dedos.

Miré hacia abajo.

El terrible y repentino dolor que sentía en el estómago tenía un motivo. Vi el mango, la empuñadura de una espada, saliendo de mi cuerpo, tan fija que supe que me atravesaba hasta entrar en la pared detrás de mí. Por eso no podía moverme.

Por instinto llevé las manos a la hoja, sólo sirvió para lacerarme las palmas con el doble filo, pero no podía evitarlo. La tomé con las dos manos y quise jalar hacia afuera, pero lo único que logré fue alargar el corte hacia arriba en mi abdomen. Clamé de dolor entre lágrimas. Estaba enclavada a la pared, brotando de mí había una cascada de sangre.

—Quiero saborear eso —sonó su voz.

—Nunca —volví a balbucear.

Catapulté su ira con ello porque volvió a tomarme con una mano del cuello y con la otra hundió la espada en mi abdomen más hondamente todavía.

Me revolví ante el terrible dolor de mi interior mutilado; temblando, llorando, gritando.

—Soy dueño de tu sangre —escupió a milímetros de mi cara—. Cada gota es mía.

Su aliento nauseabundo acariciaba mis labios.

—Nunca —balbucí otra vez.

La furia se desató. Darío hundió las uñas en mi cuello, lo sentí desgarrar la carne, jalar los músculos, lacerándome por dentro. Él iba a destazarme. Y yo estaría viva todo el tiempo. Pero para mi fortuna, uno de los muchos golpes en mi cara me lanzó a la oscuridad y la abracé como a un refugio.

Aunque no duró demasiado. Luego de lo que parecieron segundos, la asfixia me hizo despertar, luché contra la fuerza que me apretaba la cara y no me dejaba respirar. Sentía que peleaba con todas mis fuerzas, pero en el fondo sabía que mis brazos apenas si se movían.

Entonces me di cuenta de que no me cubrían la nariz sino la boca.

—Silencio —sonó.

No pude reconocer la voz, pero volvieron a decir:

—Tranquila, te tengo.

Un chispazo de entendimiento llegó a mí, pero no, no era posible.

Parpadeé y enfoqué la vista en la oscuridad. Estaba en el mismo sitio, la habitación de antes, pero unos ojos aparecieron en mi campo visual. No eran negros como los de Darío, éstos eran color ámbar. Y, como en un sueño, vi un cabello castaño brillante. Era Caleb.

—Mierda —dijo de pronto.

Sentí que me levantaba en vilo, cargándome. Y anduvo a un costado del cuarto. Se paró junto a la ventana. Pero su rostro era lo único que yo podía ver.

Entonces entendí su desesperación, sonaban pasos que se acercaban.

—Sujétate fuerte. —Fue lo único que dijo antes de golpear con el pie el cristal de la ventana para quebrarlo, y saltar conmigo en brazos hacia afuera.

Supe que estábamos a gran altura, por lo larga que fue esa caída. Los trozos de vidrio revolotearon alrededor de los dos mientras caíamos, pero Caleb los mantuvo lejos de mí con su cuerpo.

Caímos en tierra más suavemente de lo que me hubiera imaginado, y sin bajarme al suelo, ni esperar un solo segundo, echó a correr hacia unos árboles cercanos.

Alcancé a ver un pequeño auto a las sombras de un sauce decrepito.

Abrió la puerta, me acomodó en el asiento del copiloto, me puso el cinturón de seguridad con mucho cuidado y se sentó al volante.

Mientras conducía, creí reconocer que estábamos en el periférico de Hermosillo al norte. Estaba amaneciendo, lo que era una buena noticia, y al mismo tiempo, la peor del mundo.

—Necesitamos un lugar, un lugar —musitó.

Entonces me di cuenta de que buscaba algo en la guantera. Luego de manotear un momento sacó un mapa y lo extendió en el aire frente al tablero. Era un mapa de Sonora: la Guía Roji.

—Un lugar, un lugar —murmuraba—. Y debe de ser uno difícil de rastrear, tu aroma lo atraerá a donde sea que estés. Agua, agua. —Parecía hablar para sí mismo—. En el agua se debilita el rastro.

Entonces lo entendí. Si lo que necesitábamos era un sitio con abundante agua que eliminara la posibilidad de ser rastreados, yo sabía de uno. Levanté un brazo y con el índice señalé un punto en el mapa, encontrándolo con dificultad porque casi no podía ver y los brazos me pesaban una tonelada.

—Aquí —murmuré con una voz desconocida, gruesa y pesada.

—Isla del Tiburón. —Leyó él—. De acuerdo, servirá.

Aceleró la marcha y me vencí otra vez en el asiento, dejándome flotar en el aire caliente que

entraba por las ventanas abiertas.

Capítulo 10

A penas fui consciente de nuestra llegada a Bahía de Kino, y después de Caleb sobornando a unos pescadores para que le vendieran su barca y nos dejaran zarpar mar adentro sin preguntas.

Siempre procuró que nadie me viera. Supuse que por mi mal estado y porque no le sería posible eliminar los recuerdos en los humanos con la luz del sol brillando.

Una vez en la embarcación, me mantuvo cerca de él rodeándome con los brazos. A pesar del ardiente sol y el húmedo calor en altamar lo escuché murmurar que yo temblaba de frío.

Cómo me había encontrado, por qué me había rescatado de Darío. Muchas preguntas quería hacerle, pero estaba hundida en un entumecimiento del que no salí hasta ya entrada la noche, cuando ya estábamos en la isla.

La Isla del Tiburón había sido, cuando yo vivía en Brujas, protagonista de incontables leyendas; y también corrían muchas historias sobre lo que ocurría en el Canal del Infiernillo, que es la extensión de mar que la separa del Continente.

Se dice que quien se interna en el Canal de noche ya no sale nunca, que el mar se traga las almas y que condena a los cuerpos a vagar por la isla por toda la eternidad; sin alma, pero vivos. Y que las bestias que habitan la isla se alimentarán de tu cuerpo y devorarán tus vísceras por siempre sin dejarte morir jamás.

Fue el resplandor de una fogata lo que terminó por despertarme; y la imagen extraordinaria de Caleb con la mano entre las brasas. Quise incorporarme, asustada, él tenía la mano y el antebrazo completo en el fuego, y quise ir a él, pero apenas me moví unos palmos. Vino a mí al percibir que había despertado.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Tu mano —murmuré—. En el fuego.

Sacudió la cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí, sí.

Me senté con dificultad, notando la cama verde en la que estaba, una alfombra de grandes hojas relucientes sobre la arena.

Hice un esfuerzo para levantarme.

—¿Me ayudas? —pedí.

Sujetándome con firmeza, me levantó hasta que fui capaz de sostenerme sobre mis pies. El rompimiento de las olas, a unos cuantos pasos, sonaba rítmico hasta mis oídos.

Pero ahora mismo, no era la belleza del mar lo que me atraía a él. Con paso vacilante, anduve hasta el perfil espumoso que las olas formaban en la arena.

—¿Qué demonios vas a hacer? —casi gruñó Caleb a mi lado.

Sacudí la cabeza, sin responder, y me negué a que me sujetara para impedirme lo que adivinó pretendía.

—Se marcarán las cicatrices —intentó disuadirme.

El tono de preocupación en su voz me impregnó de algo agradable; pero qué importaba la marca

de los cortes, cuando yo ya estaba marcada más allá, mucho más allá, de la piel.

Y me sentía tan sucia.

El agua estaba tibia. La sentí acariciándome los pies. Sonreí pensando que eso era lo que yo más amaba de vivir en estas playas pues el agua siempre está tibia. Y me funcionaba cada vez como un relajante natural, nada como eso para el cansancio del cuerpo. El mar acaricia cada uno de los músculos.

De un impulso, me sumergí en el agua de cuerpo entero.

La sal actuó en cada corte y grité de dolor, removiéndome entre las olas. Pronto sentí los brazos de Caleb sosteniéndome. Pero no me forzó a salir del agua, como temí en un inicio.

Él respetó mi deseo por limpiarme, y se quedó ahí, sólo sujetándome con sus fuertes brazos, resistiendo el movimiento de las olas, dejando que el agua me lavara el cuerpo de la sangre seca y la sucia huella de Darío en mí.

Debido al horrendo ardor, las lágrimas se acumulaban en mis pestañas, pero me sentía contenta de quitármelo a él de encima.

Me quité la ropa, separándome de Caleb para hacerlo. El agua me mecía a uno y otro lado y arrojé a la arena la camiseta y el pantalón, quedándome desnuda.

No quise que me soltara después. Lo abracé. Y él volvió a rodearme con los brazos. Sentí su torso tan fuerte contra mi mejilla y el sonido de su respiración, melódico y sedativo.

Caleb me sostuvo entre las olas. La calidez de su piel, de su abrazo, su compañía, su silenciosa comprensión, me rompieron el corazón. Y empecé a llorar.

Me aferré a él y él me sujetó con firmeza; era Caleb tan recio y firme, lleno de fuerza, que las olas rompían en su cuerpo, salpicando alrededor de los dos, como si se hubiera convertido en una columna entre el agua.

Escondió mi cabeza en su cuello, y sus palmas presionaron mi espalda, atrayéndome a él. Y yo mojé su piel con mis lágrimas, al ritmo de las olas.

Porque mi vida estaba destruida. Porque nunca había sido nadie. Darío no me iba a dejar vivir en paz jamás. Ni siquiera era libre para morir a voluntad. Y todo mi cuerpo clamaba a gritos que de verdad yo le pertenecía, marca a marca, cicatriz tras otra, quizás yo me le había negado de la única manera que me había sido posible, pero él me había tenido. Me había hecho suya. Me volvía tan sucia como él.

Ajusté las manos en el cuello de Caleb; no sentía en los pies la arena del fondo del mar, él era lo único que me ataba a la tierra.

La noche nos rodeaba; el olor del océano inundaba mi nariz, mientras el tibio viento acariciaba mi cuerpo, mezclándose con el vaivén de las olas y con el llanto que de mí caía para mezclarse con el mar. Amargo y salado se unían.

Los brazos de Caleb rodearon mi cintura, levantándome más aún; y la fortaleza de ese abrazo desencadenó un nuevo estallido de sollozos. Me sentía tan sola.

Pero él me dejó llorar. Y no dijo nada. Sólo esperó que pudiera ser para mí también una columna entre la marea.

Largo rato después salimos del agua. Me llevó en brazos hasta sentarme otra vez en la improvisada cama vegetal, junto a la fogata. Y mientras él iba a la orilla por mi ropa, yo recogí las piernas y me rodeé con los brazos; con la cara en las rodillas.

El crepitar de la fogata funcionó como un sedante, mezclado con el suave canto del mar. Mi respiración se acompañó y mi mente reposó largos momentos; estuve observando los troncos arder, cómo se iban consumiendo entre las llamas, los colores incandescentes que evolucionaban

uno tras otro, hasta que se rendía la textura y entonces caía un trozo entre las cenizas, partiéndose, vencido por el fuego.

Caleb llegó hasta mí, lo que me hizo reaccionar, aunque con lentitud; me extendió un vestido color café.

—Tomé algunas cosas del puerto antes de zarpar —me explicó mientras yo lo tomaba de sus manos.

Vi que a unos pasos de nosotros estaba una maleta negra pequeña con algunas otras prendas, tanto para él como para mí.

—Gracias —le dije.

Se apartó y me puse el vestido, era de algodón, muy delgado y suave, y estaba tibio.

Él se alejó y volví a sentarme en la misma postura, las piernas flexionadas y la barbilla en las rodillas; así estuve largo rato, sedada por el crepitar el fuego.

Hasta que Caleb apareció con un animal muerto a los hombros.

—¿Qué es eso? —pregunté extrañada.

—Un borrego —dijo con naturalidad—. Tengo hambre.

No sé por qué, pero sonreí.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—De hecho, sí.

—Bien, si eres buena te comparto.

—Gracias. —Sonreí más ampliamente, secándome el rostro con ambas manos.

Llevaba al borrego en una larga y gruesa rama, a manera de trinche, y no supe cómo se las ingenió para colocarlo sobre el fuego en una estructura de palos y ramas.

—Eres bastante útil en islas desérticas —le dije.

—Claro, *Robinson Crusoe* es un pobre idiota junto a mí.

Solté una carcajada. Y mientras reía, él me acercó mi ropa. Noté que la había dejado cerca del fuego y ya estaba seca.

Pero estaba cómoda con el vestido que me había dado antes. Así que dejé las prendas a mi costado; por alguna razón frotando con la palma de la mano la textura de la tela, en el lugar donde él las había tocado, tibio.

—¿Por qué me sacaste de ese sitio? —pregunté rato después, cortando el silencio mientras ambos observábamos el borrego en la hoguera.

—Soy un guerrero, la injusticia me enferma.

—Pensé que no te importaba, que no estabas aquí para juzgar.

Se encogió de hombros, callado.

—Además es tu príncipe —agregué.

Volvió a encogerse de hombros, sólo que esta vez frunció los labios con molestia. Y, tomando una vara, fustigó el fuego debajo del cordero. Chispas enardecidas saltaron, centelleando en el aire.

—Bien —dije yo, al ver que él callaba—. No importa por qué lo hiciste, te lo agradezco.

—De nada.

Cuánto le habría de afectar a Caleb haber hecho tal cosa, no lo sabía.

—¿Tendrás problemas con el Consejo? —le pregunté.

Pero él respondió con una evasiva.

—Si los tengo ya veré.

Lo observé; su cabello estaba húmedo; se apreciaba algo tieso, separado en mechones, pero

sonreí porque de una manera imprecisa se veía bien. Y bajo las largas cejas, sus ojos se veían más luminosos que nunca, como si el ámbar se alterara viendo la lumbre arder.

Entonces vi la camisa que portaba, tenía una gran mancha roja en el frente y las mangas. Tragué saliva al recordar que era mi sangre. Con ella me había limpiado en la carretera.

Él pareció notar mi turbación, viéndome de reojo. Y en un fluido movimiento se despojó de la camisa, echándola a un costado en la arena.

—No me molesta —dije.

—Tengo calor. —Hizo una mueca de hastío.

Al observarlo, no pude evitar pensar en lo que había dicho antes en Brujas, sobre que no todos ellos eran iguales. Tal vez tenía razón, pero aun así lo que más ansiaba era volver a ser humana. Aunque ahora era imposible.

—¿Qué es imposible? —preguntó él, y me di cuenta de que había hablado en voz alta.

—El ritual —expliqué devolviendo a él la vista—. Ahora es imposible. Ya no tengo la daga. Y debe ser la misma.

—Aquí está.

La sacó del bolsillo trasero y la arrojó hacia mí. La hoja metálica resplandeció en la arena. La miré sin poder creerlo.

—La robaste —musité.

—Lo hice.

La tomé con cuidado. Entonces no tendría que matarme después de todo, podía todavía optar por el ritual. Pero luego recordé.

—No, ya no es posible. —Negué con la cabeza—. Él conoce mi paradero, si acaso tuviera éxito y volviera a ser mortal sólo estaría todavía más a su merced.

—Pero tu mortalidad es lo que más deseas, ¿no?

—Más que nada en el mundo.

Caleb asintió, como si midiera todas las posibilidades y finalmente concluyó:

—Hazlo. De lo demás yo me encargo.

No entendí sus palabras, pero por un momento acaricié la idea de hacerlo. Sin importarme si Darío conocía mi paradero; quizás podría volver a ser humana y después huir.

—¿Qué día es hoy? —pregunté.

—Miércoles.

—El solsticio será el viernes por la noche. Tengo que hacerlo en el acantilado, en Brujas.

—De acuerdo.

Parecía estar acordando llevarme al sitio.

—¿No intentarás convencerme de simplemente huir? —le pregunté.

—Te lo dije. Odio que la gente me diga lo que tengo que hacer.

—Gracias.

Asintió de nuevo y quedamos en silencio hasta que el borrego estuvo listo. Comíamos ya, cuando le pregunté:

—No todos los vampiros pueden convertir, ¿cierto?

—Todos podemos reproducirnos; aparearnos con una hembra y tener descendientes. Pero convertir, no; solamente los sangre pura.

—¿Tú eres?

—¿Qué cosa?

—Un sangre pura.

—Lo soy. Mi línea viene directamente de uno de los linajes más antiguos, mi familia, los Romanesche, nunca se ha mezclado con otras razas.

—Entonces tú seguramente te emparejarás con una hembra sangre pura también. ¿O ya lo estás?

—¿Emparejado? No, no lo estoy. Y esa afirmación sería correcta si no fuera cierto lo que te he dicho ya dos veces.

—¿Qué cosa?

—Que me encabrona que...

—Ah sí. —Sonreí—. Ya recuerdo.

Terminamos de comer y nos quedamos en silencio.

Pasaron las horas y ambos veíamos el mar, casi sin movernos. Los dos en la misma postura: los brazos alrededor de las piernas y la cara descansando en las rodillas.

El espectáculo de la noche en el mar tan azul y la tibieza del aire proveían un remanso de paz inesperado tomando en cuenta las circunstancias, pero creo que ambos lo agradecemos.

Dormimos un poco. Él sobre la arena al otro lado de la fogata. Y amanecía apenas cuando estuvimos de pie otra vez, porque Caleb dijo que iba a cazar y yo le acompañé.

Mis heridas habían sanado durante la noche por completo, y me sentí de pronto optimista. Después de todo, si todo salía bien, me faltaba sólo una noche, porque mañana haría el rito. Y volvería a ser humana.

Capítulo 11

Caleb resultó ser un gran cazador. Incluso con su fuerza disminuida bajo la luz del sol fue todo un espectáculo verlo en acción; a media mañana capturó otro borrego, dijo que para cenar. La noche anterior había acabado con el primero y no me extrañaba que hiciera lo mismo con este hoy.

Me pregunté de quién bebería. Qué hembra de su raza lo alimentaba, y a quién alimentaría él a su vez. No que me importara. Aunque hubo algo erótico en verlo cazar, tuve que aceptarlo. Era ágil, rápido y feroz, pero elegante, su cuerpo estaba diseñado para la lucha. Y eso era con la luz del día; no me lo imaginaba cazando con todas sus facultades.

Durante el día recorrimos los alrededores. La isla del tiburón tiene una forma ovalada, no es demasiado grande, puede recorrerse de un extremo al otro en un día. Tiene dos cordilleras que la dividen a lo largo, una paralela a la otra, se llaman Sierra Menor y Kunkaak. Cuando yo visité la isla con amigos siendo joven permanecimos en la playa y nada más; pero con Caleb subí hasta la cima de la sierra Kunkaak.

—Mira nada más esto —dijo él cuando llegamos a lo alto.

La planicie entre las dos sierras forma un valle al que llaman Del Tecomate, y se extendía frente a nosotros, allá abajo, como un estallido verde. Era como si la misma tierra desértica hubiera hecho explosión entre las dos cordilleras; y en su erupción hacia arriba hubiera lanzado una lluvia verde que se extiende como una verdadera selva en medio del desierto. Árboles frondosos, tupidos, en una densa población cubren el valle.

Me sobrecogió su belleza.

Bajamos de la cordillera hasta el valle y encontramos que un río de agua dulce le recorría. Caleb fue el primero en lanzarse a él, pero le seguí rápidamente. Con toda la ropa puesta nadamos un buen rato, avanzando con la corriente muy despacio. El calor era intenso pero el agua estaba muy fresca y nos proveía de gran deleite.

Algunas secciones del río eran algo parecido a un manglar. Cerca de Brujas había uno también, pero éste era mucho más denso y su vegetación más robusta.

Descansamos largo rato en una raíz retorcida que, del tamaño de mis dos piernas juntas, brotaba del agua.

—Esto debería ser una reserva de la biosfera —dijo él.

El cantar de los pájaros entre los árboles acompañó sus palabras. Le respondí mientras mecía las piernas sumergidas en el agua, sentada en la raíz.

—Tal vez lo sea. —Sólo que quizás yo no me había enterado—. Probablemente incluso sea delito que estemos aquí.

—Ruega porque los policías vengan de noche, así podremos ponerles unos lindos recuerdos en sus cabezas y mandarlos a paseo.

La isla me recordó el jardín primigenio. Todo se sentía tan lejano, era como estar en otro mundo. Entre las muchas leyendas que corren acerca de ella, también se dice que en la Isla del Tiburón el tiempo se detiene.

—Parece increíble que esté tan tranquila mientras un vampiro siniestro me persigue —dije después, todavía descansando en la inmensa raíz, con las piernas hasta las rodillas en el agua.

—Soy perfectamente capaz de defender a una hembra. No insultes mi ego, Julia.

Mi nombre en su voz. Cuánto me gustaba.

—¿Lo enfrentarías por mí? —le pregunté, meciendo las piernas en el agua perezosamente.

—¿Y qué demonios crees que iba a hacer si llegaba a ese cuarto donde te tenía?

—Lucías apresurado por escapar. —Con los dedos estaba tocando la rama sobre la que estaba sentada, se sentía muy suave, parecía haber sido pulida por la corriente.

—Te desangrabas —dijo él.

Y hubo un dejo en sus palabras, como si repudiara hablar de ello. Pero yo estaba muy tranquila ahora mismo.

—No sé, parecía que tenías miedo por ti. —Sonreí mirando alrededor, sin dejar de frotar la mano contra la tersura de la rama.

—Insultar mi hombría no te llevará a ningún buen lugar, mujer.

—¿Qué harías?

—No sé, demostrarte que no soy un cobarde, tal vez.

—Espero que no se presente la oportunidad. —Lo miré. Él estaba sumergido hasta los hombros en el agua.

—Yo tampoco —dijo tomando agua con las dos manos y echándosela sobre la cabeza.

—¿Lo ves?, ahí está, huyes del peligro, ¿tienes miedo? —Sonreí.

—Por ti.

—Sé cuidarme sola.

—No lo pongo en duda. —Sacudió la cabeza para deshacerse del exceso de agua y se frotó la cara con ambas manos—. Pero una hembra siempre debe tener a su lado a un macho que la defienda.

Eso sonaba tan sexista que no debió agradarme tanto.

—Siento lo que pasó al principio —dijo de pronto y lo miré fijamente a la cara.

—¿De qué hablas?

—La forma tan ruda como te traté cuando te encontré en el pueblo.

—No te disculpes. Recuerda, sólo soy una sempiterna.

Yo estaba bromeando, pero él sonó avergonzado.

—No menosprecio la especie, pensaba que eras una asesina —explicó.

—Lo soy.

—Tenías motivos.

—¿Puede justificarse el asesinato?

Mi pregunta quedó un momento en el aire, porque Caleb estaba ahora mismo alcanzando una rama al frente mío para sentarse en ella, con las piernas en el agua igual que yo. Cuando se hubo sentado, dijo:

—¿Que si puede justificarse el asesinato? Por supuesto, puede.

Yo no estaba tan segura, solté todo el aire de los pulmones y miré alrededor primero y después a él. Hablé luego de un instante.

—Supongo que para un guerrero esa es una ley de vida.

—Lo es.

—Odio tener que hacerlo para sobrevivir —solté un momento después.

Él pareció de pronto pensativo.

—Lamento lo otro también —dijo.

—¿Qué cosa? —Le miré.

—Haber intentado regresarte a él. Lo que pensaba es que...

—No te preocupes por eso.

—Por favor, déjame explicarme.

Acepté moviendo la cabeza. Luego de un minuto, hablé.

—Pensaba que, si ibas con él, el Consejo actuaría en un par de días, no estarías más de ese breve tiempo a su lado. Después serías libre. —Hizo una pausa—. Y así no tendrías que morir.

Asentí, tragando saliva.

—Pero entonces me mostraste... y la magnitud de lo que tú... —Cortó la frase—. Quiero decir, es terrible; cuando me mostraste lo que él... —mordía las palabras—. Mierda, me arde la sangre. —Carraspeó ligeramente—. Cuando vi el grado de lo que... —Dejó ahí la oración y maldijo—. Maldita sea. —Aclaró la garganta—. Lo único que pensé fue que huyeras, que yo iría al Consejo, que después te buscaría y podrías volver ya libre. Ni un minuto con ese bastardo, animal malnacido. —Pareció hacer un esfuerzo por controlarse, apuñando las manos y aclarando la garganta. Yo lo miraba atentamente, sentado frente a mí, absorta en sus palabras y gestos—. Pero lo único que logré fue enviarte directamente a él. Lo siento tanto.

Medité en eso un par de minutos.

—No podías saberlo —dije al final, en voz baja, y después agregué—: Y, además, no soy tu responsabilidad.

Mis últimas palabras le hicieron llevar la vista hacia mí súbitamente. Sus ojos de ámbar ardían. Sentí como si algo muy básico en él se hubiera ofendido.

—Y... —Quise decir cualquier cosa para aligerar el ambiente enrarecido de pronto—. ¿Cómo pensabas encontrarme en Asia después?

Eso le hizo sonreír, y me sentí aliviada pues pareció olvidar la espontánea ofensa.

—Te di mi tarjeta. —Alzó una ceja sonriendo.

—Cierto. —Sonreí también.

Después de un momento, él dijo:

—Tienes más opciones, Julia, estás considerando solamente dos.

En ese momento no entendí a lo que se refería. Solté una larga exhalación y dije mi única verdad conocida.

—Yo no quiero ser esto. Odio ser lo que soy.

Creo que él sintió la pesadumbre en mi voz, porque se lanzó al agua y vino hacia mí.

Estaba yo sentada en la raíz, con las piernas en el agua y los codos en las rodillas. Él se paró sumergido hasta el pecho, con la cara a altura de la mía. Tomó mi rostro con ambas manos. Contuve el aliento.

—Esto de aquí. —Veía mis ojos—. Esto eres tú.

Los ojos ámbar de Caleb calcinaban, viéndome tan fijamente como lo hacía. Mi corazón se desbocó. Entonces lo sentí apretar las manos en mis mejillas y acercarme a él.

Oh, no. Salté de la raíz y me hundí en el agua. Él tosió ligeramente y yo me alejé nadando. Me siguió rato después y continuamos la excursión sin tocar el tema en absoluto.

Sin embargo, yo aprendería pronto que con Caleb un tema no estaba concluido hasta que él decidía que se había explicado del todo. Cuando cayó la noche, bajo el techo que había construido con ramas y palos secos en la playa, habló de nuevo.

—Julia... —Volví a recorrerme una cálida sensación.

Ambos a cada lado de la fogata, yo miraba el fuego.

—¿Sí? —apenas alcancé a decir.

—¿Qué hacen los humanos?

—¿Cómo dices? ¿A qué te refieres? —Pero no volteaba a verlo.

—Los machos humanos, cuando les gusta una hembra, ¿qué hacen?

Aclaré la garganta, mis manos nerviosas empezaron a hacer figuras en la arena. Intenté suavizar la situación.

—Antes que nada, no se llaman entre ellos machos y hembras, suena algo rudo, ¿sabes? Son hombre y mujer.

Hizo un ruido con los labios.

—¿Responderás?

Por supuesto yo había entendido el punto en el acto, pero ¿cómo habría de responderle eso... a él?

—Sí. Bien... —Estaba haciendo tiempo como una idiota, pero aún sin verlo yo sabía que él tenía los ojos fijos en mí, el corazón en mi pecho seguía acelerado—. Cuando a un hombre le gusta una mujer la invita a la plaza. Perdona mi referencia, pero en Brujas ese era el único lugar. —Quise bromear, pero él continuaba callado.

Le vi brevemente por el rabillo del ojo, más allá de las llamas; su rostro serio parecía meditar. Volví a las figuras en la arena.

No pasó demasiado tiempo antes de que hiciera otra pregunta.

—¿Alguna vez un macho... un hombre, te invitó a salir?

Juro que yo podía sentir el palpitarse en mi cuello.

—Una vez.

El crujir de sus dientes asustó a los pájaros en el arbusto a nuestro costado. Giré para ver el lugar, salían volando despavoridos. Luego con la boca abierta le vi a él. Pero continuaba serio, su rostro tras la cortina de fuego se veía regio y algo... inquietante.

—¿Y qué hicieron? —preguntó después.

Cuando pude hablar, aclaré la garganta y respondí, pero desviando la vista.

—Me invitó un helado en la plaza.

—¿Te gustaba el hombre?

—Sí.

—¿Lo amabas?

—Tenía como dieciséis años, no sabía lo que era el amor.

—¿Lo sabes ahora?

Buena pregunta.

—No —dije al fin.

—Si yo fuera humano y te invitara a salir, ¿aceptarías?

—Por supuesto, para después matarte como alimentación; sabes, soy una sempiterna.

—Hablo en serio. ¿Aceptarías?

Guardé silencio un momento, viendo las llamas en la fogata; luego dije una sola palabra.

—Sí.

No lo veía, pero sentí cómo asentía varias veces y casi podría jurar que estaba sonriendo.

Oh, Dios mío. Estábamos hasta el cuello. Ambos.

Después pensé que sus preguntas sobre lo que los humanos hacen para cortejar eran tan curiosas. Era difícil aceptar que era el mismo que había visto matar un borrego a mano limpia no hacía demasiadas horas.

Lo había perseguido por la sierra empinada, lanzándose al acecho como un león, y cuando lo

tuvo entre las manos, simplemente le apretó el cuello hasta que crujió. Ni una gota de sangre, ni un solo chillido del animal, no había tenido tiempo.

Además, él era un guerrero, una máquina de matar, y aquí estaba haciendo esta clase de preguntas. Sonreí sin poder evitarlo.

—¿De qué te ríes?

Mierda, lo último que quería era que pensara que me estaba burlando de él. Tuve que decir la verdad.

—Pensaba que suenas muy inocente para ser un vampiro guerrero letal y maloso.

—Quizás en tu mundo seré inocente. No así en el mío.

Y eso me cayó encima como un balde de agua fría.

Volteé a verlo a la cara. Él me miraba intensamente, los ojos fijos en mí, el rostro anguloso iluminado por las llamas. Era un macho inmenso y fuerte que me miraba como a algo que deseaba con vehemencia. Y entonces sentí pánico.

Y él pareció entenderlo.

—No voy a dañarte, Julia. Jamás lo haría.

Su voz era suave y serena; pero yo me sentía alterada. Asentí, aclarando la garganta. Retiré la vista de él e intenté tranquilizar el ritmo de mi respiración, con el corazón agitado.

Pero lo siguiente que dijo fue para mí como si me apuntaran con un arma.

—Te quiero para mí.

Empecé a respirar pesadamente, mirando a todas partes, pero él ya no se detuvo. Dijo algo que sonó igual que un gatillo siendo amartillado.

—Si tú me lo pidieras, te convertiría, te haría mi hembra y mataría al bastardo que se atreviera a mirarte.

Ahí estaba el disparo. Me levanté de un salto. Mis pies resbalando en la arena.

—¡No quiero eso! ¿Lo ves? —Grité mirando a todos lados—. ¡Son animales! No soy una cosa, no soy un pedazo de carne que puedas poseer, o por el que dos deban competir. ¡No soy una cosa!

Levantó ambas manos en el aire.

—Discúlpame —dijo—. Soy un estúpido. Olvida lo que he dicho, por favor.

—¡Quieren tenerlo todo, y hablan de poseer y poseer, como si fueran los dueños del mundo sólo porque son más fuertes!

—Perdón, perdóname.

Pero yo ya no le escuchaba. Andaba de un lado a otro, gritando y llorando, en un arranque inesperado de angustia. Mis pies levantaban la arena y mis manos azotaban el aire.

—¡No soy una cosa!

Me sentía tan impotente. Empecé a llorar, él no se movía y no volvió a hablar, pero yo soltaba las palabras en torrente.

—Son animales, todo es territorio con ustedes. —Me limpié la cara—. Ansían beber la sangre y comer de uno como si no fuera una persona, como si no fuera una mujer. —Salté en la arena—. ¡No quiero eso para mí!

Me llevé las manos a la cara, clavando las uñas en la línea del cabello.

—Quieren morder y desangrar y tatuar, como si yo fuera de su propiedad. ¡Como si no fuera un ser humano! ¡Y ya sé que no lo soy! —Apuñé las manos en el pecho—. ¡Pero como si no sintiera nada! ¡No quiero eso! ¡No quiero eso!

Caleb estaba silencioso, recibiendo el estallido de mi furia, que obviamente no era para él.

—¡Nunca! —Grité tan alto que me dolió la garganta.

Con eso me alejé. Tenía que controlarme. Me dirigí a la playa y anduve una larga distancia; había dejado de gritar, pero no podía parar el llanto.

Cuando me sentí lo suficientemente lejano, me dejé caer en la arena. Todavía estaba alterada y me costó mucho el solo hecho de controlar el temblor de las manos.

No vino a buscarme. Y cuando se hizo de noche, y era ya muy tarde y regresé a la fogata, lo encontré con otro animal en la lumbre. No me habló, pero no se veía molesto en absoluto. Por el contrario, me miraba totalmente relajado.

—Lo siento —dije después de largo rato, apenas hablando a través del nudo en mi garganta.

Se encogió de hombros ligeramente.

—No pasa nada —respondió.

Su voz era palpablemente comprensiva, y estaba muy sereno; pero el silencio que siguió me hizo desear entrar en su mente.

—¿Qué estás pensando? —le pregunté.

—Pienso dos cosas. Pero ninguna te gustará.

—Dímelas.

—No van a gustarte. —Me miró—. Y es posible que después de escucharlas vuelvas a desear alejarte de mí. En cuyo caso te pediría de antemano que me permitas irme yo y que tú te quedes aquí a la luz de la fogata, así al menos puedo verte y saber que estás segura.

—¿Cuáles son esas dos cosas?

—Número uno, te quiero conmigo. —Contuve el aliento y él continuó—. Eres la hembra más deseable con la que me haya encontrado jamás. Me arden las manos deseando tocar tu cuerpo y tu carácter me enloquece. —Apretó los puños y gruñó por lo bajo—. Quiero tenerte, mujer. Y sí es algo territorial y primitivo.

Lo veía callada.

—Pero también te quiero de todas las demás maneras —siguió, y yo tragué saliva—. Quiero que estemos juntos. Quiero emparejarme contigo y que seas la única para siempre. Y que tú no tengas a otro tampoco, nunca.

—¿Y número dos? —Aclaré la garganta.

—Darío va a morir. Príncipe o no, ese malnacido bastardo va a morir. —Tenía los dientes apretados, estaba escupiendo las palabras—. Aunque tú no me aceptes, Julia. A ese animal maldito yo habré de arrancarle la piel con los dientes. —Gruñó como si le doliera contenerse—. Voy a empalarlo vivo. —Sus ojos centelleaban—. Bajo este cielo que me mira, lo juro. —Apunó las manos.

Lo veía sin poder parpadear.

—¿Me voy ahora? —preguntó.

Pero como no le respondía, se levantó.

—No —dije en un impulso, levantándome también—. No te vayas.

Fui hasta él y lo tomé del brazo. Caleb se estremeció, un gruñido salió del fondo de su garganta.

—No te vayas. —Volví a decir.

Entonces me besó. Se inclinó a mí, y levantándome con ambos brazos rodeando mi cintura, me arqueó hacia atrás y me besó. Un beso profundo con el que poseyó mi boca, en un sabor salado y viril.

Éste, en realidad, era mi primer beso; y Caleb hizo que me diera vueltas la cabeza. Y al parecer íbamos a ir todo el camino. Porque en mi entrepierna sentí su hombría apretando a través de la tela del pantalón. Yo nunca había estado con nadie. Pero tampoco jamás había sentido esto por

nadie; esta sensación que por él me quemaba.

Antes de darme cuenta, estábamos en la arena. Él era todo poder y fuerza sobre mí, y en un parpadeo me tuvo desnuda.

—Oh, mi Dios, eres tan hermosa. —Tomó con ambas manos mis senos.

Pero entonces dejó mis labios y apoyó la frente en mi clavícula, respirando pesadamente.

—¿Qué pasa? —pregunté con la respiración entrecortada.

—¿Estás segura de esto?

—¿No me deseas?

—Por la sangre que me recorre las venas, mujer; no hay nada que haya deseado jamás con este ardor. —Su voz era cálida en mi oído—. Quiero hundirme en ti. Muy profundo.

Temblé y dije:

—Hazlo.

Y entonces volvió a besarme. Él sobre mí, me jaló a un huracán de caricias, de besos, de susurros, de mordiscos. El oleaje a unos pasos acompañaba nuestra respiración irregular, el estrujar de las manos, el succionar de la boca, el saborear de la lengua. Granos de arena revoloteaban alrededor, los cuerpos desnudos iluminados por las llamas.

A veces me recorría algo de miedo, a veces recordaba tantas vejaciones, pero me esforcé por enfocar mi mente en el ahora. Hubo un momento en el que hice algo para tranquilizar mi mente. Él tenía su mano en mi muslo y yo la moví hacia mi cintura. Registré muy bien el hecho de que no insistió en ir a mi muslo, se quedó donde la dejé. Respiré tranquilamente, él merecía toda mi confianza; me decidí entonces a seguir concentrada en este momento. Entonces sonreí en su boca y lo notó; se separó de mí unos milímetros y me sonrió de vuelta, y yo me derretí en sus ojos.

Pero después de segundos, levantó la cabeza estudiando los alrededores, con el rostro súbitamente endurecido.

—¿Qué pasa?

—Lobos. —Fue todo lo que dijo.

Se levantó y se puso el pantalón; y me levantó a mí para vestirme después, con manos apresuradas. Me cargó y corrió por la arena sin atender mis cuestionamientos. Se dirigió a una ladera rocosa, como a un kilómetro de la fogata; una pared de piedra que era la espalda de una parte de la sierra, contra la que se rompían las olas.

En la expedición, él había notado una hendidura entre la formación de piedra, a cierta altura; y había dicho que era un buen lugar para esconderse porque desde ahí se observaba la playa sin dificultad y no era fácil de encontrar en la oscuridad.

—Quédate aquí. —Me hizo entrar en la grieta.

—¿A dónde vas tú?

—A esperarlos.

—¿A quiénes?

—Lobos, percibo lobos cerca; los envía la guardia real, estoy seguro, suelen usarlos. Los esperaré en la playa.

—No, Caleb, ¿a dónde vas?, no.

—Escúchame, no salgas de aquí, no perderé de vista este sitio, pero no salgas.

—No me dejes aquí, por favor.

—Nada va a ocurrirte; puedo ver desde la playa si alguien se acerca.

—No, Caleb, no vayas, quédate aquí conmigo.

De pronto sentía un miedo inmenso ante la idea de que resultara herido.

—Tengo que esperarlos en la playa, lejos de aquí. Aquí estás segura.

—¿Y a ti? ¿Y si te hieren?

—Nada de eso. Ya regreso.

—No, Caleb, por favor, quédate conmigo. Pueden lastimarte.

No atendió mis súplicas, parecía que ni las escuchaba. Lo que hizo fue tomarme de los hombros y besarme con firmeza en los labios; muy breve, pero con decisión.

Entonces se fue y me dejó.

—No salgas —dijo antes de escabullirse en la oscuridad.

Capítulo 12

No pude permanecer en la grieta. Algo me impulsó hacia afuera. Tan pronto se fue, yo me fui detrás de él. Anduve entre los matorrales, sobre el terreno pedregoso, hasta que bajé de la colina y llegué a la playa. Entonces lo vi. Había tenido razón, eran lobos los que estaban ahí. Y aunque el motivo para dejar el escondite era que estaba frenética por él, era obvio que no me necesitaba en absoluto. Caleb tenía todo bajo control.

Me escondí detrás de un arbusto y observé. Vi a ocho lobos en total. Eran muy grandes y con rasgos de hombre pues andaban en dos piernas, y aunque lucían como bestias, se percibían tan inteligentes como un humano. Yo solamente había leído sobre ellos, decían que eran criaturas primitivas hechas para pelear.

Caleb cortó la cabeza de uno y la lanzó lejos, ésta rebotó en la arena, luego lanzó otra cabeza más. Ahora estaba con un tercero. El lobo lo acorraló contra una palmera. Alternando entre andar a cuatro patas y en dos, le acechaba acercándose lentamente; le vi observar a Caleb y abrir las fauces mostrando los enormes colmillos. Entonces, de pronto, se lanzó al frente y lo mordió en la pierna.

Solté un grito al ver salir de la herida tanta sangre, pero entonces Caleb tomó la quijada del animal, separándola para soltar el agarre en su pierna, y cuando el lobo se irguió, él saltó sobre su espalda, sin soltar la mandíbula.

No me explicaba lo que quería hacer, aferrándose al hocico de ese animal infernal de tal manera; pero entonces lo entendí.

Caleb abrió el hocico del lobo, con crudo poder separando las quijadas con las manos; mientras el animal dejaba escapar de su garganta ruidos infernales, aullando, gruñendo, sacudiendo su enorme cuerpo con violencia.

Caleb lo sujetaba con fuerza del hocico, una mano en cada quijada; los músculos de sus brazos eran fibras acordonadas, gruesas bajo su piel, desde los hombros hasta fundirse en sus antebrazos y manos; y con ellas aferraba al lobo directamente entre los colmillos, cada uno del tamaño de un dedo humano.

El animal se resistía, moviéndose rabiosamente, manoteaba en el aire, se movía de un lado a otro, luchando por soltarse; pero entonces Caleb, dejando salir un gruñido, separó las manos. Hubo una resistencia, después jaló un poco más, el animal soltó un chillido, como un cachorro, y después Caleb jaló otro poco; sus largos brazos hicieron un último esfuerzo y ya; eso fue todo.

Un crujido repercutió en el aire; le había quebrado la quijada.

El animal se meció en sus dos pies, erguido aún pero muerto al instante, se balanceó sobre su eje como un títere al que le han cortado los hilos; se mantuvo así un segundo, contoneándose sin vida, y entonces cayó sobre la arena, provocando una nube de polvo a su alrededor. Caleb saltó a un lado, quedando de pie junto a él.

Lo vi respirar pesadamente dos veces y luego fue por el siguiente, que ya estaba por clavarle las garras en la espalda; luego otro le mordió un brazo, clavándole los colmillos; pero Caleb usó los suyos en los dos, y demostró ser más eficaz.

Así continuó con los demás.

Estaba yo acucillada detrás de un arbusto, ya no sabía si aterrorizada o llanamente fascinada, cuando del frente, desde abajo al otro lado de las hojas, saltó algo hacia mí.

Lo que vi primero fueron los colmillos, desiguales y amarillentos, en una inmensa mandíbula abierta que despedía un olor nauseabundo, luego los ojos enrojecidos entre todo ese pelo negro. Me cayó encima, pesado como un coche, y mordió mi hombro; grité revolcándome de dolor, golpeándolo, luchando por soltarme, aunque sin conseguirlo.

Sentí otro agarre de su quijada en mi brazo y esta vez tronó el hueso, quebrándose en pedazos, disparando un dolor horrendo por todo mi cuerpo. Pero ahora ya me había enfurecido también.

Usando mi única arma disponible, mis propias manos, clavé los dedos en el cuello del animal, entre el pelaje tan largo como una palma. Hundí los dedos tan hondamente como me fue posible, provocándole un desgarre del que salió una sangre apestosa que me revolvió el estómago, pero como no estaba para remilgos, hundí más hondo la mano, arrancando pedazos de carne y pelos que parecían alambres.

De pronto estaba tan furiosa, tan enardecida, que ni el propio dolor me podría detener, iba a desangrar a este sucio animal, aunque me costara la vida. Empezaría por sacarle los ojos.

Pero de repente, sin darme cuenta cómo, el animal se desprendió de mi cuerpo, lo había tenido todo el tiempo encima y entonces estuvo suspendido en el aire a palmos de mí.

No entendí a qué se debía hasta que en su abdomen vi un tronco del grosor de un puño, como si fuera una lanza, la cual lo atravesaba y hacía salir abundante sangre del lugar.

Luego el lobo fue lanzado varios metros alejado de mí, y Caleb quedó de pie a su lado. Sacó la improvisada lanza del abdomen, sosteniéndolo en el suelo con un pie, y luego la clavó en el cuello, desprendiéndole la cabeza en tres golpes. Un crujido de arterias, tendones y nervios resonó y abundante sangre brotó a sus pies, mientras la cabeza del lobo rodaba por la arena.

Hizo ademán de acercarse a mí, pero antes de dar un paso en mi dirección, percibió movimiento proveniente de un costado.

Miré hacia allá yo también como él, uno de los lobos había quedado herido, mas no muerto, y estaba levantándose.

Caleb rugió, como un león enfurecido, el rugido de su garganta sacudió las hojas de los árboles e hizo saltar la arena a su alrededor como si la hubiera sacudido su ira.

Véía yo al lobo, recomponiéndose lentamente, y entonces, a mi derecha percibí, con el rabillo del ojo, un resplandor en la oscuridad. De momento pensé que tal vez la fogata había acrecentado su tamaño avivada por el aire.

Giré la cabeza para ver, asustada; y lo que observé me hizo saltar, sentada como estaba, unos pasos hacia atrás.

No era la hoguera, como en una fracción de segundo hube pensado antes; no era la fogata expandiéndose, no era fuego natural, era Caleb. Él era quien ardía.

La furia repentina, la cólera, la ira, el calor de la lucha le había encendido, en el más literal de los sentidos. Le observé, con la respiración detenida y el corazón estático en el pecho. Él estaba en medio de una hoguera, él era la hoguera.

De sus manos, extendiéndose por los brazos, de su rostro, de toda su piel, las llamas brotaban.

Brotaban las lenguas de fuego vivo de todo él iluminando la noche, volviendo diurna el aura a su alrededor.

Él estaba resplandeciendo entre las flamas.

Hubiera querido encontrar en mi mente las palabras precisas que le describieran en este momento, pero no las encontré, no las había. Él era absolutamente no terrenal en este momento, y

al mismo tiempo, brutalmente real. El fuego le cubría.

Sus ojos, que ahora mismo estaban encendidos, llameando en sus pupilas un rojo voraz, estaban fijos en el lobo a pasos de él; pero entonces, en una fracción de segundo, volteó a verme. El rojo se consumió de sus ojos, como si se diluyera, y apareció la miel profunda que les caracterizaba, y entonces, mientras me miraba, lo supe, lo comprendí. Él me amaba.

No hicieron falta las palabras, ni las declaraciones, estaba ahí en su mirada, claro como la luz que ahora mismos irradiaba de las llamas que le envolvían. Él me amaba. Y era ese mismo amor el que le encendía de rabia; le jalaba en una colérica vorágine, de venganza, de instinto asesino y le impulsaba también, contradictoria pero complementariamente, a una protección instintiva que no reconocía raciocinio alguno, estaba más allá de él.

Entendí en un segundo lo que era el amor sobrenatural, lo que era el amor de un vampiro. Eterno como la vida en él; definitivo, como la muerte que le rehuía.

Caleb me miró, ardiendo sus ojos en los míos, y entonces giró de nuevo hacia el lobo que ya se había levantado.

Apuñó las manos, viéndolo, y volvió a gruñir, a rugir. Me arrastré de nuevo hacia atrás, exaltada; y él, de súbito, giró la cabeza para verme, y en sus ojos vi lo que no era capaz de expresar en palabras, que él no habría de lastimarme. Pero yo lo sabía.

El lobo volvió a llamar su atención, al moverse hacia él, y Caleb le hizo frente; con las manos en puños, rugió de nuevo; abrió la boca bramando como un animal rabioso, y entonces flameó la hoguera que él era.

Las llamas se elevaron, y consumieron su ropa, dejándole desnudo. Su piel blanca en medio de la hoguera resplandecía, sus ojos, de nuevo de rojas pupilas, llameaban. Y todo él era una visión de apocalipsis.

Nunca se vio más hermoso, ni más aterrador.

Como un ángel. Flamígero ángel voraz.

El viento avivó las llamas, fueron sacudidas como en un torbellino rodeando su cuerpo desnudo, naciendo de él; y Caleb, viendo al lobo, rugía enfurecido. Y con su rugido, las llamas espesaron.

Flamas amarillas, anaranjadas, enrojecidas, llamas violentas, rabiosas, abrasadoras; todo él reverberó. Un fuego que le nacía de adentro y le consumía. También consumidor.

Caleb, lo supe, ardía contra Darío. Era ese odio, esa sed de venganza que estaba más allá de las palabras, lo que le consumía en fuego febril.

A pesar del breve tiempo, él me sentía como suya, un amor vampírico, más allá de lo terreno, más allá de lo humano; que, así como su existencia, no conocía de plazos de tiempo, ni de reglas, ni sujeciones; era porque era, en círculo continuo, y no tenía principio, ni en él cabía el raciocinio, ni aceptaría freno alguno.

Y supe también, al verlo arder, que el daño de Darío a mí lo sentía más ardorosamente que si hubiese sido contra él mismo. Creí lo que había dicho antes, que mataría a Darío. Lo creí por completo. Caleb despedía fuego de coraje.

Y entonces se abalanzó contra el lobo. Lo golpeó tan fuertemente que éste cayó de espaldas, con Caleb sobre él a horcajadas. Entonces Caleb abrió su abdomen; encajando las manos, las hundió en el interior, hizo crujir el esternón, brotar las vísceras, la sangre, y entonces dio un jalón decidido y sacó la mano derecha alzándola en un puño, vi lo que llevaba en ella: le había arrancado el corazón. Le hizo arder con el fuego en su mano, sosteniéndole entre las llamas como si elevara una antorcha, y luego lo arrojó. El corazón hizo una curva hacia arriba y en el aire, en lo más alto, fulguró incendiándose, derramándose después sobre la arena.

Caleb entonces se inclinó hacia el lobo, moviéndole con los puños, parecía impelido a seguir luchando, decepcionado de que hubiera acabado tan pronto, pero yo supe que era a Darío a quien hubiera deseado tener ahí.

Frustrado, tomó al lobo por los hombros, todavía a horcajadas sobre él y lo sacudió; rugía enfurecido, quería pelea, quería más.

Pero el lobo había expirado. Entonces puso ambas palmas sobre su pecho y lo hizo arder con su hoguera.

Entonces Caleb, lentamente, moviéndose como en cámara lenta entre las llamas, se levantó; se paró junto al cuerpo que inerte ardía; y después, muy despacio, giró sobre sus talones, hacia mí.

Mi corazón latió entonces desenfrenado. Me veía fijamente y mi palpitación corría escandalosamente, mareándome.

Pero me levanté, aunque temblaba, porque no quería que pensara que le tenía miedo. Él pareció entenderlo. Y mientras andaba hacia mí, todavía en una hoguera, en sus ojos vi que estaba a la expectativa de otra cosa también; él supo que yo había entendido sus sentimientos por mí y me observaba aguardando mi reacción. Pero yo no iba a huir.

Tragué saliva y asentí.

Caleb entendió mi decisión, dibujó una tenue sonrisa en sus labios, sus ojos después fueron líquidos del rojo encendido a la blanda y mansa miel, y en un suspiro, las llamas cesaron. Se consumieron a sí mismas, y se dispararon en el perfil de su cuerpo.

Blanco y desnudo anduvo hacia mí, con la piel resplandeciendo bajo el ópalo de la luna. Imposiblemente hermoso, inmortalmente perfecto.

—¿Te encuentras bien? —Sonó su voz y tuve que cerrar los ojos, jadeando ligeramente. Era ronca y viril; y serpenteó bajo mi piel.

No alcancé a contestar; pero él vino a mí, me levantó en el aire y me llevó cargando cerca de la fogata. Con los brazos rodeando su cuello, él era lo único que yo veía.

Tosí ligeramente, intentando controlarme. Aclaré la garganta retirando la vista de él, aunque doliéndome por ello.

A lo lejos, vi entre los árboles el lugar de la carnicería, porque eso había hecho Caleb con los lobos.

—¿Vendrán más? —pregunté con un hilo de voz.

—No, hurgué en sus mentes; efectivamente vienen de parte de la guardia real, pero ninguno de ellos sabe que esta manada vino a la isla.

Y aunque lo supieran, pensé al verlo otra vez a la cara, si algo sabía yo era que con él no habría de correr peligro jamás.

Con los brazos en su cuello mientras me cargaba, dije:

—Contigo estoy segura.

Y él me besó en la boca. Muy suave y delicado, aunque luego su voz sonó alterada.

—Estás herida.

Oh, era cierto.

Mientras él me sentaba, me vi el hombro, el vestido desgarrado dejaba ver la piel en la misma condición.

—Sanará —concluí.

Caleb dibujó una mueca con los labios.

Entonces hizo lo impensable.

Me sentó en un tronco, a cierta altura, se arrodilló entre mis piernas separadas; con la mano en

su cuello se provocó una herida y me dijo:

—Bebe.

Y yo lo hice.

Él estaba ofreciéndose a sí mismo para proveerme de una curación inmediata, yo lo sabía; pero yo lo estaba bebiendo porque lo deseaba, a él.

Aunque contra mi voluntad, ya antes había bebido sangre, pero probar a Caleb fue como un temblor de tierra, y yo sabía que no lo experimentaba así sólo por ser la primera vez que no era forzada, lo era porque se trataba de él.

Fue una epopeya, un elixir de fuego y azúcar. Y es que en su sangre le encontré.

En ella estaba el ardor de las llamas que le habían cubierto, la fuerza con la que había asesinado a quienes nos amenazaban, impregnando de una especia robusta y voluptuosa; y estaba también, el gusto profundo y antiguo, de lo que vivía como su día a día: la dedicación a su tarea dentro de su raza como un guerrero para el Ministerio, el honor con el que desempeñaba su labor, la pasión que le rendía.

Y dentro de todas estas esencias decididas, estaba también el opuesto, contenida ahí la suavidad con la que me había sostenido, un toque frutal en la ternura con la que me había dejado llorar en el mar abrazándome, con la que había enjugado mi rostro de sangre y de llanto. Todo esto una contradicción en el carácter de lo que él era, en una mezcla de pura virilidad y poder.

Y volví a comprender entonces, mientras lo probaba, lo que él me quería. Y que ni él mismo se alcanzaba a explicar el motivo para tal rotundo sentimiento, pero que en él era calcinador, como el sol de mediodía. Y que así también como el sol, le daba mayor luz, pero al mismo tiempo le despojaba de parte de su ser, para dejarlo con sólo su más íntima naturaleza, lo más básico, lo más profundo, lo que él llevaba por dentro. Y supe que todo, lo grande y lo pequeño, él quería dármelo a mí.

No sé si la revelación, antes mientras lo envolvían las llamas y ahora texturizada en su sangre, fue demasiado sorprendente como para dejar de impactarme, o si acaso era que ya lo intuía en el fondo de mí como algo que habría de ocurrir y desde que nos encontramos en Brujas. Algo en mi interior me dijo que era lo segundo.

Fuera como fuese, cuando el enterarme otra vez de los sentimientos en él me empapó el corazón, cerré los ojos y me dediqué a saborearlo. La textura tibia de su sangre golpeó mi lengua, contrayéndola de placer, y luego bañó mi garganta en un caudal tibio y fragante, espumoso, voluptuoso, erótico.

Sentí a su líquido vital apoderarse de cada miembro de mi cuerpo, de cada espacio, hacerme suya desde dentro, marcándome con su esencia, con su sabor, con su olor, mezclándose su sangre con la mía. El mismo caudal de los dos en mis venas.

Le rodeé el cuello con los brazos, y el gemido que a continuación salió de mi garganta le dijo mucho más de lo que pude haber dicho con palabras. Me sujetó con sus amplias palmas en mi espalda, atrayéndome a él, y él también gimió entre mis brazos, mientras me alimentaba de su cuello.

Cuando me supo satisfecha, me tendió en la arena muy lentamente, con las piernas separadas y él sobre mí.

Se extendió cubriéndome, atacándome ahora a mí, mas con besos de su boca.

Pero de pronto habló.

—¿No te dije que esperaras en la cueva?

—Estaba preocupada.

Él gruñó, como si le desagradara, pero al mismo tiempo como si le gustara demasiado.

—No debería gustarme tanto que seas tan voluntariosa —dijo en una sensual voz en mi oído.

Volvió a desnudarme y entró en mí. En un movimiento de largo terciopelo me penetró. Y yo, a pesar de la invasión que fue aquello, elevé las caderas para permitirle mayor profundidad, la que él aprovechó muy bien.

Caleb me poseyó ahora con su cuerpo. Un largo y fuerte y recio cuerpo de guerrero, con el que empujaba en mí una y otra, y otra vez, llenándome, marcándome ahora en lo más blando de mí con lo más rudo de él, teniéndome también así. Y tal y como había dicho que deseaba, hundiéndose bien profundamente en mi cuerpo, muy hondo, muy hondo, muy adentro, una y otra, y luego otra y otra vez, en un raudal de besos, caricias, susurros, alientos compartidos; todo sobre la arena esa noche, con la rítmica melodía de las olas del mar a metros de nosotros.

Él me enseñó la cadencia de la entrega, sometiéndome a él, pero también sometiéndolo yo, siendo poseída pero también teniendo. Hasta que estalló el placer de los dos y fulguramos en una explosión de colores que detuvo el tiempo y paró el andar del mundo por un largo, muy largo, instante.

Minutos después, me hizo suya de nuevo, ahí mismo sobre la arena, pero entonces el deseo se volvió hoguera, y la pasión, llama de fuego. Porque Caleb ardió otra vez.

Lo sentí primero como un calor en los labios, bajo sus besos, y después permeando de su pecho desnudo al mío. Y aunque me asusté de pronto, él me susurró:

—Te hago mía, mujer.

Me derretí a su voz, a sus caricias, y mi cuerpo sucumbió ante las llamas que despedía el suyo. Entró en mi piel. Me tuvo como un hombre, me tuvo con su sangre en mis venas, ahora me tenía filtrándose por mi piel a manera de fuego líquido. Aunque sin quemarme, ese fuego ardía y encendió cada célula de mi cuerpo, todas brillaban.

Ardimos los dos, fue una hoguera de amor en la playa de la isla.

Capítulo 13

Abrí los ojos perezosamente, todavía era de noche. Me sentía profundamente relajada y sentí el cuerpo adolorido, pero, a decir verdad, estaba adolorido justo en los lugares correctos.

Me encontraba sobre mi costado y tenía el brazo derecho cruzándole el pecho a Caleb, con la mano sobre sus pectorales.

De la misma manera, mi muslo derecho reposaba sobre uno de los suyos. Y nuestros pies se entrelazaban; con las plantas de los míos sentía su piel, cálida. Esa sola sensación, la de tocar sus pies con la planta de los míos, me hizo cerrar los ojos un momento.

Cuando los abrí de nuevo, sin moverme, elevé la vista a su cara, respiraba plácidamente. Estábamos bajo el resguardo que él había construido, sobre una manta de hojas frescas. Todavía era de noche; solamente nos iluminaba la fogata, cuya luz se derramaba sobre nosotros como una frazada. El mar era un suave murmullo, el compás de las olas, el ritmo suave y cálido del viento, la respiración de él en mi oído, todo era perfecto.

Respiré hondamente, saboreando este momento de calma y tranquilidad. Nunca me había sentido tan segura, serena y protegida en toda mi vida. Yo tenía la mejilla sobre su pecho y él me rodeaba con uno de sus brazos. Los dos seguíamos desnudos. Mirando de reojo, vi en mi hombro derecho sus dedos contra mi piel; sujetándome firmemente.

Toda mi pierna estaba encima de una de las suyas. Caleb estaba ligeramente girado hacia mí, con el hombro parcialmente elevado. Su antebrazo descansaba en parte en su vientre y en parte en el mío, y con esa mano me sujetaba del muslo. Mi piel se hundía ligeramente bajo sus largos dedos. Observé su mano, con los dedos extendidos cubría la mitad de la circunferencia del muslo. Él estaba haciendo presión con la mano, a pesar de estar dormido; se notaba por el endurecimiento de las fibras musculares y por la postura de los dedos. Él me tenía sujeta a su cuerpo con los dos brazos. Atrapada.

Pero su sujeción no tenía nada amenazante; aunque con firmeza, él también me sujetaba con suavidad. No estaba haciéndome daño, él estaba cuidando... de mí.

Recordé la tersura de esas manos tan grandes en mi cuerpo, la sensualidad de sus caricias, lo contenido de su temperamento, esperando siempre que yo llevara mi propio ritmo; la delicadeza con la que me había tocado, con la que había introducido sus dedos, acariciando suavemente el interior, como con pétalos.

Él estaba lleno de contradicciones. Había sido despiadado para defendernos; pero también, entrelazado con todo ese poder, él había demostrado la tersura de la seda cuando su piel estaba contra la mía. Caleb era como un volcán, pero también una suave brisa. Era la contradicción que había visto en sus ojos cuando ardía. La fiereza de su posesión y la tersura de su apego.

Había sido así también al hacerme suya. Me llevaba lentamente hasta arriba, acompañando el trayecto entre besos y susurros; y luego en la cúspide, cuando me encontraba en lo más alto, él explotaba sobre mí, todo pasión y vehemencia. Siendo un hombre en toda la extensión de la palabra y haciéndome a mí sentirme más mujer que nunca; llenando con su virilidad todo mi cuerpo, atravesándome; tan intenso como un incendio forestal.

Él sembraba en mí el placer con paciencia y después cosechaba el ardor de la hoguera, de la

tempestad, del líquido calor que se derramaba de su cuerpo al mío; mientras los dos estallábamos juntos.

Su mano en mi muslo y toda su postura me hablaron otra vez de su carácter. Él estaba declarándose suya, incluso mientras dormía. Y estaba cuidando de mí, teniéndome lo más cerca que le era posible, protegiéndome, velando. Me maravilló la gran confianza que le tenía; toda mi vida, mi integridad física, toda yo estaba en sus manos y no podía sentirme con mayor paz.

Su rostro estaba en completo reposo, lo vi otra vez, y respiraba serenamente; pero su mano aferraba mi piel, jalando mi pierna hacia él, apretándose a su cuerpo; y con la otra, en mis omóplatos y rodeando mi hombro, me asía contra su pecho como si con la piel quisiera atrapar cada uno de mis alientos y como si fuera posible fundir el corazón en el otro atravesando la carne. Por un momento, también lo deseé posible.

Y quise deslizarme sobre él y despertarlo y decirle que me hiciera suya otra vez; pero su rostro en calma me disuadió y con un suspiro descansé la mejilla en su pecho. Pero eso lo despertó.

Se intensificó la fuerza de su abrazo, jalándome hacia él, y vio alrededor, examinando la periferia en la oscuridad.

—¿Por qué te asustaste? —preguntó.

—No me asusté.

—Tu corazón, el latido, se aceleró. ¿Pasa algo?

—Lo siento. —Sonreí—. No, no pasa nada.

Inspeccionó otra vez los alrededores, también olfateando el aire, levantándose ligeramente, conmigo en brazos, y cuando se convenció, volvió a recostarse llevándome con él.

—¿Por qué te alteraste? —preguntó, abrazándome y besando mi frente—. Lo escuché.

Sonreí mordiéndome el labio inferior.

—Nada malo.

Entonces él también sonrió.

Lentamente, apoyó mi espalda en el suelo y se inclinó de costado sobre mí. Con las manos acarició mi cara; y en la oscuridad, sólo iluminada por la luz barnizada de la fogata, aprecié el lustroso castaño de su cabello, con mechones luminiscentes color del trigo tostado, tan brillante; y sus ojos ámbar con vetas doradas que resplandecían.

—¿Cómo va todo? —sonriendo preguntó, alzando una ceja—. ¿Bien?

Sonreí como él.

—Bien —dije.

—¿Te sientes bien? —Besó mi mejilla, después mis párpados.

—Maravillosamente.

—¿Y fue...?

—Justo así, maravilloso.

Me besó en los labios, y contra ellos, dije:

—Me preguntaste eso ya antes.

—Solamente confirmo. —Lo sentí sonreír.

Luego, fue a mi cuello y pasó los dientes por mi piel, al tiempo que probaba con los labios y la lengua; me recorrió un escalofrío. Después vino a mi boca, y me besó otra vez, girando el rostro, y plenamente teniendo mi boca con la suya, probando y dejándome probar.

La marea subió, en los dos, y entonces Caleb vino sobre mí, llenando el espacio entre mis piernas, descansando en mí; gloriosamente desnudo.

Sentí la caliente dureza en aquella blandura y sonreí extasiada.

Sus manos entrelazaron las mías, llevándolas sobre mi cabeza, luego besó mi cuello, mi clavícula, y más abajo.

—Despertaste ya del todo —dije.

—Porque tú despertaste —respondió murmurando, saboreando mi piel.

Algo muy parecido a un gruñido salió de mi garganta, y él alzó la cabeza para mirarme, sonriendo y mordiéndose el labio. Musité viéndolo a los ojos:

—Tienes una cara que dice '*Soy el hombre*'.

—¿Y no lo soy? —Alzó una ceja sonriendo atrevidamente.

—Oh, sí.

Entonces soltó mis manos y trajo las suyas a mi cara. Me besó profundamente. Sujetando mis mejillas, cubriéndome el rostro completo, con un beso hondo y largo, hundiéndose en mi boca. Cuando se separó un instante, hablé.

—Puedes volver a dormir si lo deseas. —Aunque el tono en mi voz dijo lo contrario a mis palabras.

—No, no —musitó él, acariciando los costados de mi cuerpo con sus amplias manos, como si estuviera amasando, arriba y abajo, presionando, estrujando, poseyendo.

Vi esas manos en mi memoria, mientras las sentía en mi cuerpo; grandes, fuertes, poderosas. Temblé de delicia.

Luego descansó su boca en la mía y llevó las manos a mi trasero, levantando mis caderas hacia él. Bebí su aliento mientras acariciaba el lugar, cubriéndome toda. Luego, me posicionó, levantándome un poco más, y escondió la cabeza en mi cuello. Susurró en mi oído, caliente y sensual. Una voz ronca y viril, de varón hambriento.

—Que no se diga que no satisfago a mi hembra —y entonces entró.

Capítulo 14

El día siguiente era viernes, había llegado el día, pero durante las horas de luz no hablamos de lo que habría de ocurrir cuando ésta se fuera.

Descansábamos recostados en la arena, abrazados y desnudos bajo el sol, muy cerca de la orilla de la playa. El sol era calcinador sobre nosotros, el calor ardiente nos cubría la piel. Pero existía rodeándonos un halo de paz tan real que casi podría tocarse.

—Dijiste —susurré sonriendo, abrazándolo con la mejilla en su pecho—. Que no era tan deseable.

Soltó una risa ligera.

—¿Eso dije? —Besó mi frente, rodeándome con los brazos.

—Sí, lo hiciste. ¿Qué cambió?

—Nada. Estaba mintiendo.

—Ah, vaya. —Sonreí.

—Soy un mentiroso —dijo él abrazándome muy fuerte, besando lo alto de mi cabeza—. ¿Crees que me vaya al infierno?

—Y ya qué importa.

Soltamos una risotada los dos y luego estuvimos en silencio largo rato, hasta que él preguntó suavemente.

—¿Cuál era tu edad?

—¿Cuándo humana?

—Eso mismo.

—Veintitrés.

—Y nunca... —Aclaró la garganta—. ¿Nunca te habías enamorado?

Por su tono parecía celoso. Sonreí, tocando su abdomen. Hablé acariciando su piel.

—Era ilegítima.

—¿Cómo dices? —Me hizo verlo a la cara.

Se lo expliqué y él preguntó.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—En un pueblo como Brujas lo tiene que ver todo. Ningún joven de buena familia se casaría conmigo.

—Pero tú no eras responsable.

Me encogí de hombros.

—Es sólo que así eran las cosas antes —dije.

—Una cosa bastante miserable si me preguntas a mí.

—¿Te hubiera gustado que tuviera muchos novios? —solté sonriendo.

—No —dijo en una fracción de segundo y sonreí. Él suavizó el tono—: Pero no me gusta pensar que se te maltrataba.

—No importa. Hace demasiado tiempo. Y ahora ya no importa nada de eso.

Aunque, pensé, ahora mismo mi situación no era muy diferente, seguía siendo una forastera entre los demás. Con su raza lo era.

—No somos de la misma especie —murmuré casi sin pensarlo.

Me tomó con fuerza y me hizo rodar sobre él, para quedar a horcajadas sobre su cuerpo mientras él permanecía recostado en la arena.

—¿Importa eso? —preguntó acariciando mis labios con los suyos y tocando mi espalda con las manos.

Escondí la cara en su cuello. La sensación de sus amplias palmas presionando en mis omóplatos me hizo cerrar los ojos.

—¿Para ti? —le pregunté.

—Nada. ¿Y para ti?

—Ahora mismo, no —dije en un hilo de voz. Oh, Dios mío, sus manos.

—Que el ahora dure eternamente entonces —dijo.

—Sí. —Cerré los ojos—. Que dure eternamente.

Buscó mis labios y me besó. Fue como si nos consumiéramos uno en el otro, muy largo y profundo. Todo mi peso estaba sobre él, y debajo de mi cuerpo el suyo se sentía tan fuerte y sólido. Él seguía acariciando lo alto de mi espalda y yo hundí las manos en su cabello. Besarle era hundirme en un elixir de virilidad.

—No importa en absoluto —dije recuperando el aliento.

Caleb sonrió. Dibujó un andar con sus labios por mis mejillas y frente.

Mientras me acariciaba yo también me deleité en su cuerpo. Desnudo como yo, palpé su torso, dibujando con la punta de los dedos las líneas de su abdomen. Una línea vertical justo en el centro, toqué sus amplios pectorales y debajo de ellos, secciones perfiladas como con un cincel, cada una del tamaño de mi palma.

Súbitamente fui consciente de mí misma. Me erguí, aunque todavía sobre él, y me cubrí con las manos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Sacudí la cabeza negando, pero él lo entendió. Se sentó, aunque permaneciendo yo a horcajadas en él.

—¿Sabes qué veo? —me dijo.

—¿Qué? —dije sin mirarlo.

—Lo más hermoso que he visto en toda mi vida. Y en todos estos lustros he visto algunas cosas.

Quise sonreír, pero no lo logré del todo. Tomó mi rostro y me hizo verlo a la cara. Sentado conmigo a horcajadas, deslizó las manos por los costados de mi cuerpo, muy lentamente arriba y abajo.

—No veo nada de eso —dijo él y yo entendí a lo que se refería—. Veo unas curvas deliciosas. Éstas. —Sus manos tomaron mi cintura, apoyándose en lo alto de las caderas—. Y luego todo esto. —Las deslizó hacia abajo—. Y después esto. —Movié las manos hacia mi trasero y apreté; sonreí también por su cara—. Ah, y mira... —Deslizaba los dedos por mis costillas—. Estos... hola. —Llegaron sus manos a mis senos, sosteniéndolos con las palmas. Sus ojos brillaban traviosos.

Sacudí la cabeza, pero supe que era sincero.

—¿No ves nada más? —pregunté.

—Nada. —Negó lentamente, con los labios ligeramente apretados y sonriéndome con la mirada.

Me hundí en sus ojos, tan expresivos, y llevé las manos a sus cejas, largas y llenas de carácter. Luego las deslicé a sus labios. Se acercó y me besó. Otra vez muy largamente, y borró con eso cualquier resquicio de duda en mi mente.

Volvió a recostarse en la arena, y me llevó con él, acomodándose con el rostro en su pecho, y rodeándome con los brazos. Luego de un momento, pregunté:

—¿Todos pueden hacer fuego?

—No.

—¿Por qué tú sí?

—Los sangre pura tienen facultades distintas algunas veces.

—¿Puedes volar?

—Yo no.

—Qué bueno que no puedas.

—¿Por?

—Me dan miedo las alturas.

Caleb rió suavemente. Después tomó mi cara con sus manos.

—Te dan miedo las alturas —dijo despacio viéndome a los ojos—. Y has pasado por tantas cosas.

Perfilaba con las manos mi rostro, observando cada espacio de mi cara como si lo memorizara. Luego me abrazó y me mantuvo así entre sus brazos con la mejilla sobre su torso largo rato, hasta que susurró.

—Si pudiéramos ser humanos los dos. ¿Qué haríamos? ¿Cómo sería nuestra vida?

—Una casa en la playa —dije en su pecho.

—Muchos niños —completó rápidamente.

Me separé un poco para verlo, sonriendo.

—¿Niños?

—Muchos —confirmó.

—Bien. Y aquí, o en un pueblito pequeño.

—Sería pescador. O carpintero, soy bueno con la madera.

—Te imagino como herrero, eres bueno con la lumbre.

La risa de Caleb fue serena y llena de naturalidad. Besó mi frente y soltó un largo suspiro.

—Está por desatarse una guerra —dijo de pronto.

—¿Cómo?

Me separé un poco, para verlo.

—El concejo y la familia real —explicó—. Han sido siglos de luchas internas. La guardia de los unos contra la de los otros, con miles de civiles en medio. La raza se fracturará. Vienen tiempos difíciles.

—¿Deberás pelear?

—Naturalmente.

De pronto, la idea de él sumergido en una guerra me sacudió, y me aferré a su cuerpo, como si con el mío pudiera protegerlo.

—Oh, Caleb, ¿no podríamos quedarnos aquí la eternidad completa?

—Podemos hacer que el tiempo aquí cuente cada minuto.

—Hagamos eso.

—Sí, hagámoslo. Otra vez, estoy ansioso.

Y diciendo eso, rodó sobre mí.

Capítulo 15

Llegó el ocaso del viernes. Durante la tarde Caleb fue a cazar. En esta ocasión trajo con él desde el interior de la isla dos borregos. Acabó con ellos casi tan pronto como estuvieron listos.

—¿Hambre? —dije sentada a su lado, viéndolo de reojo.

Él me miró alzando una ceja.

—Mucho ejercicio. —Sonrió de medio lado.

Mordí mis labios, súbitamente con la cara ardiendo.

No dijimos mucho más, era como si las palabras no fueran necesarias. A veces me miraba a los ojos, y deslizaba una mano por mi mejilla. Pero los dos permanecíamos silenciosos. Cuando la noche lo cubrió todo, partimos.

Nos lavamos en el arroyo del valle entre las sierras, nos vestimos y en la playa subimos a la pequeña balsa, después de que él extinguiera la fogata; ya durante la noche pasada había enterrado los cadáveres de la manada que había venido por nosotros el día anterior y mientras él remaba y yo veía la isla, a mi espalda, alejándose cada vez más mientras surcábamos por las olas, pensé cuán poco había quedado de nosotros ahí, habiendo vivido tantas cosas. Pero después de todo, así tenía que ser.

Los dos sabíamos, en una tácita comprensión sin palabras, que sólo habíamos tenido ese tiempo en la isla para compartir.

Volví a recordar lo que se decía de ella, que el tiempo carecía de fluidez ahí, que se detenía, y cuánto deseé que eso fuera cierto, que eternamente hubiéramos podido vivir ese último día una y otra vez, juntos, sin pensar en nada más.

Al frente, rato después, el puerto de Brujas me hizo saber que el tiempo de los dos se había terminado definitivamente.

Llevaba en mis manos la daga de bronce, aferrada en mi regazo, la usaría en mí a la medianoche. Me recostaría sobre la arena en la cima del acantilado, empujaría la daga en el corazón y esperarí a desangrarme. Miré la luna, estaba llena. Alcanzaría una luminosidad completa en las siguientes horas y era lo que yo necesitaba. Si la luna no rendía su magia, me desangraría hasta morir. Estaba bien. Yo quería ser libre. Ya no quería ser una no muerta; y tampoco el animal que era el príncipe de Bouldher.

Vi a Caleb frente a mí.

—¿Qué piensas? —le pregunté al notarlo silencioso.

Soltó una larga exhalación.

—Nada —respondió.

Pero yo sabía que pensaba exactamente lo mismo que yo. En unas horas sería el final. Quise evitar esos pensamientos que me ahogaban cerrándome la garganta, y sacudí la cabeza. Mantenía siempre en mente mi meta, la que me había traído a este lugar: yo quería ser humana, y en su defecto, de no poder lograrlo, quería morir. La vida eterna en esta condición no está en mis planes.

Cuando llegamos a la playa de Brujas percibimos el rumor del festival a lo lejos; enseguida

dejamos la barca abandonada en la arena y nos encaminamos por la orilla de la playa hacia el acantilado.

—Se acerca la hora —le dije a Caleb.

Él asintió callado y seguimos caminando. El ruido del pueblo se desvanecía detrás de nosotros; pero mucho antes de llegar al acantilado, Caleb habló deteniéndose de pronto.

—Me prometí a mí mismo no decir nada —soltó.

—Entonces no lo digas —pedí, deteniéndome como él, pero sin voltear a verlo.

—Julia...

—No, no, por favor. —Moví las manos en el aire, sacudiendo la cabeza.

Pero aún así, habló.

—No lo hagas —dijo.

Cerré los ojos.

—Caleb, no —apenas musité.

—No lo hagas —repitió.

Tragué saliva. Entonces pidió:

—Quédate conmigo.

Sus palabras flotaron en el aire, y se quedaron ahí, balanceándose a mi alrededor. Cerré los ojos con fuerza y respiré profundamente, aunque fui incapaz de responder. Él vino a mi lado, me tomó del brazo, suave pero con firmeza, y me hizo verlo a los ojos.

—Quédate conmigo —su voz era como un ruego.

Yo tuve que decirle:

—Darío nunca lo permitirá.

Caleb estalló.

—¿Por qué hablas de él ahora?! ¡Ya he dicho que lo mataré!

Mis ojos se llenaron de agua, pensar en él enfrentando al príncipe, con toda su guardia, no, no podía soportarlo.

—Julia... —me dijo—. Deja de hablar de él. Deja de hablar de todo lo demás. —Vino a mí, cuando me abrazó se escapó una lágrima—. No llores —Me limpió la cara con las manos—. Oh, Dios, yo no soporto que llores. —Atrapó mi cara bajo su barbilla—. Quédate conmigo. Es lo único que importa. Te convertiré.

—Es que quiero ser humana —dije en su pecho.

—Estaremos juntos.

—No quiero, Caleb.

Sus brazos me soltaron de inmediato. Se separó de mí y me observó a dos pasos de distancia.

—No todos somos así —explicó de nuevo.

Pero encogí los hombros y bajé la vista.

—Quédate conmigo —volvió a decir.

Yo lo amaba, pero al mirar sus ojos, respondí:

—No quiero ser un monstruo.

El dolor en sus palabras fue evidente.

—¿Eso soy para ti?

—Eso son los tuyos para mí. —De ninguna manera yo quería ser como Darío—. Vamos, por favor —pedí—, tenemos un plan, llevémoslo a cabo. Si es que aún quieres ayudarme.

—¡Te estoy pidiendo que te quedes conmigo!

—¡Y yo te digo que no podemos! Caleb, por favor, sé razonable.

—¡Y una mierda!

—¿Has pensado lo que significaría si me llevaras contigo? —Lo vi a los ojos—. ¿Lo que diría el conejo? Soy una asesina ante ellos. ¿Los guerreros pueden tomar como mujer a una asesina?

Él apretó los labios, respirando pesadamente. Y yo continué.

—No, ¿verdad? ¿Lo ves?

—Habrá una guerra muy pronto —negoció—. El conejo no le besaré los pies a la familia real.

—Por favor, no hablas en serio. No estás seriamente proponiendo que seamos fugitivos confiando en que habrá una guerra.

—Estaremos juntos.

Negué con la cabeza, él no perdería su lugar en la guardia por mí.

—Tenemos un plan, Caleb, el plan no ha cambiado. Siempre supimos que pasaría, nada ha cambiado.

—Muchas cosas han cambiado. ¡Un maldito mundo de cosas ha cambiado!

—Para mí no.

Pude ver en sus ojos lo que significaron esas palabras. Entonces se tragó una pregunta, fue evidente. Quería preguntar si acaso no le amaba, pero cerré los ojos rogando que no lo hiciera. Afortunadamente se contuvo. Echó a andar y dijo:

—No seguiré implorando como un perro.

Le observé alejarse, yo inmóvil sobre la arena. Al ver que no le daba alcance, se detuvo, pero no volteó a verme en ningún momento.

Entonces fui tras él, y ya lado a lado anduvimos un largo trecho sin que siquiera me mirara. Sin embargo, había algo que yo necesitaba decirle; tomé una decisión cuando estábamos en la isla. Mi vida ha significado la ruina de demasiadas personas: cuando yo vine al mundo sin ser deseada arruiné la vida a mi madre, después a todos los hombres que asesiné y a sus familias.

Si una cosa no iba a permitir es que esta vida de maldición también fuera la ruina para él.

—¿Qué vas a hacer cuando regreses a París? —le pregunté.

—¿Qué dices?

—¿Te reunirás con la guardia y seguirás con tu vida normal?

Bufó.

—Sí, todo muy normal, una puñetera vida normal. —No dejaba de caminar a largas zancadas.

—Hablo en serio, Caleb. —Me detuve.

—¿Estás preguntando si mataré a Darío? —Volteó y se detuvo también.

—Sí.

—Por supuesto que lo voy a matar. —Dio un paso hacia mí, con el índice apuntaba al suelo—. Si tú crees que los vampiros somos animales no conoces nada de lo que tengo preparado para ese bastardo. —Su cara se llenó de rabia—. Voy a bañarme con su sangre, Julia. —Me recorrió un escalofrío.

—¿Y si yo te pidiera que no lo hicieras?

—No importa en lo más mínimo.

—Tú dijiste que soy lo más importante para ti, ¿todo era mentira?

—¿Y no me mentiste tú?

Se clavó esa pregunta en mí, pero mucho más la expresión en su rostro. Quedamos en silencio un momento y me di cuenta de que tenía que decirle todo lo que había planeado, sólo así desistiría.

Miré hacia abajo, la línea de espuma del mar estaba cerca de nuestros pies.

—No vale la pena que lo mates por nada —le dije.

—¿Cómo dices? —preguntó.

Levanté la vista y lo miré de frente, por encima de su altísima figura había nubes grises.

—¿Qué has dicho? —preguntó de nuevo y entrecerró los ojos.

—No quiero que lo mates.

—Has perdido el juicio si crees que perdonaré su vida. ¡Él tiene que morir! —gritó.

—¡A ti no te hizo nada! —grité también.

—¡Y con un carajo si no! ¡Tú eres mía!

Apreté los labios. El sonido de las olas era rítmico como siempre pero no con la calma habitual.

—Caleb... —Intenté serenarme—. Puede herirte.

Necesitaba razonar con él, no tener que llegar tan lejos para preservar su vida.

—No voy a morir en sus manos —escupió cada palabra—. No me conoces si me crees tan débil.

—Es muy poderoso.

—¡Yo también!

—Esto no es una competencia, Caleb. —Le miré a los ojos.

—Así me siento —dijo él—. No me compares con ese animal.

—No lo estoy haciendo, es sólo que... —Mi voz se cortó—. No quiero que te hieran.

—No ocurrirá.

—Si yo me voy... de una u otra manera —le dije—; tú volverás a tu vida. Todo será normal para ti.

—¡Y una mierda si todo será normal!

—Les llevas mi cuerpo y...

—¿Estás loca?!

—Les llevas mi cuerpo y con eso habrás cumplido tu tarea.

—¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo? ¿Piensas hacerme cargar tu cadáver?

Cerré los ojos, sí era demasiado terrible. Pero es que tenía que convencerlos de que había cumplido su misión; ¿qué otra opción había?

—Confiemos en que volveré a ser humana. Yo huiré y tú regresarás a tu vida normal. No quiero que mates a nadie por mí.

—No puedes pedirme que dé la vuelta y olvide.

—Sabíamos que así sería, Caleb. Nunca hubo más que un corto tiempo.

—¡Maldita seas!

—¡Lo soy! —exploté como él—. Estoy maldita. Y quiero que pare. ¡Quiero ser humana!

—¡Podrías morir!

—Lo prefiero. Y no quiero que te enfrentes a Darío.

—Tú no me dirás lo que tengo que hacer. Harás tu designio, yo haré el mío.

—Por favor, Caleb. Olvida todo y vete después.

—Ahora mismo te odio.

Sus palabras se clavaron en mi pecho. Y se me escaparon las lágrimas otra vez sin poder evitarlo. Esto era una desgracia, mi vida lo era de inicio a fin, desde mi concepción lo ha sido. Y ahora lo arrastraba a él.

—No te enfrentes a él, te lo ruego. —Lloraba.

—Voy a matarlo.

—Podrías pagarlo con tu sitio en la guardia, o peor, con tu vida.

—¡Me importa una mierda! La guardia, el trabajo, la raza, ¡mi vida!

—¿Por qué?

—¡Porque quiero estar contigo!

—Pero si ya sabíamos que no era posible. —Sollozaba—. Tú viniste a matarme.

—No.

—Viniste a llevarme ante el concejo por asesinato o a dejarme con Darío, ¿no es verdad?

Él no respondió.

—¿Por qué no puedes hacer como que así ocurrió? —dije entre el llanto—. Imagina que me entregaste con él.

—¿Acaso estás loca?

—No quiero que mueras, Caleb.

—¿Y quién dice que moriré?!

—Y que pierdas tu lugar en la guardia y...

—Estás demasiado preocupada por lo que habrá de pasar. No sabes nada, no sabemos lo que ocurrirá. Lo importante es estar juntos, yo te convertiré y lo demás ya lo veremos.

No, no. Él no va a ser un paria entre los suyos por mi culpa. ¡Mi vida tiene que dejar de ser una maldición para todos los que me rodean!

Entonces se lo dije de un impulso.

—Caleb, yo te tengo en gran estima. —Aunque fue como hablar a través de carbones encendidos.

Abrió los ojos al extremo, mirándome casi con horror. Pero continué.

—No quiero que mueras por algo que no vale la pena.

Su pecho empezó a subir y bajar aceleradamente.

—Lo pasamos bien, ¿no fue así?

Sus ojos ámbar me vieron entonces con un odio terrible. Y lo peor, se volvieron cristalinos.

—Fue divertido, pero no querrás arruinar tu vida, ¿o sí?

—Tú... —dijo—. Eres mi vida. —Su labio inferior tembló.

Volví la vista al mar; las nubes grises sobre nosotros estaban acumulándose y allá a lo lejos, en el horizonte se vislumbraba una tormenta. Me pregunté si habría de llover más tarde.

Volví a verlo. Estaba rígido, con las manos apuñadas. El cielo tras él se rompía, casi podía ver su aura alterada, descomponiendo el aire a su alrededor. Pero yo necesitaba hacerlo.

—Caleb, si vuelvo a ser mortal, huiré y viviré la vida que siempre quise. Me olvidaré de él y de... todo. Me casaré y tendré hijos —sonreí como pensando en un futuro luminoso—. Y si en cambio, muero, ¿qué caso tiene que le mates? Dime, ¿para qué? —Era criminal hablarle así. Pero no había terminado porque lo que dije a continuación, más que un crimen fue un pecado—: ¿Arruinarás tu vida por dos días de sexo?

Entonces me di cuenta de que tal vez él era más fuerte que yo, y mi integridad física estaba en sus manos, pero en las mías yacía su corazón.

Su expresión se desfiguró. Nunca pensé que esos ojos ámbar pudieran verse así. Mis palabras le habían atravesado, él no estaba respirando, pero yo dije.

—Perdona si te di otra impresión.

El horror llenaba sus ojos. Abrió la boca, pero nada dijo. Le pregunté entonces:

—¿Nos vamos? —Estaba hecho. Entre todas las cosas horribles que hice en mi vida, ésta fue la peor.

Caleb me miraba, le vi respirar profundamente dos veces, luego me dio la espalda y echó a andar. Le seguí, pero habíamos dado unos cuantos pasos cuando entre la oscuridad sentimos la presencia de alguien a un costado. Caleb se detuvo y giró de inmediato; instintivamente

colocándome a su espalda. El hombre llegó hasta nosotros. Supe que era un inmortal, rubio y muy alto.

—Josué... —dijo Caleb—. ¿Qué haces aquí?

El recién llegado le hizo una seña y lo llevó unos pasos lejos de mí. No pude escuchar lo que hablaban, pero cuando volvieron conmigo, Caleb habló apresuradamente.

—Vamos al hotel. —Me tomó del brazo y empezó a caminar hacia el pueblo, con el otro guerrero acompañándonos y viendo a la oscuridad como si examinara los alrededores.

—¿Qué? ¿Por qué? —dije.

—Te quedarás ahí un momento con él mientras yo arreglo un asunto.

—¿Y él quién es?

Caleb pareció reaccionar.

—De la guardia y amigo mío. Su nombre es Josué.

—¿Y qué hace aquí? —pregunté mientras los dos andaban, uno a cada costado mío, a toda prisa hacia el pueblo.

—Vino para ayudarme en algo.

—¿Y por qué me tengo que quedar con él en el hotel?

—Será un momento nada más.

—Pero yo...

—Lo harás más tarde —comprendió—. Tenemos tiempo.

—No estás haciendo esto para impedírmelo, ¿verdad?

Me miró frunciendo el ceño.

—Por supuesto que no. Lo harás más tarde. Te doy mi palabra, hay tiempo.

—¿Y seguiremos hablando? —Aunque creo que se había convencido de continuar con su vida y ya no había nada de qué hablar, pero supongo que en realidad quería despedirme de él eternamente.

Caleb asintió en silencio y casi corrimos al hotel, con ellos dos siempre examinando los alrededores. Cuando llegamos al hotel, me dejaron en la habitación que entendí era de su amigo y salieron a hablar.

Capítulo 16

—Quédate aquí con ella —le pidió Caleb después de que se pusieron al corriente uno al otro.

Julia estaba en la habitación y ellos hablaban en el pasillo, a media voz.

—Claro, sí, pero... quisiera ayudarte.

—Ya has hecho suficiente previniéndome.

Y es que Josué había venido a decirle que Darío estaba aquí y le tenía preparada una emboscada en el acantilado. Darío estaba enterado del ritual, de todo. A Julia la apresaría y a él lo mataría por habérsela llevado, le acusaba de traición a la corona. Lo que Caleb haría ahora sería ir al acantilado solo y enfrentarlo.

—Amigo, qué buen embrollo —dijo Josué—. El príncipe... será difícil.

Caleb explotó.

—¡Tú también dudas de mí?!

—Por supuesto que no; cálmate, hermano. ¿Y cómo también? ¿Quién ha dudado de tu coraje?

Caleb señaló hacia la puerta. Se alejaron un poco más para seguir hablando.

—¿Dudó que pudieras enfrentarte a Darío?

Él asintió.

—Vaya mierda. Sufre el ego. Pero tal vez es que le preocupas. Quizás porque te quiere.

—Y una mierda si me quiere, no me quiere en absoluto.

—¿Y tú?

Apretó los labios hasta que fueron una línea blanca.

—Estás hundido, hermano —dijo Josué—. ¿Qué vas a hacer si la hembra lo logra?

—Me preocupa que no lo logre. Si el ritual funciona, tendrá lo que busca. Estaré en paz con ello.

—Pero con cualquiera de las dos alternativas, tú te quedas solo. ¿Cómo te alimentarás?

—Como siempre lo he hecho.

Josué negó con la cabeza.

—No, no —dijo—; tú sabes que no es posible. La amas. No podrás beber de ninguna otra hembra. Nunca.

—Lo sé.

La alimentación en la raza ocurría entre los géneros; pero cuando un vampiro se enamoraba ya no podía beber de ninguna otra hembra que no fuera la que amaba. Simplemente estaba fuera de sus posibilidades.

Caleb amaba a Julia y ahora no podría alimentarse de nadie más que no fuera ella. Todos sus instintos se rebelarían si siquiera lo intentara con alguien más. Ni siquiera podría acercarse a otra; todo en él rugiría por la que amaba y rechazaría cualquier otra alternativa.

Así era para el vampiro cuando amaba; instintivamente, marcado en lo más crudo, primitivo y rudimentario de su ser, era imposible acercarse a otra hembra, alimentarse de otra sangre.

Aunque no importaba, pensó Caleb; porque él había pensado que si permanecían juntos la cuestión sería la misma. En sus planes nunca estuvo alimentarse de ella, porque intuía que a ella no le gustaría. Y, claro, también porque le había gritado que odiaba su raza y jamás sería un

vampiro como él.

Pero al menos estarían juntos, como sempiterna, o como humana o lo que fuera, pero juntos. Aun si nunca bebía de ella, ni de nadie más por amarla, pero estaría a su lado. Aunque ahora, el problema era otro.

—Eso no importa, Josué —dijo a su amigo—. Lo que me preocupa ahora es que esa mierda que quiere hacer tiene que resultar; o de lo contrario, morirá.

—Infiernos, qué lío. —Josué le palmeó el hombro—. Cuando esto pase, me aseguraré de mudarnos cerca de un matadero. Necesitarás una res por día, y sólo para mantenerte vertical.

Caleb sonrió, muy a su pesar le causó gracia.

—Eres un imbécil —dijo sacudiendo la cabeza.

—Para eso estoy aquí. —Luego de un momento, añadió con pesar—: Ya no tendrás fuerza para estar en la guardia.

—Ya cállate.

Josué volvió a palmearle el hombro y luego aclaró la garganta.

—Me quedaré con ella entonces.

—Por favor.

—Lo único que me inquieta es que el muy bastardo tiene con él a varios de su guardia privada. No tiene honor, no esperes un duelo digno. Es una mierda cobarde que no dudará en usarlos. Si estuviera contigo, podría ayudar.

—Me ayudarás estando aquí con ella.

Josué sonrió.

—Estás arruinado, amigo.

—Lo estoy.

Caleb después chasqueó con la lengua, como si pensara en algo por primera vez. Se metió la mano entre el cabello, haciendo gajos con los dedos.

—Josué... ¿Te das cuenta de que vas a estar en la misma ciudad donde un amigo tuyo le de muerte al príncipe?

—Me doy.

—¿Y si eres acusado de traición tú también?

—Escucha, cruzaremos ese puente cuando llegemos a él.

—¿Qué va a pasar con Sofia?

—¿Qué va a pasar de qué? No pasa nada.

—¿Se va a quedar tan tranquila si matas a su hermano?

—Ella y yo no tenemos nada, mira no sé, preocupémonos por tu hembra en este momento y después por la mía.

—La tuya, ¿eh?

—Sí, lo que sea, o por buscarme alguna cuando seamos dos fugitivos. Ella no es mía. —Hizo un gesto con la mano—. Ni siquiera me habla.

—Pobrecito.

—Déjame en paz.

—Eres un deajo de macho.

—Tú no estás mucho mejor. —Sonrió señalando hacia la ventana del cuarto.

Caleb sonrió y sacudió la cabeza. Soltó una larga exhalación.

—Nos va a caer la mierda encima. Por mí está bien, pero tú, no quisiera que te cayera también.

—Escucha. —Se puso serio—. Te cae a ti, me cae a mí. —Se señaló el pecho con el índice—.

¿Estamos?

El semblante de ambos se volvió serio.

—Ya pensaremos en algo —dijo Josué al fin.

Caleb asintió.

—De cualquier manera, pase lo que pase esta noche. —La voz de Josué serena, como era él siempre, pero cargada de preocupación bajo la superficie—. Es decir, vamos a irnos contra toda su familia; tengo por obvio que el asunto entre ella y yo no va a ningún lado.

—¿De quién te alimentarás tú?

Josué hizo un gesto.

—¿Te has alimentado de ella? ¿Estás enamorado?

—¡Con un carajo! ¡¿Eres el maldito Jerry Springer?, ¿quién se pone a pensar en esas cosas en este momento?! Ve a partirle la madre a ese bastardo antes de que yo te la parta a ti y deja de preguntar pendejadas.

A Caleb le hizo gracia todo lo que dijo.

—Tienes unas horas aquí y ya hablas como mexicano.

—Veo muchas telenovelas.

Luego sacudió la cabeza, se rascó el cráneo entre el cortísimo cabello rubio y volvió a su habitual calma.

—En fin, que pase lo que tenga que pasar.

—¿Y que muera su hermano?

—Amigo, ella sabe quién es él. —Y lo dijo casi con tristeza.

Caleb asintió; luego de un momento inspiró profundamente y le dijo:

—Al dejarla contigo, estoy poniendo mi propia vida en tus manos.

—Estoy consciente.

—Si no regreso, será solamente porque Darío tampoco lo hará, pero entonces...

—Yo me encargaré de todo —dijo Josué comprendiendo.

—Ayúdala a que lo haga.

—Sin falta, hermano.

—Gracias.

Con un abrazo, se despidieron y Caleb se fue. No entró para verla. A ella no se creía capaz de decirle adiós.

Porque si las cosas se ponían difíciles él tenía un plan. De una cosa estaba seguro, Darío no saldría con vida. Julia sería libre. Incluso si para lograrlo, él también tenía que arder.

Capítulo 17

—¿Dónde está él? —le pregunté al guerrero cuando entró solo a la habitación.
—Tiene un asunto pendiente, ya regresa —dijo en un acento bastante marcado; después me enteraría que era originario de Bruselas.

Fue a la cama, con toda tranquilidad, y encendió el televisor. Se recostó con las almohadas bajo la cabeza, el colchón protestaba con cada movimiento; era enorme, los pies le colgaban. Con el control remoto en mano, empezó a pasar los canales a velocidad meteórica.

—Así no ves ningún programa —le dije.

—En realidad veo todos al mismo tiempo.

Pero yo no estaba tan tranquila. Algo estaba sucediendo. Caleb no se hubiera ido así como así, tan de repente.

De pronto, intuí algo y me recorrió un sudor frío.

—¿Volvió a Londres? —le pregunté al guerrero; pensar que me había dejado me detuvo el corazón.

—¿Qué?, ¿cómo? —Me miró—. No, claro que no. Volverá ya mismo. Siéntate, Julia. Y tranquilízate.

Pero era él quien estaba demasiado tranquilo. O demasiado empeñado en aparentarlo. Esto no estaba bien.

—¿Hace mucho que son amigos? —pregunté sólo para darle un respiro a mi cabeza.

—Desde niños, mi padre y el suyo pertenecían a la guardia también.

—¿Conoces a sus padres?

—Los conocí y también a su hermana menor.

Me di cuenta de todo lo que no sabía de él. Y todo lo que deseaba saber.

—¿Viven en Londres?

—No —dijo él—. Todos murieron.

Oh, Dios.

—¿Cómo fue?

—Una guerra en el siglo pasado.

—Él me dijo que iniciará otra —dije.

—Es correcto.

—Te ves emocionado. —Y es que al responder estaba sonriendo.

—La ansiamos todos —contestó—. Hemos estado esperándola.

—Podrían morir.

—Eso es siempre una posibilidad entre nosotros. Ahora será con un objetivo mejor. Deshacernos del reinado de los Bouldher.

—¿No los aprecias?

Dudó un instante, pero luego respondió:

—Nadie en sus cinco sentidos lo hace. Nuestra raza no es como nuestros soberanos.

—Eso dijo él también.

—Por lo tanto, no tiene sentido que existan.

Guardé silencio, sentada en una silla cerca de la ventana, hasta que él habló.

—Vaya que hace calor en este lugar. Ya me muero por regresar a Londres. La familia de Caleb también lo espera con ansias.

Lo miré.

—Dijiste que habían muerto.

—Me refería a sus padres y hermana. Ahora hablo de su mujer y sus hijos.

Me levanté de un salto.

—¿Qué?

—Su mujer está histérica, ya sabes cómo es eso.

—¿Su mujer? —tembló mi voz.

—Y sus hijos —dijo él.

—¿Sus hijos?

¿Mujer e hijos? ¿Caleb tenía una mujer e hijos?

Algo estalló en mi interior y se me atoró en la garganta. El rostro me ardía de rabia. ¿Caleb tenía una familia? ¿Y entonces nosotros...?

—¿Te pasa algo? —me preguntó él, con serenidad.

—¿Caleb tiene mujer e hijos? —dije sin aliento.

—No, no los tiene —sonrió.

—Acabas de decirlo.

—Sólo quería ver tu reacción.

—¿Estás jugando conmigo? —Apuñé las manos a los costados de mi cuerpo.

—Un poco —sonrió—. Tranquilízate, lo único que quería era ver si tú también lo quieres. Ya veo que sí. Estás a punto de derrumbarte.

—¿Cómo pudiste decir algo así? —Me senté, todavía alterada.

—Lo siento. Quería saber si lo quieres tanto como él a ti. Tanto te quiere como para arriesgar su vida con Darío esta noche.

—¿Qué has dicho? —Volví a levantarme, temblando.

—Ahora mismo ha ido a su alcance. En el acantilado.

—No puede ser.

Fui a la puerta, con el temblor recorriéndome el cuerpo.

—¿A dónde crees que vas? —Se colocó de espaldas a la puerta, obstruyéndome el paso.

—Voy con él. Darío podría matarlo.

—No lo hará. Antes de permitir que suceda, Caleb arderá con su energía y morirán los dos.

—¿Qué?!

—Si se ve en un aprieto durante el enfrentamiento, estallará en llamas y se lo llevará con él.

—¿Se lo llevará? ¿Moriría también?

—Es necesario para lograrlo. El máximo sacrificio del vampiro guerrero.

—¿Y lo dices tan tranquilo? —Apenas podía hablar—. Pensé que era tu amigo.

Mierda, ellos hablaban de las cosas más horribles con total placidez.

—Y lo es —respondió él—. No quiero que ocurra. Pero matar a su enemigo por la hembra que ama es el acto de un macho de valía. Estoy orgulloso de llamarle mi amigo.

—Pues yo no quiero que eso ocurra.

—No es tu decisión, mujer. Defender a nuestra hembra no es un sacrificio. Es nuestro derecho.

Cuánta locura.

—Apártate; déjame salir —dije abruptamente.

—Imposible.

—Tengo que ir con él.

—No, no tienes.

—¡Maldita sea! —grité—. Déjame salir.

—Eso sería un no.

—¿No irás a ayudarlo? ¿Lo dejas solo?

El guerrero gruñó por lo bajo.

—Deja de ofender a mi amigo pensándolo un débil cobarde. No lo es.

—No quiero que resulte herido por mi culpa.

Pero él no iba a ceder. Y dialogar no me estaba llevando a ninguna parte.

Empecé a andar de un lado a otro desesperadamente. Tenía que ir con él. Tenía que estar con él. Darío podría matarlo.

Entonces vi la ventana que daba a la playa. Por mi vida que no lo pensé ni medio segundo. Me lancé contra ella. Fue tan repentino, que el guerrero no pudo evitarlo.

Lo escuché rugir mientras con el cuerpo completo quebraba el cristal, saltando hacia afuera.

Como era de esperarse, él saltó detrás de mí. Pero no me quedé a asegurarme. Mientras los cristales todavía volaban a mi alrededor eché a correr, sobre la arena, creo que me había cortado la frente, pero no lo supe con certeza.

Él era mucho más fuerte, mucho más rápido también, eso era seguro. Pero alguna ventaja habría yo de tener, ya buscaría cuál mientras corría.

Entonces entre la oscuridad, vi una sombra por el rabillo del ojo, era Josué que se preparaba a embestirme por un costado; cerré los ojos esperando el impacto, pero no, Josué había saltado por encima de mí, un ruido fuerte de caída y voltee al otro lado, sin dejar de correr; estaba dejando atrás a Josué luchando con un... ¿lobo? ¿Era un lobo o era alguien de la guardia real? No lo supe, y seguí corriendo. Cuando mi consciencia me dijo que debería ayudarlo, lo vi erigiéndose sobre el otro, así que él estaría bien, pero como el otro no moría supuse que me ayudaría a tener unos minutos de ventaja. Volví la vista al frente y ya no paré de correr a toda prisa.

Pensé en el camino más corto al acantilado, pero como también era el más sencillo para que quien me perseguía me diera alcance, lo evité.

Llegué hasta un saliente de roca y subí por él, con las manos aferradas a la piedra, subiendo tan rápidamente como me fue posible.

Mi corazón latía desenfrenado, todo mi cuerpo temblaba; pero llegué a la cima y eché a correr hacia el terreno desértico.

Haría un amplio rodeo hasta el acantilado, llegaría por el costado más complicado, uno por el cual nadie se atrevía a cruzar. Pero yo sabía que en este trayecto estaría un terreno pantanoso que me ayudaría a no dejar un rastro tan fuerte en el ambiente, agregando al menos así un poco de dificultad para el guerrero.

Crucé el pantano y, llegando a la falda de la colina del acantilado voltee atrás y no vi a nadie cerca.

Pero no me quedé a cerciorarme. Seguí corriendo.

Entonces me vi de lleno en la ladera del acantilado, pedregosa y empinada, y subí a cuatro patas entre las piedras y los cactus. Con la luz de la luna apenas iluminando, confiaba en la memoria solamente para guiarme.

Cuando llegué a lo alto, tenía medio cuerpo empapado en lodo, las manos y rodillas sangrando, y el corazón todavía más desenfrenado. Pero no me detuve.

Andando en la cima de la breve cordillera, corrí hacia donde escuchaba el mar.
Entonces resbalé.

Un líquido repentino me hizo caer y me pregunté por qué habría agua aquí arriba. Pero, cuando el olor me llegó a la nariz, supe que no era agua esto que estaba derramado. Era gasolina.

Resbalé entre el lodo que formaba, cayendo hacia abajo por la colina. Y entonces la noche se volvió día, porque saltando hacia atrás alejándome, vi una línea de fuego correr desde mi lado derecho, lamiendo la gasolina; y pronto se formó una pared que ardía a dos metros de altura.

Entonces, con la iluminación, vi lo que estaba ocurriendo en lo alto del acantilado.

Caleb estaba ahí, Darío también, y dos de sus guardias.

Intuí que había sido Darío quien había marcado el círculo de fuego alrededor de ellos. Las llamas ardían cada vez más furiosamente y yo grité de horror, porque a través de la cortina de fuego vi que los tres se lanzaban contra Caleb.

¡Oh, Dios, no!

Gritaba aterrorizada, sintiendo el rostro caliente por las llamas tan cercanas, mientras veía cómo aquellos tres luchaban contra él.

Caleb moriría esta noche. Oh, Dios mío, ¡no!

Toda la planicie de la cima del acantilado era rodeada por la pared de fuego y al centro estaban las cuatro figuras batiéndose.

No me quedaría a mirar, esto no podía estar pasando.

Sin pensarlo en absoluto corrí hacia la lumbre.

Atravesé el muro de llamas, percibiendo después en mí un leve olor a quemado, pero sin que me importara en absoluto.

—¡Amo, aquí estoy! —grité tan alto como mis pulmones me permitieron.

Los cuatro hombres voltearon a verme. Y fijé los ojos en Caleb, que no se veía más feliz que los demás. El único que sonrió fue Darío, maldito sea.

—¡Aquí estoy! ¡Llévame contigo!

—¡No! —la voz de Caleb.

En un parpadeo, Darío estuvo junto a mí.

—¿Te entregas a voluntad? —me preguntó sonriendo.

Al verlo tan cerca temblé y no pude dejar de ver la herida en su hombro y que andaba con cierta dificultad.

—Sí, me entrego.

—¡No! —Volvió a gritar Caleb.

Al frente lo vi, los otros tres lo tomaron y él peleó con ellos por soltarse. Cuando lo logró, se acercó a nosotros, pero Darío me tomó del cuello.

—Un paso más, y es todo. —Presionó la mano.

Caleb se paralizó, a unos metros de distancia.

—No —murmuró viéndome. Sus ojos se veían cristalinos, lo aprecié a pesar de la distancia.

Además de la angustia, también me reclamaba por haber venido; sus ojos estaban desesperados. ¿Pero cómo iba yo a permitir que él muriera por mi culpa? Era imposible.

—Te dije que era mi hembra —le dijo Darío.

Y Caleb bramó como un animal herido en la jungla. Tuve que apartar la vista de él y cerré los ojos con las lágrimas corriendo por mis mejillas.

—Entonces te entregas a mí —dijo Darío.

Me colocó frente a él, dándole la cara los dos a Caleb, sujetándome contra su cuerpo,

tomándome de la cintura y el cuello.

—Lo hago —murmuré viendo a Caleb a través del agua.

—Te reto por ella —le dijo a Darío.

—¿Qué has dicho?

—Vine aquí a retarte por ella y sigue en pie. La quiero para mí.

—¡No, no! —grité yo.

—Te reto por el derecho a tenerla. —Alzó la voz Caleb por sobre mis gritos.

—Ella se me ha entregado, ¿no lo has escuchado?

—Yací con ella, tengo derechos.

—¡No, no es verdad! —grité. Darío iba a matarlo por esto.

—¿Yaciste con él?! —rugió en mi oído.

—¡No, no! Está mintiendo. Llévame, amo. Llévame contigo.

Caleb volvió a bramar, todos sus instintos enardecidos.

Darío me olfateó, su repugnante gesto como el de un felino.

—Es verdad —dijo furioso—. Fuiste suya.

Entonces gritó a sus guardias.

—¡A él, mátenlo! A ella me la llevo, pero a él lo quiero muerto; nadie toca a mi hembra.

—¡No! ¡Amo, no!

Forcejeé con él para darle la cara. Cuando lo tuve de frente, le hablé a pesar del espanto que me atravesaba como una lanza.

—Lo dejaré beber de mí, amo —le dije—. Lo dejaré beberme si lo deja libre.

Sus ojos se encendieron, y la excitación de su cuerpo me llegó a la nariz. Cerré los ojos para controlar las náuseas, pero intenté controlar la expresión.

—Sólo no lo mate, amo —dije—. Le dejaré beber de mí.

El rostro de Darío resplandeció, lleno de maldad.

—¿Y tenerte? —dijo en una voz sombría.

Mis ojos lloraron, pero alcancé a decir:

—También.

La furia de Caleb se volvió rugido de león a mi espalda.

—Un paso, guerrero; y ella muere. —Apretó la mano en mi cuello.

Supe que se había detenido, pero no dejaba de rugir, quebrantando la noche con su cólera.

Caleb, después de la discusión entre nosotros, yo estaba segura de que había concluido que no lo amaba, y quizás con esto que hacía ahora mismo se lo confirmaba. Pero estaría vivo. Caleb saldría de esto vivo. Mi vida ya era suficiente maldición para una sola existencia, no lo arrastraría a él también conmigo.

Darío entonces dijo unas cuantas palabras que desataron todo lo que ocurrió enseguida.

—Lo haré aquí, frente a él.

Me lanzó al suelo y se arrojó sobre mí. Pero fue más de lo que Caleb estaba diseñado para soportar. Todo ocurrió como un rayo; Darío fue levantado de sobre mí en un segundo.

Los vi caer rodando a un costado, pero antes de poder ponerme de pie, uno de los guardias cayó sobre mí a horcajadas. Para defenderme, saqué la daga del bolsillo del vestido donde la había tenido desde que llegamos al puerto; pero antes de provocarle ni un rasguño, él me la quitó y con ella me apuñaló el pecho.

Un solo golpe, muy fuerte; la daga se hundió profundamente, justo en el corazón, crujiendo mientras entraba, sacudiéndome.

—Tanto por esta hembra —dijo con desprecio.

Me levantó, convulsionándome yo mientras mi sangre corría, y acercándose a la orilla del acantilado me lanzó al aire.

El vacío me rodeó, ascendiendo en una curva más allá del borde y luego un segundo suspendida arriba.

Desde lo alto, ahogándome, vi la arena abajo, muy lejos, brillaba con el resplandor de la luna.

Entonces, finalmente comprendiendo lo que ocurría, empecé a caer.

Aterrorizada, gritaba, aunque apenas podía respirar por la daga en mi pecho. Al caer, el aire me azotaba violentamente, me sacudían las corrientes con fuerza brutal.

En ese costado la marea era muy baja, y había un espacio de arena entre el rompimiento de las olas y la pared rocosa.

Vi la arena aproximándose, rápido, muy rápido. Gritando, con la daga clavada en el corazón, caí en ella.

Creo que perdí el sentido un instante; desperté de costado, sintiendo el dolor en mi pecho. Palpé con desesperación, la empuñadura de la daga estaba en la carne, había entrado profundamente.

Con dificultad, giré para quedar sobre mi espalda, y temblando de dolor vi hacia arriba, al cielo negro.

Quise llevar las manos a mi pecho y sacar la daga, pero no pude, estaba muy profunda, el mango en la carne, y me fallaban las fuerzas.

Iba a desangrarme, pensaba mientras borbotones de sangre salían por mi boca. Iba a desangrarme aquí esta noche de Solsticio, y con la daga de Darío tal y como lo había planeado, salvo que ahora no lo deseaba.

—¡En una hoguera todos los cuerpos! —sonó a lo lejos una voz. Entre el sopor, creí reconocer el acento de Josué.

—Oh, Dios mío. —Lo que parecieron segundos después, se escuchó otra voz cercana. Era Caleb. También su aroma me lo dijo.

Apareció su rostro en mi campo visual. Tan hermoso. Mis ojos se llenaron de agua, estaba vivo.

Sonreí viéndolo y por un momento pensé que tal vez estaba soñando; pero cuando un borbotoneo de sangre me ahogó un segundo y tuve que jalar aire, rudamente y apenas consiguiéndolo, logrando con la convulsión que el dolor me traspasara en un oleaje ardiente, supe que estaba muy despierta.

Me levantó acomodándose en su regazo, abrazándome él arrodillado sobre la arena.

Quería hablar, tenía que decirle algo; lo había entendido, finalmente había entendido la totalidad de las palabras, quería decírselo; pero me ahogaba con la sangre en mi garganta.

Palpé la daga con las manos, los dedos temblando en la empuñadura.

—Sácala —apenas resoplé.

Su rostro reflejó la sorpresa. Oh, Dios, él pensaba que yo continuaba con la idea del ritual. Y estaba obligándolo a atestiguar cómo moría. No sé cómo fui capaz de esa infamia.

—Sácala. —Volví a decir en un hilo de voz, apenas jalando aire por la boca.

Sus ojos lloraban, y no parecía querer hacerlo.

—Duele —alcancé a pronunciar.

Entonces su mano vino a mi pecho; sentí la fuerza con que tomó la empuñadura y jaló. Me convulsioné de dolor. Y mucha más sangre brotó de la herida.

Caleb me abrazó con fuerza. Inclinado sobre mí, sujetándose en su regazo, sus lágrimas bañaron mi cara.

—Oh Dios mío, Julia.

El tibio caudal de su llanto me empapó la frente, las mejillas, los labios. Y, a través de los párpados bajos, vi su rostro; el cielo negro de arriba era el marco. Su dolor rompía en dos el firmamento.

Yo quería hablar, pero no lo lograba.

—Oh, Dios mío, no está funcionando —dijo meciéndome en sus brazos.

No, no estaba funcionando el ritual. Y había un motivo para ello. Tenía que decírselo, finalmente lo había comprendido.

Pero entonces, sentí cómo uno a uno, mis miembros perdían fuerza, como un reloj de cuerda que lentamente pierde el movimiento en sus manecillas.

Mis piernas quedaron flácidas en la arena, después mis brazos. Mis párpados cubrían mis ojos casi totalmente, y por la boca apenas si jalaba aire a los pulmones.

Estaba muriendo. Y en el umbral de mi muerte, Caleb bramó como un león herido en la selva, un largo rugido de angustia y dolor.

Oh, Dios mío, tenía que hablarle. Reuní fuerzas, todas las restantes, para susurrar:

—Caleb.

Sus ojos estaban en los míos. Acercó su rostro a mí, tomándome con fuerza, apretándome contra él, llorando lágrimas desesperadas. Lloraba a todo pulmón con el llanto de un varón; estallidos entrecortados y rudos.

—Julia —decía. Y volvía a gritar, como si él muriera también.

Y yo lo entendía. Si algo le ocurriera a él, también a mí se me iría la vida.

Hice un esfuerzo por hablar. Tragué la sangre, saboreando la de él que se mezclaba con la mía, y respiré profundamente.

—Te amo —dije, y mi voz apenas me llegó a los oídos.

Temblaba y me moría de frío, me estaba congelando a pesar de que el sudor me recorría la cara. Volví a decir con todo lo que me quedaba dentro.

—Te amo.

Me miró desesperado.

—¿Julia?

—Por eso no funciona —pude decir.

Llevé una mano a su cara, lo sujeté con tanta fuerza como fui capaz, aunque mis dedos se deslizaban por su piel, y lo miré a los ojos. Aunque mi vista estaba ya borrosa, intenté decírselo así. Luego resbalé la mano por su cuello, palpándolo con fuerza, sobre el lugar de donde antes me había ofrecido de él.

Un chispazo de entendimiento cruzó por su expresión y mucho más rápido que eso, Caleb se hirió en el cuello y se acercó a mi boca. Me alimenté entonces. Lo había entendido.

Mientras bebía con desesperación, sintiendo cómo poco a poco la vida volvía a mí, solté el aire, aliviada; él lo había entendido.

Y es que el ritual ya no podía funcionar. O, mejor dicho, estaba funcionando a la perfección. Porque uno de sus versos, palabras que antes no comprendía, decía así:

*«Sin apego se encontrará
para con ninguno de los eternos;
porque de amar al vampiro
sus carnes una serán».*

Yo no volvería a ser humana porque ya no estaba entre esos dos mundos, ya pertenecía más al suyo. Y todo era por él. Por mi amor por él. Por el amor de los dos.

Esta es una verdad misteriosa, pero muy real en la raza del vampiro. Sobre el amor de un vampiro. Sobre el amar a un vampiro. Sobre la pertenencia que ocurre después del amor.

Y estuvo en los versos del ritual que yo conocía, todo este tiempo, pero no lo había comprendido.

Y es que cuando se ama a uno de esta raza, y se bebe su sangre, se vuelve parte de él. Una extensión de sí mismo; misma sangre, misma carne, mismo sentimiento. Hace falta solamente que el vampiro beba también, le muerda, para dar por concretado el inicio de la conversión.

Yo no estaba regresando, ni regresaría jamás, a mi naturaleza humana porque estaba enamorada de Caleb, ya le pertenecía. Porque el amor es una fuerza mucho más poderosa que la biología.

Y en el amor del vampiro, amor y sangre son uno. Sangre les sustenta y ellos le transforman también, con su propio poder.

En sus ojos antes había visto que creía que no lo amaba. Y yo misma no sabía por qué no se lo había dicho, o por qué había llevado esto tan lejos, pero cuando le había visto a punto de sacrificarse a sí mismo, no pude soportarlo, se disparó en mí la realidad de que no podría vivir sin él ningún tipo de existencia, bajo ninguna circunstancia. Yo era suya, todo en mí le pertenecía, ya era una con él.

Al beber de su cuello miré hacia arriba por encima de su hombro, pues un resplandor en lo alto del acantilado llamó mi atención, estaban quemando algo, mucho humo negro salía en una columna por encima de la luz; entonces por sobre la orilla del acantilado vi una figura, esforzándome para enfocar, vi que era Josué, enorme y rubio, mientras el cielo a lo alto amanecía.

Tres figuras más le flanquearon, figuras de guerreros, y el humo detrás se volvió blanco; subía desde el resplandor, cruzando lo que quedaba de oscuridad y hasta tocar el claro amanecer arriba.

Los cuatro eran una imagen impresionante contra ese panorama; tan grandes, tan fuertes. Se palmearon los hombros mutuamente, respirando profundamente como si recuperaran el aliento.

Luego de un minuto, todos sacudieron la cabeza y casi creí escuchar sus palabras, había mucha incertidumbre en ellas; los vi formar un círculo y empezar a hablar.

Habían matado a Darío y a su guardia; mataron al príncipe de la raza. ¿Qué pasará ahora?, me pregunté. Y Caleb, para mi sorpresa, respondió:

—Eso ahora no importa.

Solté su cuello y admiré su rostro, acaricé su mejilla con la palma de la mano y sonreí; estaba muy feliz.

Caleb había hecho como el fuego de la fogata en la isla hacía con las brasas; con su calor doblegaba su textura, las hacía crepitar, les vencía. Así él había vencido el miedo, el dolor, mi pasado; con el rojo de su sangre, y lo intenso de su amor.

Y aunque no sabía la respuesta a mi pregunta, sí sabía qué pasaría en el ahora inmediato, en este momento, quería ser como él, y estar con él.

—Quiero la eternidad a tu lado —le dije—. Y quiero que la eternidad comience ahora mismo.

Él ya lo sabía, pero al escucharme decirlo, una mezcla de felicidad y amor resplandeció en su cara.

—Caleb, hazme como tú.

Y él lo hizo. Vino a mi cuello y mordió, mientras susurraba:

—Sangre de mi sangre, carne mía.

Mi cabello cubría sus hombros, y entonces, entre mis ondas rojizas, aparecieron mechones

castaños, un castaño brillante, el suyo.

FIN

Próximamente

La segunda entrega de la saga *Elemental*.

“Nieve Cálida”

— **Q**uiero que vengas conmigo.
—No puedo hacerlo.

—Sofía, por favor.

—No me hagas elegir entre tú y mi padre.

—¡No se trata de eso! —Josué está perdiendo la paciencia, pero ella le devuelve el grito.

—¡No me hables como a una niña y dime la verdad! ¡Suéltame! —Da un tirón al brazo, soltándose de su agarre y el caudal de su rubio cabello tan liso se mece en el aire.

Josué se descubre queriendo tocar esa lustrosa cascada, pero detiene la mano. Intentando negociar, apela a sus sentimientos.

—Si en algo me has querido, escúchame y ven.

Sofía lo observa, pensando en esa frase. Qué fácil sería responder esa cuestión para sí misma si ella no fuera ella. Si el deber de haber nacido una princesa no le atara las manos.

Algo le cierra la garganta, tal vez un anhelo, o la ahogada ensoñación de un deseo de calor entre toda esta nieve.

Sígueme en mi página para estar al tanto:

www.facebook.com/fabiolavalenzuelaautora